

21

BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE CULTURA

LUIS COLOMA
relatos fantásticos



BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

LUIS COLOMA
relatos *f*antásticos

Edición al cuidado y posfacio de M^a de los Ángeles Ayala

CONSEJERÍA DE CULTURA

Biblioteca Virtual de Andalucía

Luis Coloma nació en la ciudad gaditana de Jerez de la Frontera el 9 de enero de 1851. A los doce años ingresó en la Escuela Preparatoria Naval de San Fernando, pero abandonó pronto esos estudios por los de Derecho, que cursó en la Universidad de Sevilla. Su afición por la literatura fue muy temprana, así, al hilo de la carrera de leyes, colaboró en periódicos como *El Tiempo: periódico político de la tarde* de Madrid y *El Porvenir* de Jerez y participó activamente en los círculos literarios y en las tertulias políticas, declarándose firme partidario de la restauración alfonsina. En 1874 entró en el noviciado francés de la Compañía de Jesús en Las Landas y a partir de 1877 desempeñó distintos cargos docentes, además de colaborar en *La Ilustración Católica*. Pronunció sus últimos votos en 1886, fecha en la que se incorporó a la Universidad de Deusto y pasó a formar parte del consejo de redacción de la revista *El Mensajero del Corazón de Jesús*. El Padre Coloma desarrolló su obra narrativa tanto en la novela, adscrita al realismo o al género histórico, como en el relato, de escenas costumbristas y retratos. El éxito editorial lo alcanzó en 1891 con *Pequeñeces*, novela de marcado contenido doctrinal. Le siguieron *Lecturas Recreativas* y *Jeromín*, entre otros, lo que le llevó a la Real Academia Española, donde ingresó en 1908 con un discurso sobre el Padre Isla. Pocos años después, el 10 de junio de 1915, falleció en Madrid.

[el autor]

Para Coloma la literatura debía estar al servicio de la moral católica, que había que divulgar, por eso el relato despertó siempre todo su interés, pues es el género que mejor se adecua a esa intencionalidad didáctica y que más fácilmente se difunde en periódicos o revistas. El relato fantástico es el que dentro del género más le interesaba, ya que le permitía introducir el elemento sobrenatural y evidenciar así la acción divina sobre los hombres. Del corpus cuentístico de Coloma, varios relatos presentan ese marcado carácter fantástico: *El salón azul*, *¿Qué sería?*, *La cuesta del cochino*, *El primer baile*, *Mal Alma* o *¡Paz a los muertos!* En ellos, Coloma crea un universo realista que, en un momento dado, se altera con la presencia de un factor extraordinario que rompe ese mundo normal y cotidiano. El narrador es el protagonista en *El salón azul*, en *¿Qué sería?* y en *La cuesta del cochino*, recurso que utiliza para resaltar al lector lo veraz de la historia. Por otro lado, los tópicos de los *aparecidos* o de las personificaciones de la muerte o el diablo, clásicos en la tradición del género, los encontramos sobre todo en *El primer baile*, *Mal Alma* o *¡Paz a los muertos!* En conclusión, Coloma consigue mezclar sabiamente la lección moral con una acción interesante y sugerente, habilidad narrativa que invita a una nueva lectura de estos olvidados relatos.

[la obra]

Esta edición sigue el texto de *Obras completas del P. Luis Coloma*, Madrid, Editorial Razón y Fe, Bilbao, Editorial El Mensajero del Corazón de Jesús, 1947.

Colección Una Galería de Lecturas Pendientes

Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura

© 2010 JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura

© de la edición anotada y del posfacio: M^o de los Ángeles Ayala

Maquetación y diseño: Carmen Piñar

ISBN: 978-84-9959-036-3

D.L. : GR-354-2011

Ilustración de cubierta: Monica Gray. *Retrato de un Terrier*, ca. 1910.

Colección privada/ © John Noott Galleries, Broadway, Worcestershire,

UK/ The Bridgeman Art Library

índice

EL SALÓN AZUL	9
¿QUÉ SERÍA?	41
EL PRIMER BAILE	67
¡PAZ A LOS MUERTOS!	93
MAL ALMA	103
LA CUESTA DEL COCHINO	123
POSFACIO	
LUIS COLOMA Y LA LITERATURA FANTÁSTICA	155
M ^a de los Ángeles Ayala	

EL SALÓN AZUL
(HISTORIA MARAVILLOSA)



I

En la curva que forma el Cantábrico entre San Sebastián y Guetaria, se asienta un pueblecillo pintoresco, mitad labriego, mitad marino, que reclina la cabeza en el arranque de la montaña, y extiende los pies sobre la playa, para lavárselos en el mar. La moda solivantó, hace años, los cascos a este honrado guipuzcoano, y desde entonces, sin abandonar los aperos, ni dejar los remos, ni perder tampoco su sano perfume de manzanas y mariscos, vístese por el verano el *smokin* y la corbata blanca, y recibe en sus lindas casitas y elegantes villas a buena parte de la sociedad más *huppée*² madrileña. Faltábale al pulido labriego vasco un toque de supremo buen tono, y dióselo al cabo la proximidad de la corte en los meses del estío: desde entonces acuden a él todos los Metternichs³ más o menos chiquititos que nos mandan las naciones extranjeras, y anidan allí embajadores, y se bañan plenipotenciarios, y se encuentran a cada paso rubias secretarias corriendo en bicicleta, y esbeltos agregados formando con sus cañas de pescar los dos lados iguales de un triángulo isósceles.

Por agosto de 189* hallábase el pueblecillo aristocrático y labriego, marino y cancilleresco, en el *grand complet* de diosas y dioses del Olimpo nobiliario, divinidades más o

*Che pavore!...*¹

menos tonantes del calendario diplomático, y deidades de menor cuantía, de esas que no escalan el Olimpo, como los Titanes, porque les falta estatura, pero que lo invaden sin que se sepa cómo ni por dónde, y allí bullen y se agitan y aun alborotan, y si no son siempre las que más brillan, son a veces las que más escandalizan. Abundaban pues las fiestas, bailes y tertulias, con su séquito correspondiente de chismes y piques, historias y murmuraciones, y en este hervidero caí yo, mísero mortal, el 23 de agosto, muy entrada ya la noche. Llevábanme asuntos muy urgentes, y era mi ánimo dormir en casa de un muy grande amigo mío, y marchar al día siguiente de mañana para Deva y Bilbao con otro amigo que veraneaba también en el acicalado villorrio.

No corría entonces el ferrocarril que hoy existe, y las diez daban pausadamente en el reloj de la parroquia cuando se detuvo mi coche, muy cerca de esta, ante el vetusto palacio de mi amigo. Nada más triste que la entrada y el aspecto de esta antiquísima mansión señorial, que recuerda por lo artística y sombría una decoración de ópera romántica... Un gran parque semicircular de árboles seculares frondosos y copudos, sombreado en parte por la negra mole de la iglesia; bancos rústicos, un lago y una antigua cruz de piedra cubierta de yedra, a cuyo pie parecen resonar las lastimeras notas de Alice:

Mira il cielo che t'attende,

y las desgarradoras de Roberto:

¡Ah, pietà, pietà, di me!...

En el fondo el sombrío palacio, de carcomidos sillares, con sus balcones de pesado herraje, su enorme escusón⁴ en que campean cuarteles⁵ de las primeras casas de la Grandeza, sus puntiagudas torrecillas que no abate ni destruye el peso de los siglos, y en último término, como fondo del cuadro, el mar alborotado y fosforescente, extendiéndose hasta el Machichaco⁶, que cierra en parte el horizonte, como una compuerta entreabierta... Franqueado el enorme y oscuro zaguán y la ancha puerta interior de dobles hojas, que adornan sendas coronas ducales, la decoración varía por completo... Un patio de mármol alegre y espacioso como los más renombrados de Sevilla, salones enfilados que recuerdan todavía recepciones regias, cuadros de valer, muebles primorosos, retratos de

ilustres abuelos, criados silenciosos y correctos, ágiles sin precipitación, previsores sin importunidad; todo el lujo, en fin, sobrio, serio y rico de los magnates pasados, con todo el sibarítico *confort* de los presentes.

Nadie esperaba mí llegada, pues mi prisa en salir de San Sebastián me impidió avisarla, y sorprendí a los señores de aquella casa, reclinada ella en su *chaise-longue*⁷ por hallarse indispuesta; engolfado él en sus periódicos extranjeros por ventilarse entonces en estos cierto ruidoso proceso. Hallábanse también allí los dos hijos más jóvenes de aquellos ilustres señores, y los dos mayores, P*** y X***, estaban en un baile que daba aquella noche el Embajador de Alemania, lo cual fue quizá la causa y el comienzo de mi espantable aventura.

Duró nuestra alegre y cariñosa plática hasta muy cerca de las doce, y a esta hora retireme yo a las habitaciones que me habían destinado, dispuesto a esperar a los dos ausentes; pues debiendo yo madrugar mucho, y acostumbrando ellos a hacerlo muy poco, no hubiera podido verles de otro modo sin causarles molestia. Amábales yo en extremo e inspirábanme ambos ese interés como de cosa propia, que despierta la juventud en la edad madura cuando esta ha presenciado y seguido paso a paso en aquella el largo, misterioso y difícil desenvolvimiento que lleva de una niñez llena de encantos, a una juventud irreprochable llena de esperanzas.

No habían llegado aún a este rincón de Guipúzcoa los modernos resplandores de la luz eléctrica, y a la de una enorme lámpara de bronce púseme a despachar los rezos del día siguiente, una vez instalado en mi cuarto. Era este una gran pieza cuadrada, muy alta de techo, precedida de un salón aún más extenso todavía, que atravesé yo distraídamente sin sospechar siquiera la temerosa sorpresa que entre sus muros azules me aguardaba. Tenía mi cuarto una gran puerta a este salón azul, abierta de par en par entonces: en el fondo un balcón que daba al parque, con los cristales también abiertos y las persianas entornadas para dar entrada al fresco de la noche. Frente al balcón, y en el centro del testero opuesto, había una preciosa cama del siglo XVII, muy alta, con puntiagudos remates y caprichosas labores de ricas maderas y bronces dorados. A la derecha de esta, una chimenea de mármol negro y una disimulada puertecilla de escape que daba al cuarto de

P***, el cual se comunicaba a su vez por otra puertecilla idéntica con el de su hermano X***. Los cortinajes y sillería eran de *reps*⁸ de seda muy claro, con flecos y anchas franjas moradas de terciopelo, y entre el balcón y la cama había una mesita de escribir, sobre la cual ardía la lámpara a cuya luz rezaba yo los maitines de San Bartolomé correspondientes al 24 de agosto, aniversario de histórica y terrible catástrofe⁹, misteriosamente empalmada con la espantable visión que iba a presentarse ante mis ojos.

Los ausentes tardaban, y terminado mi rezo, ocurrióseme examinar aquel misterioso salón azul, que no había yo de olvidar nunca, por muchos años que viviese. No se notaba allí el lujo que reinaba en el resto del palacio: la tapicería azul parecía desteñida, y pálido y marchito resultaba también este mismo color azul en los muebles y cortinas rameados de blanco. Tenía el salón una puerta a la ancha galería que da vuelta a todo el palacio, y otras dos muy grandes frente a frente; era una la de mi cuarto, y daba la otra a las habitaciones ocupadas por la Reina doña Isabel II, las varias veces que se hospedó en aquel palacio, cerradas entonces y amuebladas siempre, como sí esperasen aún a la augusta huésped. Colgaban de las paredes varios cuadros y retratos antiguos, de los cuales llamaron mi atención tres de ellos. Fue el primero uno muy grande, italiano, oscurecido todo por la patina: representaba el sueño de Jacob¹⁰, y veíase en primer término al Patriarca, muy blanco y rubio, guapo y repolludo, con colete de ante ceñido a la cintura, nagüetas¹¹ recamadas y al aire las piernas, durmiendo como en colchón de plumas sobre los pelados riscos. En el fondo veíase la escala mística por donde subían y bajaban rechonchos angelitos, y en el último peldaño apoyábase un diminuto Padre Eterno, que parecía vigilar las subidas y bajadas de la celestial chiquillería con la mano levantada y el dedo tieso, como imponiendo orden y silencio.

A derecha e izquierda de las habitaciones de la Reina, y frente a frente por lo tanto de la mía, había dos retratos muy notables. El de la derecha, de primorosa factura y estilo muy antiguo, era un apuesto caballero del siglo XVI, rubio y de fisonomía triste y antipática, con justillo¹² recamado de oro, gola no exagerada y cadena de oro al cuello con una medalla de Carlos V que le caía sobre el pecho. El de la izquierda me dio, sin saber por qué, malísima espina. Era una señora viejísima y muy fea, de boca hendida como la de una culebra, vestida con el hábito de las monjas de Santo Domingo: hallábase senta-

da en un gran sillón de vaqueta¹³, con las armas dominicanas, y otro escudo nobiliario de muchos cuarteles brillaba en el ángulo derecho del cuadro. Tenía en la mano una pluma, y papeles y libros al lado, sobre una mesa. Repito que desde el momento en que la vi, púsoseme la tal señora monja entre ceja y ceja.

Reinaba ya el más profundo silencio en todo el palacio y sólo se oía en el cuarto azul el acompasado correr de las tres fuentecillas del parque. Asoméme un momento al balcón, que era el primero a la derecha del escudo de la fachada: extendíase el parque en la oscuridad más negra, cortada esta bruscamente por el chorro de luz que brotaba de la abierta puerta del palacio. A lo lejos, alumbraban dos farolillos la entrada de la verja. La tibia brisa traía acres perfumes del mar, que resonaba a la espalda con cadenciosa monotonía, y el cielo tachonado de estrellas recordábame, por su sombría magnificencia, los mantos de terciopelo negro de las Dolorosas de Sevilla. Apoyado en el balcón permanecí largo rato disfrutando de aquella noche deliciosa: pensaba yo con zozobra en el asunto que motivaba mi viaje, relacionado de lejos con cierto famoso crimen cometido por aquel tiempo, que tuvo en todo el mundo aterradora resonancia. Temores, dudas, esperanzas, ansiedades, los sentimientos todos que despierta en el ánimo cristiano la contemplación de los caminos inesperados y extraños por donde hunde o levanta Dios a las naciones y a los hombres, me embargaban por completo.

Sonó a lo lejos un coche, y aparecieron al cabo sus dos farolillos por una calle que llaman del Vizconde. Detúvose a poco ante la puerta del palacio y apeáronse los dos hermanos, correctísimos, en traje de baile, trayendo prendidos aún en los *smokins* las abigarradas cintas con cascabeles del cotillón de la Embajada alemana. Entristeciome el corazón más todavía el contraste que formaban con mis negros pensamientos aquellas dos simpáticas figuras, alegre personificación de la juventud, que tan cariñosa compasión infunde, al verla pasar entre los precipicios y horrores que yo soñaba, serena y risueña, con una venda en los ojos, de seda color de rosa.

Había mucho que decir y que contar después de varios meses de ausencia pasada y otros tantos de futuro alejamiento, y entramos los tres en mi cuarto y pasamos después al de P**, y nos instalamos al fin en el de su hermano, que era el último de los de aquella hile-

ra. Rindióse aquel primero que ninguno, y quedeme yo solo con este todavía largo rato, hasta que sonó el toque de maitines en el convento de San Francisco, una hora antes de romper el alba. Retireme yo entonces para descansar cuatro horas, y atravesé de puntillas el cuarto de P**, que dormía ya profundamente. Cerré con gran sigilo la puertecilla de escape, y al volverme para cerrar también la del salón azul, resonó en mitad de este, sobre el encerado pavimento, un golpe seco y fuerte, terrorífico en el silencio, seguido del marcado rumor de algo que rodaba hacia el ángulo izquierdo de las habitaciones de la Reina... Al mismo tiempo, una fuerza invisible, que ni me lastimó ni me hirió, y que pudiera llamarse también impalpable, hízome caer en el suelo con gran violencia... Levanteme instantáneamente como movido por un resorte, y entonces vi en el centro del salón una de esas cosas sin nombre... Era como una columna de luz azulada que llegaba desde el suelo hasta el techo, y se movía y menguaba al compás del ruido y le seguía hasta apagarse con él, en el mismo rincón, bajo el retrato de la monja. Los ojos de esta se abrían y cerraban de modo espantable, y su mano descarnada, fuera del cuadro, movíase de arriba abajo, no sé si llamándome a mí o santiguándose ella... En el otro rincón los ojos del apuesto caballero brillaban como dos brasas rojas...

Sentí que me desvanecía y dejeme caer en la cama que estaba a dos pasos: un sudor frío invadió entonces todo mi cuerpo, y hundime poco a poco, sin angustia y sin espanto, en una especie de sopor pesado, que pasó luego a letargo profundo, oyendo a lo lejos la campana del convento que tocaba a maitines de San Bartolomé... histórica señal de la matanza de los hugonotes...

III

Al despertar o volver en mí, que no sé yo cuál de las dos cosas fuese, vi al lado de mi cama al señor de la casa y al amigo que había de llevarme a Deva¹⁴, mirándome ambos con ojos entre espantados y risueños... El sol entraba a raudales por el balcón abierto; ardía aún la lámpara de bronce sobre la mesa, y hallábame yo tendido en la cama, tal como me dejé caer después de la visión siniestra. Había llegado mi amigo a la cita con puntualidad en él inusitada, y alarmado al ver que yo no daba cuenta de mi persona, habíanse decidido él y el señor de la casa a entrar en mi cuarto.

Balbuocé las primeras excusas que me ocurrieron y apresureme a disponerme para el viaje. Al pasar por el salón azul lancé en torno una mirada medrosa... Nada había allí entonces lóbrego ni triste: el sol y el aire entraban por todas partes y las cortinas de encaje se henchían con la fresca brisa de la mañana como las velas de un barco. El Patriarca Jacob dormía como si tal cosa: los angelitos subían y bajaban sin cara alguna de susto, y el Padre Eterno, con su dedo empinado, no se daba por entendido de apariciones ni de espectros. Miré el retrato de la monja: allí estaba la taimada con su

pluma en la mano y sus penetrantes ojillos inmóviles, tan quieta y tan serena como si no hubiese roto un plato en todos los días de su vida. En el bruído pavimento de roble no había rastro de golpe alguno; ni se veían tampoco en el rincón los del cuerpo esférico que parecía rodar, ni los de la luz que allí fue a extinguirse juntamente con el ruido.

Íbamos en un *breack*¹⁵ con cuatro caballos, que como consumado *sportman* guiaba mi amigo. Mi preocupación era tan grande, que hubo de notarla este, y cediendo yo a la necesidad de expansión que traen consigo las fuertes impresiones, comencé a confiarle mi secreto... Mas mi amigo, mirándome primero espantado como si dudase de mi cabal juicio, rompió luego a reír con tal ahínco y tanta prisa, que mohíno yo y avergonzado, díjele con algún desabrimiento:

—Ten cuidado no vayas a darnos un baño... y déjame rezar en paz mis Horas.

Íbamos por la linda y peligrosa carretera que allí bordea el mar y que me recuerda siempre, por lo caprichosa y pintoresca, la *corniche*¹⁶ italiana entre Savona y Bordighera. Atajé pues la risa de mi amigo poniéndome a rezar las Horas de San Bartolomé, cuyos maitines había celebrado ya con tan desagradable sorpresa, y el viaje continuó sin ningún incidente. Llegué a Bilbao al oscurecer, y las noticias que allí tuve obligábanme a salir para Barcelona al día siguiente en el tren correo, para alcanzar el expreso en Miranda. Hospedeme en la Universidad de Deusto, y había allí un Hermano coadjutor, ya viejo, vascongado puro, que era natural del pueblecillo que tanto me andaba preocupando: ocurrióseme entonces que él podría quizá darme noticias de los antecedentes del palacio y sus antiguos moradores, y quiso la fortuna que este mismo Hermano viniese a servirme el desayuno a la mañana siguiente. Preguntele pues, si hacia muchos años que había salido del pueblo.

—Chiquito, chiquito era yo como este —me contestó mostrándome la chocolatera de cobre que tenía en la mano, pequeña en verdad para estatura de hombre, pero muy respetable y cumplida para la suya de chocolatera.

—¿Y vio usted alguna vez el palacio?...

—Miles y miles de veces iba yo con otros chicos a tirar piedras al estanque.

—¿Y no sucedía allí algo extraordinario?...

Iluminose su redondo rostro con los reflejos del amor patrio, y contestó con grande énfasis:

—¿Extraordinario?... Pues todos los años de Dios, la procesión de la Virgen de Agosto... ¡Qué hermoso!... Salía la Señora a pie, con cola larga y tamboriles y gaitas de todas partes, y llevaba en la procesión al Niño Jesús a las monjas de Santa Clara... Luego merendaban alcaldes en el palacio, y a los chicos bollos y bizcochos nos tiraban... ¡Qué hermoso pues!...

Recordé entonces que los señores de aquella casa eran fundadores y patronos del convento de Santa Clara, y solían presidir la procesión que sale de allí el día de la Asunción de la Virgen, que es el 15 de agosto. La última poseedora, anterior a mi amigo, había muerto años antes, de edad avanzadísima, y a esta señora aludía el buen Hermano. Díjele entonces:

—No me refiero a eso... Digo si no ocurrían en el palacio cosas extraordinarias, así como de apariciones o fantasmas...

—¿Apariciones?... ¿Fantasmas?... Duendes serían pues...

—¿Había duendes?...

Junto él los dedos de la mano derecha en forma de piña, y contestó como si se tratase de ratones o de chinches:

—En el cuarto oscuro, muchísimos...

—¿En el cuarto oscuro?... Sería el cuarto azul.

Cerró los ojos un momento como si reflexionase, y contestó muy grave:

—¿Azul?... Lo mismo da: de noche oscuro sería.

—¿Y qué duendes eran esos?...

—Los del judío que murió allí, y en cuerpo y alma llevaron demonios, dejando el rabo cogido en la puerta...

Echeme a reír sin poderlo remediar, y el Hermano, mirándome como quien sabe bien que dice un absurdo, pero está seguro de producir honda mella, díjome entre grave y risueño;

—No se ría Vuestra Reverencia pues... Los demonios llevaron al judío... El señor Marqués, por librarlo, cerró la puerta; pero sin querer cogió el rabo del judío... Los demonios tiraban, tiraban, y arrancaron el rabo, que cayó dentro... Entonces, andando el rabo como una serpiente, se metió en un agujero del cuarto... El señor Marqués —¡pobrecito!— lo vio todo, yerto, yerto, y del susto fundó las Reatas allá en la huerta... Por las noches viene el judío buscando su rabo, y los demonios defienden, y hay combate, y gritos y porrazos, y ya está todo pues... —¿Pero a qué vino allí ese judío? —A robar las alhajas de la iglesia... y engañó al señor Marqués, y dijo que era cristiano, y escondió las alhajas en un rincón de aquel cuarto, y por eso el rabo corría, corría, a meterse en el agujero con lo robado... Los judíos son avariciosos pues —concluyó el Hermano sentenciosamente.

Despertose mi curiosidad con gran viveza, porque aquel rabo que corría, y aquel tesoro escondido en el mismo agujero, parecíanme tener grandes puntos de contacto con aquel ruido y aquella luz que había yo visto correr juntos y apagarse a la vez en el mismo rincón del misterioso aposento. Pareciome pues descubrir en todo esto la pista de una de esas tradiciones que se encuentran entre el pueblo bajo, llenas de errores y absurdos, como se encuentran en una excavación antiguos objetos artísticos, cubiertos de herrumbre y de barro: y así como limpios estos de toda inmundicia aparece a los ojos del anticuario el arte de otras edades, así también despojadas aquellas de sus errores y absurdos se encuentran remotos hechos, ciertos y comprobados, interesantes a veces para la historia. Este trabajo de depuración propúseme yo hacer con el rabo del judío, estimulada muy justamente mi curiosidad por lo extraño y maravilloso que yo mismo había visto.

Desgraciadamente no pudo el buen Hermano ampliar sus noticias: preguntele la fecha del maravilloso suceso, y me contestó:

—Miles y miles de años hace.

Díjale si era muy conocida aquella historia, y con un movimiento amplio y redondo de la mano y del brazo, como si fuese a bendecir *urbi et orbi*¹⁷, respondió:

—Hasta los no nacidos conocen...

A mis demás preguntas encogíase de hombros, o contestaba a veces mostrando siempre la chocolatera:

—Chiquito, chiquito como este era yo entonces.

Preguntele también si conocía en el pueblo alguna persona que pudiera dar razón exacta de esta historia, y después de un momento de reflexión, dijo con aire de triunfo:

—¡El Padre L*** pues!... Hermano administrador del palacio: padre administrador, abuelo administrador; todos, todos, hasta Adán, administrador, y en palacio nacieron.

Pareciome esta indicación oportunísima: era el Padre L*** persona muy grave y sensata, ya de muchos años, y en su cualidad de miembro de aquella cronología de administradores que el buen Hermano remontaba hasta Adán, podía muy bien tener noticias de cuanto al palacio se refiriese. Por otra parte, hallábase este Padre en Loyola, y seríame muy fácil verle a mi vuelta de Barcelona, si, como presumía, érame forzoso volver a Guipúzcoa.

Así sucedió en efecto: quince días después hallábame yo en Loyola de vuelta de Barcelona, mano a mano con el Padre L***, sometiéndole a un interrogatorio digno del más impertinente de los periodistas. Oculte por el pronto mi aventura, escarmentado ya con la risa de mi amigo el *sportman*, y comencé preguntando sencillamente por los duendes del palacio, y refiriéndole lo que había oído al Hermano en Deusto. Escuchá-

bame el Padre con grave atención, y al oír la pintoresca historia del rabo del judío, y el hurto de alhajas en la iglesia, movió lentamente la cabeza sonriéndose.

—El Hermano E*** —me dijo con la sosegada paz que le distingue confunde dos cosas distintas... No sé si en el siglo pasado, o en el precedente, hubo en efecto en Z*** un robo muy notable en la iglesia: hízolo un extranjero, que pudo muy bien ser judío, pero no sé yo que lo fuese. Diéronle muerte en la horca por sacrílego, y esto hizo grande impresión en el pueblo. Supongo que el pobre reo no tendría rabo, y si lo tuvo, no se lo dejaría en este mundo, pudiendo hacerle falta en el otro... Pero todo esto nada tiene que ver con los duendes del palacio, sino que con el transcurso de los años, y al pasar las cosas de generación en generación y de lengua en lengua, el pueblo confunde y baraja todo lo extraordinario, y concluye por hacer un ciempiés de la más sencilla historia... La leyenda del salón azul, tal como ha venido siempre de padres a hijos en la familia, es la siguiente... Hace más de tres siglos, no sé de fijo cuándo, llegó al palacio, no sé tampoco por qué ni para qué, un caballero, hereje hugonote...

Azoreme yo un poco al oír la palabra *hugonote*, porque en el aniversario de la célebre matanza de estos habíame sucedido a mí la maravillosa aventura. El Padre, sin notar mi turbación, prosiguió:

—Persona de cuenta debía ser cuando le alojaron en el cuarto azul, que es de los mejores del palacio... Enfermó allí el caballero del mal de la muerte, y cuantos esfuerzos hicieron para reducirle a la verdadera fe los señores de la casa, el Rector de la villa y cuantos eclesiásticos notables había por los contornos, fueron inútiles... El desgraciado hereje murió en sus errores, desesperado y maldiciendo, y según la leyenda, los demonios se lo llevaron en cuerpo y alma al infierno, pues nadie vio el cadáver en el pueblo, ni supo jamás persona alguna dónde habían ido a parar sus huesos. Desde entonces resuenan por la noche en el cuarto azul temerosos ruidos, y es creencia general en todo el pueblo que provienen del alma condenada del hugonote, que lamenta en el sitio en que murió su triste suerte. Por eso he conocido yo siempre ese cuarto cerrado y sirviendo sólo de guardamuebles, a pesar de su situación

ventajosa y de ser tan cómodo y magnífico. Creo que no se habilitó de nuevo hasta el año de 1866, cuando vino la Reina doña Isabel con toda la real familia a hospedarse por primera vez en el palacio, y con ser tan grande este, resultó entonces pequeño... De esto no estoy cierto sin embargo, porque en ese tiempo andaba yo muy lejos de Z***, y de España y de Europa: fue cuando me mandaron a las misiones salvajes de Filipinas...

Preguntele qué clase de ruidos se oían en el cuarto azul, y me contestó muy seguramente:

—Dicen que viene a ser como si cayese desde el techo sobre el entarimado una bola de billar y rodase luego hasta un ángulo del aposento, donde es tradición que estuvo la cama en que expiró el hugonote, y de donde sacaron los demonios su cuerpo para llevárselo al infierno...

Sobresaltame interiormente con cierto pavor retrospectivo, porque no podía darse descripción más exacta del ruido que había escuchado yo mismo. Pregunté, sin embargo, sonriéndome, por miedo de que el Padre se riese del todo:

—¿Y oyó usted alguna vez esos ruidos?...

—Yo no he oído nunca nada ni visto tampoco ninguna cosa —me respondió él muy gravemente—. Pero recuerdo un hecho que tuvo sin duda mucho que ver con esto y que presencié yo mismo... Cuando yo era niño, allá por el año treinta y tantos, vivían mis padres en las habitaciones del administrador, que estaban entonces en el piso bajo del palacio, entrando en el zaguán a mano derecha. En el invierno, sin embargo, cuando los señores estaban en Madrid, nos subíamos a las habitaciones que están en el principal, en la parte nueva de la izquierda, (*Comprendí que eran estas las que ocupaban los dos hermanos P*** y X****). Hay entre estas habitaciones y el salón azul otro gran cuarto (*este era el que yo ocupaba*) que tiene un pasadizo secreto que corre entre dos paredes hasta la escalera principal, donde tiene la salida. (*En este no había reparado yo entonces...*) Pues bien; una noche de invierno rezábamos el rosario con mi madre antes de acostarnos. Mi padre estaba en cama... Llamaron a la puerta con grandes aldabonazos, y alarmada mi madre por lo intempestivo de la hora, mandó a mi hermano mayor, que tendría quince

o dieciséis años, que se asomase por el balcón más próximo a la puerta para ver quién llamaba. Tomó mi hermano una palmatoria encendida —¡me parece que le estoy viendo!— y por ahorrarse camino, o porque las demás puertas estuviesen cerradas, entró por el pasadizo secreto en el cuarto próximo al de los duendes... A poco oímos gritos desesperados: corrió mi madre, y detrás todos nosotros agarrados a ella, y entramos también por el pasadizo en el gran cuarto... Allí estaba mi hermano, con la palmatoria encendida, desencajado y con todos los pelos de punta... La puerta del cuarto azul estaba abierta como un negro boquerón, y veíase su interior oscuro como boca de lobo... Mi padre, que se había tirado de la cama y nos seguía liado en una manta, se lanzó a la puerta del cuarto azul gritando:

—¿Pero quién ha podido abrir esto? Y en vano forcejeó por cerrarla, porque la habían abierto sin quitar los pestillos ni estar la llave en la cerradura. A nosotros los chiquitines nos acostaron muy asustados, y ni al día siguiente, ni nunca en la vida, oí hablar más de esto, ni a mis padres, que estén en gloria, ni a mi hermano, que marchó a América hace ya muchos años.

III

Engolosináronme aquellas noticias y afirmeme más y más en mi propósito de seguir adelante mis investigaciones. Tenía ya la verdadera leyenda del salón azul en su verosimilitud relativa, limpia de toda aquella herrumbre de rabos de judíos, robos de joyas y demás zarandajas con que la rudeza y la extravagancia del vulgo la habían engalanado. Faltábame averiguar si se fundaba la leyenda realmente en un hecho histórico, y faltábame sobre todo, lo grande, lo gordo, lo terrible, lo que me ponía los pelos de punta sólo de pensarlo, y por nada del mundo hubiera, sin embargo, renunciado a ello. Corroborar otra vez por mí mismo lo que sucedía en el salón azul, y averiguar las causas de aquellos fenómenos, ya fuesen naturales, ya del otro mundo.

Podía lo primero ayudarme para lo último, y comencé pues con ardor muy justificado, a registrar archivos, descifrar pergaminos, interpretar rancias escrituras y cansarme los ojos siguiendo y combinando antiguos árboles genealógicos. El primer resultado de mis investigaciones fue convencerme de que no era yo el primero que había seguido aquella

pista: habíame precedido más de treinta años antes el Marqués del Amparo, que escribió entonces sobre la leyenda auténtica un bonito cuento publicado en *La Época* del 21 de septiembre de 1863. A la amabilidad del actual Marqués del Amparo debí todos los datos de que se valió su ilustre ascendiente, y ellos me sirvieron a veces de punto de partida para buscar otros más amplios y más exactos. Proseguí pues sobre aquella base este cansado trabajo de desmoche en aquel inmenso farrago de nombres y de fechas, de mentiras y verdades, y poco a poco fue apareciendo la verdad histórica, limpia, escueta, desnuda, comprobada, a la manera que la poda y limpia en un bosque fragoso¹⁸ deja ver al cabo los troncos seculares de cada árbol, limpios de toda hojarasca inútil, y el lugar en que asienta y echa cada cual sus respectivas raíces.

La primera rama desmochada por mi analítico trabajo, fue la historia del rabo del judío y el hurto de las alhajas, cuyo origen y fundamento apareció tal cual el Padre L*** lo sospechaba... Había llegado en efecto a Z*** en 1586 un fingido peregrino de Tierra Santa, que no era ciertamente judío, ni tenía rabo: era genovés de nación y llamábase Bartolomé Casano. Pidió hospitalidad en el palacio, según la antigua costumbre, y dió-sela caritativamente el señor, que lo era el noble caballero don Miguel de Zarauz. Mas una noche entrose clandestinamente en la iglesia el fingido peregrino y robó todas las muchas y ricas alhajas que allí había, y que desde mucho tiempo antes tenía él ojeadas. Metiolas en un saco y escondiolas en un rincón del aposento que ocupaba en el palacio, creyendo con fundamento que nadie iría a buscarlas en casa tan noble y tan cristiana. Descubriose sin embargo el hurto, prendieron al ladrón, y defendiolo don Miguel en el primer pronto, como su huésped que era, hasta verle convicto y confeso del horrendo sacrilegio.

Ahorcaron a Casano por sacrílego, en una explanada que había entonces entre la iglesia, el palacio y los astilleros de Sancturu, que se extendían por uno de los flancos de este. Sucedió todo esto catorce años después de la muerte del caballero hugonote, y todo este tiempo llevaban ya de sentirse en el salón azul los ruidos y los espectros. La proximidad de los dos sucesos y la honda impresión que ambos causaron en el pueblo, hicieron seguramente que la posteridad los confundiese y barajase, y en el rabo que se escondía en el mismo agujero que el tesoro, materializó sin duda alguna el vulgo y dio cuerpo, al

ruido y a la luz que se extinguían juntos en el mismo rincón de la cámara mortuoria, tal como yo los había visto. Todo, en fin, aun lo más absurdo, resultaba con algún fundamento, y hasta aquellas beatas que, según el Hermano E*** fundó el señor de Zarauz, *del susto*, fundáronse en efecto veinte años después, en el sitio que ocupa hoy la parte del parque que mira hacia el pueblo, siendo el último resto de esta obra pía la capillita de la Santísima Trinidad, advocación de aquellas buenas beatas, Trinitarias descalzas.

De igual modo apareció después, y fue poco a poco desarrollándose luego, la verdad histórica de la muerte del caballero hugonote, harto novelesca de suyo... En 1572 eran señores de la casa de Z*** don Pedro de Zarauz, pariente mayor de Guipúzcoa y coronel de 4.000 hombres por el Emperador Carlos V, y su mujer doña María de Hernani, del noble solar de esta villa. Había don Pedro de Zarauz guerreado mucho en sus mocedades, a imitación de su padre don Juan, que acompañó al Emperador en casi todas sus campañas, y ya muy viejo, vivía retirado en su palacio, procurando enderezar con buenas obras los tuertos de su juventud, árbitro entre los suyos, influyente entre los extraños y temido y respetado de todo el mundo, desde Fuenterrabía hasta el Ebro. Tenía don Pedro de Zarauz una hija, que era su encanto, y un hijo, que era su esperanza: llamábase este don Miguel y aquella doña Mariana.

La dicha del hogar extendía pues sus suaves alas sobre el noble solar de Zarauz, y los dos ilustres ancianos gozábanse en la de sus hijos. Don Miguel preparaba su boda con doña Francisca de Maella, y doña Mariana había efectuado ya la suya aquel mismo año de 72 con un noble caballero inglés, Francisco Boucker-Barthon, descendiente directo del Jorge-Boucker-Barthon, compañero de Ricardo Corazón de León en la Cruzada de 1180. Era esta familia católica y muy poderosa, y había emigrado de Inglaterra en 1534, cuando las persecuciones de Enrique VIII, y adquirido en Zumaya, con cédula real, el solar de Izarra. Fresco pues estaba aún el pan de una boda y amasándose ya casi el de la otra, cuando a fines de aquella invernada vino a sembrar la desolación en aquella pacífica comarca una de esas horrendas tempestades propias del Cantábrico. Embravecióse el mar de repente con tal ira y empuje, que llegó a cubrir por completo la peña de Humailaría, y una ola, la mayor que hasta entonces recordaban allí los nacidos y de entonces acá recuerda en aquellos mares memoria de hombre, rompió contra el palacio, amenazando

arrancarlo de cuajo, dividióse como por dos esclusas¹⁹ por los dos astilleros que había entonces a uno y otro lado de este, y fue a estrellar contra la torre de la iglesia, a la altura casi de las campanas, las chalupas²⁰ y despojos que había arrastrado a su paso. Diecisiete mareantes de la villa perecieron en aquella catástrofe, todos ellos de aquel valiente gremio de pescadores guipuzcoanos que se dedicaba entonces a la pesca de la ballena, frecuente antes en aquellos mares, y llegaba hasta Terranova en busca del bacalao.

Poco a poco fue arrojando el mar sobre la playa las víctimas y despojos de sus iras, y apareció entonces entre estos una chalupa destrozada, salva por milagro, resto único de un galeón genovés, que había salido de no sé qué puerto de Francia con rumbo a Inglaterra. Venían en ella cinco infelices náufragos, medio muertos de hambre y de fatiga, y lleváronles a una casa-hospital fundada por don Pedro de Zarauz y mantenida y cuidada por la caridad inagotable de su mujer doña María de Hernani y de su hija doña Mariana. Era uno de aquellos infelices un joven que parecía expirante y en cuya extraña lengua, de nadie comprendida, creyó reconocer doña Mariana la de su esposo Boucker-Barthon. Pasó este a verle con grande caridad, y encontró en efecto que era el pobre joven un compatriota, noble caballero inglés, cuyo nombre no ha llegado a la posteridad por haberse ocultado entonces con delicada prudencia. Puede conjeturarse, sin embargo, que era deudo o amigo íntimo del rígido puritano Sir Amyas Paulet, Embajador de Inglaterra, puesto que con él fue y con él había vivido en Francia.

Enterado don Pedro de Zarauz de la desgracia y la noble calidad del náufrago, hízole trasladar a su palacio, con la caridad y cortesía de los españoles de aquel tiempo, y alojole espléndidamente en la cámara azul, prodigándole toda la familia los más cariñosos cuidados. Explicó entonces el caballero su desgracia, diciendo que había ido a París dos años antes con el Embajador Sir Amyas Paulet; que en la corte de Francia había recibido en un desafío una estocada en el pecho; que para convalecer de su herida habíase trasladado a Pau con el rey Enrique de Navarra, y que volvía a su patria, cuando la horrenda tempestad sorprendió e hizo zozobrar en el golfo al galeón que le llevaba.

Declaró también que era católico, apostólico, romano, y aunque nunca movía él pláticas religiosas, guardábase bien de huirlas, y seguíalas con instrucción y tino, concluyendo

siempre por encargar a todos que pidiesen a Dios su pronto restablecimiento. La muerte le amenazaba sin embargo muy de cerca: habíale interesado el pulmón la herida del pecho, y las humedades y horrores del naufragio habíanle producido lo que llamaríamos hoy vulgarmente una *tisis* galopante, que le devoraba por momentos a la vista de todos, sin que él mismo lo conociese. Lejos de eso, era su conversación continua la de volver a su patria, donde debía realizar, según aseguraba, las más halagüeñas esperanzas.

Llegó por fin el terrible momento en que fue necesario anunciarle que su fin se aproximaba y debía disponerse a morir como católico. Dióle la fatal nueva el mismo Boucker-Barthon, y entonces pasó allí una escena horrorosa. Arrojóse el infeliz caballero del lecho con increíble fuerza, poseído de furor extraño, y comenzó a vocear pidiendo una espada para defenderse de los *pérfidos papistas*²¹, los infames asesinos de la San Bartolomé, que le mataban a traición envenenándole lentamente.

Acudieron a las voces todos los de la casa, y ante ellos, pidiendo siempre una espada y guardándose tras el lecho, declaró que él no era católico sino hugonote, y que si había ocultado su religión, fue tan sólo porque le pareció este el único medio de salvar su vida en aquella maldita España de inquisidores y papistas; pero una vez que le mataban a traición, envenenándole con tisanas, él lo declaraba así y les desafiaba a todos juntos, o uno a uno, y declaraba también que la estocada que llevaba en el pecho la había recibido en París la horrenda noche de San Bartolomé defendiendo contra los asesinos católicos la vida del almirante Coligny, como defendería la suya propia contra todos los asesinos presentes, si el ser católicos no ahogaba en ellos todo resto de caballerosidad, y le daban una espada.

Dióle aquí una fuerte congoja, y aprovecharonla para volverle a la cama creyendo que deliraba, pues decía todo esto en inglés, y sólo Boucker-Barthon podía entenderle. Esforzábese este en vano por calmar su furia, y exhortábale a bien morir, reconciliándose con Dios, dispuesto siempre a la misericordia. Mas el moribundo, exánime ya y sin movimiento casi, mirábale con enconado odio y entreabría tan sólo los labios para maldecir a los presentes y murmurar blasfemias contra el Papa y su Iglesia, la Santísima Virgen María y la hostia consagrada.

No tardó en cundir todo esto por el pueblo con grande rabia y espanto de hombres y mujeres, y exaltada la fantasía popular por el odio a los herejes, propio de la época, y la catástrofe reciente de los diecisiete marineros muertos en el mar días antes, creyose como artículo de fe que era aquello un castigo de Dios por albergarse en el pueblo aquel hereje, y corrieron todos en tropel al palacio dispuestos a sacarle del lecho y arrojarle al mar, como conjuro contra nuevas borrascas y desagravio a las almas de los náufragos. Viose precisado el mismo don Pedro de Zarauz a sosegar el tumulto, y retirase el pueblo sañudo y murmurando y prometiéndose hacer con el cadáver del hugonote, luego que le enterrasen, y puesto que no había de ser en lugar sagrado, lo que no le habían permitido hacer con el mísero hereje, vivo aún y expirante. Largas horas duró aún la agonía del desgraciado, y a la mañana siguiente, al romper el alba, expiró al fin sin haber pronunciado otras palabras que maldiciones y blasfemias.

Ocultaron todo el día la muerte a la irritada plebe, para evitar sus desmanes, y a la media noche sacaron con gran sigilo el cadáver y diéronle sepultura, dicen unos que al pie de los balcones del palacio, en lo que hoy es parque; otros que en la playa; otros que le llevaron a alta mar y le arrojaron al fondo; y algunos, quizá los que están más en lo cierto, que fue enterrado en el mismo cuarto azul, abriendo en el grueso espesor del muro un nicho que cuidadosamente tapiaron.

Alguien corrió entonces la voz, para explicar la desaparición del cuerpo, de que los demonios le habían arrebatado; y el crédulo pueblo, sencillo niño grande, apresurose a creerlo y afirmarlo, y de generación en generación así ha llegado hasta nosotros.

IV

Respiré al fin un momento, y pronto volvió a faltarme el resuello. Tenía ya desenterrada y limpia la leyenda y el hecho histórico comprobado. Faltábame tan sólo comprobar otra vez la espantable visión del cuarto azul, y esta atrevida idea me aterraba y seducía al mismo tiempo e infundíame también cierto escrúpulo, por parecerme algún tanto soberbia. Mil veces pues la acogí y la deseché, la acepté de nuevo y la torné a rechazar, como el gato que coge de sobre las parrillas una sardina caliente, la toma y la deja, la muerde y la suelta, hasta que decide al fin esperar a que se enfríe, sentado junto a ella y relamiéndose los bigotes con forzada paciencia.

Esto mismo hice yo desde el mes de mayo, que terminé mis pesquisas, hasta el próximo septiembre que fui a tomar las aguas de Cestona. Hallábanse mis amigos instalados en su palacio desde el principio del verano, y el 10 de septiembre llegué yo al balneario, distante una hora y media escasa de Z***. Vinieron a los pocos días a despedirse de mí sus dos hijos mayores P*** y X*** que se iban a Biarritz, primera etapa del viaje de los elegantes, durante el otoño, a París y Londres. Esta era la ocasión que yo acechaba: una

vez ausentes los dos hermanos, quedaba deshabitada en el palacio, durante la noche, toda aquella hilera de cuartos, desde el salón azul hasta el de X***, y podía yo hacer libremente mis observaciones sin temor de alarmar ni de molestar a nadie.

Fuime pues una mañana a Z***, con ánimo de dormir allí y volverme al día siguiente a Cestona, vencido o vencedor, pero en posesión ya del terrible secreto. Quería al mismo tiempo examinar en pleno día y detenidamente todos aquellos cuartos y tomar allí de antemano, con calma y seguridad, mis posiciones.

Comencé mi visita de inspección por el salón azul, y todo lo encontré tal como lo había dejado un año antes. El Patriarca Jacob dormía, y los dos famosos retratos parecían dormir también, ignorantes de que durante mi ausencia les había tomado yo la filiación y removido los huesos. Tentado estuve de presentar a la señora monja humildes excusas por los malos juicios que sobre ella había formado. Era esta señora muy posterior a la tragedia del hugonote, y ningún pito tocó en tan terrorífico suceso. Llamábase doña Micaela de Aguirre, en religión Sor Micaela del Santísimo Sacramento, y había nacido en 1603 y muerto en olor de santidad a los setenta y cinco años, siendo Priora en Valladolid del convento de la Madre de Dios, de monjas dominicanas. En cuanto al caballero del siglo XVI, variaba mucho el asunto, pues era nada menos que el propio don Miguel de Zarauz, testigo y actor en el drama del cuarto azul y único poseedor, quizá, de su secreto. Así constaba en los inventarios de la casa, donde constaba también que la rica cadena de oro que llevaba al cuello con la efigie de Carlos V, había sido regalada por este a su abuelo don Juan de Zarauz después de la batalla de Mühlberg, y se hallaba vinculada en la casa.

Busqué también en mi cuarto el pasadizo secreto de que me había hablado el Padre L***, y encontrélo en efecto, escondida su entrada tras una *chaise-longue* que había frente a la chimenea y paralela a la cama: podría tener un metro de ancho y tres escasos de largo, y venía a salir por una disimulada puertecilla a la meseta de la escalera.

Pasose el día rápidamente en la agradable compañía de aquellos señores, y a medida que la noche avanzaba, avanzaba también en mi ánimo cierta inquieta zozobra con algo de remordimiento, por parecerme a veces lo que iba a hacer una presunción temeraria.

Retireme a mi hora de costumbre, y encerrado en el oratorio terminé mis rezos del día y cumplí todas mis obligaciones espirituales de la noche.

Pasé después a mi cuarto y dispuse desde luego la decoración tal como lo había estado en el primer acto del drama. Abrí de par en par la puerta del cuarto azul, que estaba del todo a oscuras, y abrí también las del balcón de mi cuarto y la de escape que iba al de P***. Luego, por alarde de valor o como reto al enemigo invisible, separé valientemente la *chaise-longue* que tapaba el pasadizo secreto y abrí del todo su puerta. Hecho esto, senteme con cierta tranquilidad no del todo falsa, y púseme a leer un tomo de las *Vidas de hombres ilustres* de Plutarco, que a prevención tomé de la biblioteca.

Quería yo aislarme por completo de mi época y de la del hugonote, refugiándome y abismándome en otra más lejana para que no tomase parte mi imaginación en nada de lo que suceder pudiese. Comenzaban ya a interesarme los chismes y enredos que el buen Plutarco nos cuenta de aquellas remotas edades, cuando en un gran reloj de bronce que había sobre la chimenea sonaron precipitadas y argentinas las doce campanadas de la media noche. Confieso que en este instante clásico de los aparecidos y fantasmas pasó por mí como una ráfaga de miedo, semejante al ligero escalofrío que a veces se siente en un bien templado baño. Miré, sin embargo, frente a frente la oscura entrada del salón azul, y con la vista clavada en él permanecí firme y sin resollar siquiera hasta que momentos después resonaron de nuevo en la parroquia, lentas y sonoras, las doce solemnes campanadas...

Nadie chistó por ninguna parte; mas desde aquel instante comencé a sentir un extraño fenómeno que me desasosegaba y me ponía nervioso. Nunca he podido oír el tic-tac de un reloj en el silencio de la noche, sin asociar a este ruido una musiquilla cualquiera, un estribillo casi siempre vulgarísimo, que se me pega al oído y me distrae la atención y me taladra los sesos sin poderlo desechar, y acaba por clavarse allí como una verdadera obsesión de la mente; y en aquel momento el reloj de la chimenea vino a exhumar en mi memoria, con esta molesta pesadez, un recuerdo lejano enterrado allí cuarenta años antes... Había yo visto en mi infancia una comedia de magia titulada *La almoneda del Diablo*²², encanto y admiración de niñas y chiquillos. Era el protagonista un tal Blasillo, y por una serie de estupendas aventuras llegaba a una situación algo parecida a la en que yo me

encontraba. Hallábase en la galería de retratos de un castillo encantado: al dar las doce abrían de repente la boca todos los retratos y cantaban en coro fatídico y monótono:

Cuando las doce
de esa campana
en tus oídos
oigas sonar,
las brujas todas
de estos contornos
a este recinto
verás llegar.
Después, Blasillo,
de atormentarte
con uñas fieras
toda la faz,
bien en dragones,
bien en escobas,
por esos aires
te llevarán...

El pobre Blasillo, tan angustiado casi como me iba yo poniendo, decía para su capote:

—¡Qué miedo tengo,
pobre de mí!...

Y los retratos, adivinándole el pensamiento, contestaban:

—¡Qué miedo tiene!
¡Ji, ji, ji, ji!

Pues esta musiquilla y este estribillo se despertaron en mi memoria y pegáronseme al oído al dar las doce en el reloj de la chimenea, con tan importuna fijeza y tenacidad tan molesta, que desasosegado y nervioso y casi fuera de mí, retireme al cuarto de P***

para huir en parte de aquel impertinente tictac y vigilar desde allí todo lo que en el salón azul sucediese.

Proseguí pues mi lectura entretejiendo sin poderlo remediar las paganas virtudes de Catón con el lamento de Blasillo:

¡Qué miedo tengo,
pobre de mí!

y las profundas observaciones del historiador con el coro de retratos, que personificaba mi imaginación en la monja dominica y en don Miguel de Zarauz:

¡Qué miedo tiene!
¡Ji, ji, ji, ji!

De repente sonaron en mi cuarto ligerísimas pisadas que parecían tan sólo rozar el pavimento, y antes de que me diese verdadera cuenta, vi delante de mí un hermosísimo *Fox-terrier* de X***, llamado Back, que acudía allí sin duda a la querencia de su dueño ausente. Confieso que no me disgustó aquella inesperada compañía, y retuve y acaricié al noble animal y le hice echarse en el suelo a mi lado.

Una hora llevaba ya en aquella ansiosa espera sin que disminuyese un punto la horrible tensión de mis nervios, cuando resonó otro segundo ruido extraño y temeroso que no pude distinguir al pronto si provenía del salón azul o de algún ángulo de mi aposento, Diome un vuelco el corazón y miré a Back instintivamente. No se había movido de su sitio, pero levantaba la cabeza olfateando...

Volvió a resonar el mismo ruido con muy corto intervalo: era como un rechinamiento de dientes que en el silencio de la noche resultaba pavoroso... Creí llegado el momento, y confieso mi flaqueza: tuve entonces, no una ráfaga sino un vendaval de verdadero miedo. Levanteme, :sin embargo, y dirigime a mi cuarto echando a Back por delante y azuzándole en voz baja:

—¡Búscaló, Back, búscaló!...

Back no se daba del todo por entendido, y caminaba muy pegado a mí, olfateando unas veces al aire y rastreando otras en el suelo... Desde mi cuarto vi el salón azul, silencioso y oscuro como la boca de una sima, y escuché distintamente el estridente ruido, que entonces me pareció como de huesos que rechinasen y se quebraran, en el interior del pasadizo secreto... Habíase entornado por sí misma la puerta, y al extender la mano para abrirla, el maldito tic-tac del reloj pareció decirme al oído, con mucha razón por cierto:

¡Qué miedo tiene!
¡Ji, ji, ji, ji!

Abrila sin embargo violentamente, y descubrí, agazapado en el suelo, a Toby, el otro *Fox-terrier* de X***, perro el más inteligente y goloso que ha ladrado en la vida, royendo una cosa negra, grande como la palma de la mano, que tomé a primera vista por dos cuernecitos pequeños, unidos por abajo, semejantes a los que tienen en el cuadro de *El juicio final* los demonios de Miguel Ángel... Inclineme para reconocer el extraño objeto, y un olor fétido me llegó al olfato... Dile con el pié para sacarlo a la luz, y reconocí entonces una pezuña de ternera, de que sin duda había sacado el cocinero gelatina... Empujela poco a poco con la punta del pie para arrojarla por el balcón abierto, y Toby iba a su lado, muy pesaroso, acompañando sin protesta ni rencor, a su perdida presa... Al caer esta al parque y desaparecer en la oscuridad, el perro me miró y yo miré al perro y, si mal no recuerdo, nos echamos a reír los dos...

V

Así castigó Dios mi soberbia, dando a tan pavorosa aventura desenlace tan ridículo y reservando, sin duda, para otro menos presuntuoso la hazaña de arrancar al salón azul su secreto, Dolime de mi culpa, y en penitencia de ella me propuse escribir hasta en sus más nimios detalles esta *cierta, verdadera y exacta* historia, y arrostrar pacientemente las burlas de los que no habían de creerla, olvidándose de aquella cortés sentencia de una sesuda vieja, mi paisana: *Ante un yo la vi, hay que creer o reventar.*

Yo, sin embargo, lector amado, quiero ser magnánimo y te dispenso la segunda parte de la receta de la vieja. Así pues te pido, y te ruego, y te suplico, y te torno a pedir, con lágrimas casi en los ojos, que si no quieres creer, tampoco revientes.

Sería un sacrificio tan doloroso como inútil, quedándome a mí siempre el consuelo de aquello de Galileo: *E pur si muove*²³.

NOTAS

1 Che pavore!...: ¡Qué terror!.

2 Huppée: encofetada.

Coloma sitúa la narración, dada la descripción ofrecida, en el pueblo de Zarauz.

3 Metternichs: Referencia al estadista y diplomático Klemens Metternich-Winneburg, la principal figura política de su país durante la primera mitad del siglo XIX, para indicar la presencia de veraneantes de buen tono en Zarauz.

4 Escusón: escudo pequeño que carga a otro mayor.

5 Cuarteles: cada una de las divisiones o subdivisiones de un escudo.

6 Machichaco: Cabo de la provincia de Vizcaya, al NO de Bermeo y a la terminación del monte Sollube.

7 Chaise-longue: tumbona, hamaca.

8 Reys: tela de seda o de lana, fuerte y bien tejida.

9 Referencia a la rivalidad política entre católicos y protestantes (hugonotes) en Francia que provocó la matanza de la Noche de San Bartolomé en 1572. El rey Carlos IX de Francia y su madre, Catalina de Medici, temían que los hugonotes alcanzaran el poder. Por este motivo, ordenaron el asesinato de miles

de ellos a finales de agosto. La matanza comenzó en París el 24 de agosto y se extendió por las restantes provincias de Francia.

10 Jacob: En el Antiguo Testamento, nieto de Abraham. Sus doce descendientes se convertirán en los patriarcas de las doce tribus hebreas. Jacob personifica la nación de Israel.

11 Nagüeta: sobrefalda.

12 Justillo: prenda interior sin mangas, que se ciñe al cuerpo y no baja de la cintura.

13 Sillón de vaqueta: silla de montar, de cuero de ternera, construida de modo que una mujer pueda ir sentada en ella como una silla común.

14 Deva: Municipio perteneciente a la provincia de Guipúzcoa. Está situado a 52 km. de San Sebastián, en la desembocadura del río de su nombre.

15 Breack: coche abierto, de cuatro ruedas, con el asiento del pescante muy alto. Se empleaba para la caza y para asistir a las carreras de caballos.

16 Corniche (sic)- cornice, cornisa.

17 Urbi et orbi: Literalmente «a la ciudad y al mundo». Bendición papal que se extiende a todo el orbe.

18 Fragoso: áspero, intrincado, lleno de quiebras, maleza y breñas.

19 Esclusa: compartimento con puertas de entrada y salina, que se construye en un canal de navegación para que los barcos puedan pasar de un tramo a otro de diferente nivel, para lo cual se llena de agua o se vacía el espacio comprendido entre dichas puertas.

20 Chalupa: embarcación pequeña, que suele tener cubierta y dos palos de vela.

21 Papistas: nombre que herejes y cismáticos daban a los católicos romanos porque obedecían al Papa y así lo confesaban.

22 *La almoneda del diablo*. Comedia de magia de Rafael María de Liern, Madrid, Imprenta de C. González, 1864 (6ª ed.), protagonizada por la pareja romántica formada por Lisardo y Florinda y la pareja bufá constituida por Blasillo y Mariblanca que, ayudados de Jazmín, se enfrentarán a las fuerzas negativas del rico terrateniente Fuenteseca y su comparsa Maese Pedro.

23 *E pur si muove* o *Eppur si muove* (pero se mueve). Sintetiza la tozudez de la evidencia científica frente a la censura de la fe, la quintaesencia de la rebeldía del científico ante las convenciones por autoridad. Recuérdese que Galileo fue condenado por la Inquisición por sostener, asumiendo las tesis de Copérnico, que la Tierra giraba alrededor del sol.

¿QUÉ SERÍA?



I Yo no lo sé, lector; y por si tú puedes adivinarlo, con sus pelos y señales te lo cuento.

Ello sucedió allá por los años de 18**, cuando en cierta parte del mundo amenazaba a la Compañía una de esas crueles persecuciones que le dejó por herencia su santo Padre Ignacio; aquel varón insigne que si no hubiera subido a los altares por su santidad maravillosa, hubiese alcanzado la gloria de las estatuas por su exquisita prudencia. Comprendía bien el ilustre guipuzcoano que nada enerva tanto las fuerzas morales como la prosperidad; que para levantarse el hombre en toda su pujanza requiere ser sepultado a tiempos bajo los rigores de lo adverso, y que presto pierde el soldado sus hábitos guerreiros, si la paz llega a enmohecer las arrinconadas armas.

Por eso corre entre los jesuitas como tradición fidedigna, que un día encontró el Padre Ribadeneira a San Ignacio entregado a inusitado gozo: manifestole su extrañeza con sencilla confianza, preguntándole el motivo de su particular contento.

—Regocijaos conmigo, Pedro —respondió el Santo—: porque hoy me ha prometido el Señor lo que con tantas lágrimas le he pedido... *Que la gracia de la persecución jamás faltará a la Compañía.*

Cuatro siglos han probado ya y siguen probando cuán fielmente cumple el Señor la promesa hecha a su siervo.

Tengo tan presentes los hechos que voy a referir, como si ayer mismo hubieran sucedido. La catástrofe de Sedán¹ se aproximaba, enlazada con los sucesos antes mencionados: Bismarck encendía un fósforo en España para pegar fuego a Francia; Napoleón arrojaba el guante entre las dos nuevas recetas de la muerte: el fusil Chassepot y las ametralladoras Cristhophe; Guillermo lo recogía en Ems, gritando *¡Krieg!*, *¡Krieg!* (¡guerra!, ¡guerra!), y yo, muy enfadado con estos señores que tan revuelto traían al mundo, hacía mi cama cierta mañana de marzo, según prescriben las reglas de la Compañía, con el mismo primor y cuidado con que por aquel entonces trazaba Moltke, el misterioso Moltke, aquel plan de campaña que debía alcanzar en Sedán éxito tan asombroso como el obtenido antes en Sadowa. Tenía yo entonces una colcha de zaraza² catalana, que formaba mis delicias. Su fondo era blanco; pero sobre él se destacaban con lujo churrigueresco grandes medallones, en que alternaban todos los matices del rojo, desde el pimentón hasta el apuntar de la aurora, formando capullos como tomates, rosas como rajadas de sandía, y marcos muy vistosos a graciosas bandadas de cigüeñas inverosímiles y de fantásticos patos. Eran, sin embargo, animales muy prudentes: jamás turbaron aquellas mi sueño cuchicheando en el antiguo idioma egipcio de los Faraones, ni me desvelaron estos con alguno de aquellos filosóficos *rap, rap*, que pone Andersen³ en boca de los héroes palmípedos de sus cuentos. Puedo asegurar que por aquel entonces dormía yo más tranquilo entre aquellas aves acuáticas y viajeras, que dormían Guillermo en Ems, Bismarck en Friedrichsruh y Napoleón en las Tullerías.

¡Ah! No tenía yo temores de aquí abajo, ni esperanzas de la tierra, y preparado de antemano a lo que Dios dispusiese, ponía los cinco sentidos en tender mi colcha encarnada, delgada por el uso como finísima holandesa⁴, cual si de la menor arruga que afease los contornos de sus palmípedos y zancudas pendiese aquel equilibrio europeo que amenazaba

desquiciarse. En esta operación, para mí difícilísima, me sorprendió el portero aquella mañana de marzo, anunciándome que en el recibimiento me esperaba una visita.

Sorprendiome al pronto lo intempestivo de la hora, y creí encontrarme con algún devoto que deseara confesarse. Era el recibimiento ancho y largo en demasía, la mañana lluviosa y oscura, estrechas las ventanas, y la luz penetraba, por lo tanto, en la pieza, escasa y misteriosa. Al entrar en ella pude distinguir a lo lejos una mujer, acurrucada en un sofá: lanzaba ruidosos suspiros, movíase de continuo, se santiguaba con rapidez convulsa, dábale golpes de pecho, y extendía ambas manos, como en demanda de auxilio, hacia un cuadro que había enfrente. Miré al cuadro: era un perro de aguas, sentado con mucha gravedad sobre sus cuartos traseros. Retozome la risa en el cuerpo y se me desbordó por los labios, al comprender que en la oscuridad de la sala tomaba la devota al perro de aguas por imagen piadosa.

Mi indiscreción advirtió a la mujer que no estaba sola, y asustada dio un salto en el asiento, gritó —¡Jesús!—, se santiguó de nuevo, y, reconociéndome, sin duda, al cabo, se lanzó hacia mí como una flecha. Entonces pude advertir que era una feísima vieja, con los ojos saltones, vestida como pudiera estarlo una doncella de casa grande. Acercose a mí con muestras de grande azoramiento, y extendiendo las manos para volver a cruzarlas a la altura de su rostro, me dijo con grande angustia:

—¡Padre!..., ¡Padre!... ¡A la señora se le ha aparecido el diablo!...

¡Lector amigo!... ¿No te ha sucedido nunca en circunstancias solemnes, tristes o apuradas, sentir a deshora un amago de imprevista risa, que no hay mordedura de labios que debilite, ni pensamiento triste que enfrente, ni cruel pellizco que contenga, ni esfuerzo humano que impida ese desbordamiento de importuna alegría, que tú mismo juzgas grosero, peligroso, temerario y hasta cruel a veces, y dejas, sin embargo, brotar y correr como torrente de imprudente burla?... Pues eso me sucedió a mí entonces: al oír la inesperada salida de aquella mujer, tuve la crueldad de reírme de su angustia con una carcajada ruidosa y espontánea, como las de los primeros años de la infancia. Quedose ella suspensa y como espantada, cual si hubiese oído reír a un marmolillo, o entonar una

endecha al quicio de una puerta: ignoraba, sin duda, que fuese el jesuita. animal risible. Por dos veces sosegué mi risa, y otras tantas volví a dar rienda suelta a la presa, hasta que, llorando ella amargamente, tornó a decir con redoblada angustia:

—¡Sí, Padre, sí!... Se le ha aparecido el diablo, o quizá fuese un alma en pena... Por eso quiere la señora que vaya usted allá corriendo, corriendo...

—¿Pero quién es su señora de usted?

—Doña Adela...

—¿Doña Adela qué?...

Aquí pronunció un apellido que se encuentra en los árboles genealógicos de algunas casas de la grandeza, pero que no recordaba yo entonces, unido al nombre de doña Adela.

—No la conozco —dije.

—¡Sí, Padre, sí la conoce!... Doña Adela de M***.

Y, titubeando un poco, añadió al cabo, muy bajito:

—La Rabina...

—¿La Rabina?... ¡Ya!...

Y mis ganas de reír se desvanecieron como por encanto, pareciéndome ya posible que a la dama en cuestión se la apareciera el diablo, y aun probable que hubiese cargado con ella en cuerpo y alma: tales cosas le achacaban las lenguas murmuradoras. Lo único que seguía pareciéndome inverosímil era que la Rabina quisiese ver a un jesuita en su casa.

—¿Y dice usted que la Rabi..., quiero decir, doña Adela, desea que vaya yo a verla?...

—¡Sí, Padre, sí!... Para eso sólo me manda... ¡Y lleve usted, por Dios, agua bendita!...

—¿Pero qué ha pasado?... ¿Qué ha sucedido?... —pregunté, deseando adquirir algún dato que me diese luz en aquel suceso que, no obstante sus grotescas apariencias, comenzaba ya a preocuparme, por hallarse mezclado en él aquel nombre misterioso de la Rabina. La vieja se llevó las manos a la cabeza, dio un paso atrás, y comenzó a revolver los ojos. Me asusté un poco, porque temí que me iba a responder, como a Macbeth⁵ las brujas del bosque: —*¡Una cosa sin nombre!* —Tomando, sin embargo, alientos, dijo, siempre azorada:

—¡Jesús! ¡Jesús!... ¡Una cosa atroz, Padre!... ¡Ni lo sé siquiera!... Yo estaba en la alcoba cepillando la ropa..., la señora escribiendo en el gabinete... De pronto un ruido..., ¡pim!, ¡pam!, cristales que se rompen, y me veo a la señora en el quicio de la puerta, como una difunta, sin voz, tiesa, tiesa... ¡Me morí!... Ella decía: —*¡Allí!... ¡Allí!... ¡mi hermana!... ¡Concha!... ¡Concha!...* ¡Me morí, Padre, me morí, y me encaramé en una silla chillando, como si viera venir miles de ratones!

Y como si viera, en efecto, llegar la temida plaga, tan aterradora sin duda para ella que como término de comparación la ponía, comenzó de nuevo a llorar, y a dar vueltas por la sala manoteando.

—Pero, señora —le dije para calmarla—, ¿qué tiene de particular que doña Adela llamase a su hermana?...

—Pero, Padre..., si su hermana se murió hace hoy seis meses justitos, justitos... Ella es la que se le ha aparecido...

Y si no, sería el diablo; Padre, sería el diablo; porque lo que es su hermana era una santa... ¡Ah, sí, Padre; la señorita Concha era una santa!...

—¿Pero dijo eso la señora?... ¿Ha contado ella algo?...

—¿Qué había de contar, si ni alientos traía?... Yo chillaba que chillaba, y ella tiesa que tiesa, hasta que —¡cataplum!— se viene redonda al suelo, hecha un ovillo, dando con la cabeza en los rincones como si fuera un corcho... ¡Me morí, Padre, me morí! Acudieron las muchachas, y el aguador, y el mundo entero... Pero es mucha señora

aquella... Y no porque sea mi señora y la sirva yo hace veinte años; pero tiene una correa y un aguante, y un aquel, como nadie en el mundo... Se encogió, se encogió, y se tuvo firme sin chistar en cuanto vio gente...

—Mariana —me dijo—, vete en busca del cura...

Fui a la parroquia... El cura, diciendo Misa de tres, con órgano y todo... ¡Válgame Dios!... Entonces me dijo Juanito Ordóñez, el de la cerería, que en esta casa había un montón de curas, ¡y por eso vine, Padre, por eso vine!...

Y aquí soltó de nuevo la rienda a su aflicción, volviendo a llorar amargamente. Yo reflexionaba mientras tanto, pareciéndome descubrir, a través de aquella relación incoherente y grotesca, alguna cosa grave. Un hecho positivo resultaba de ella, más extraño a mis ojos que la aparición del diablo o la resurrección de la difunta; que la Rabina hubiese mandado llamar al cura. Quise, sin embargo, cerciorarme antes de tomar resolución alguna, y pregunté a su espantada emisaria:

—¿Pero está usted cierta de que la señora le mandó avisar al cura?...

—¡Sí, Padre, sí!... Con su propia boca me lo dijo... Con esta, que se ha de comer la tierra, lo oí yo en la puerta misma de la alcoba...

Y acompañando la acción a la palabra, se tiraba despiadadamente de una oreja de elasticidad inconcebible, semejante al sucio pergamino de un antiguo palimpsesto⁶.

Dejé entonces de titubear, y me dispuse a seguir a la caduca Ariadna que había de guiarme en aquel laberinto. Díjele que caminase delante, por no atravesar las calles en tan grotesca compañía, y ella echó a correr, mirando a todas partes, como aquel fantástico personaje de Hoffman⁷, que había perdido su sombra, volviendo a cada instante el rostro para ver si yo la seguía, tropezando en todas las esquinas, metiéndose en todos los charcos, pisando a todos los perros...

III

Mientras cruzábamos las diversas calles que a casa de la Rabina conducían, iba yo repasando en la memoria los varios datos biográficos que acerca de esta señora repetía la voz pública. Yo no la conocía, y con ser tan populosa la capital en que nos hallábamos, eran contadas las personas que la hubiesen visto alguna vez de cerca; tan grande era el aislamiento en que vivía. Tan sólo una tarde, volviendo yo, con cierto caballero, del famoso hospital de X***, situado en las afueras de la ciudad, vi por el camino que conduce a las vecinas huertas una antiquísima y blasonada carretela, forrada de amarillo, y tirada por pacíficas mulas: hundida en los almohadones del testero iba una sombra negra, y sentada al vidrio una vieja feísima, de aspecto decente. Mi compañero, que aún vive en Madrid, anciano y achacoso, me aseguró que aquella sombra era la Rabina, y aquella vieja, su doncella, o sea su *diablo familiar*, como la llamaba él en son de burla. Coordinando entonces mis recuerdos, vine en la cuenta de que aquel *diablo familiar* debía de ser la misma estantigua⁸ que en aquel momento caminaba delante de mí, sirviéndome de guía. Las cruces que le había visto hacer, y la devoción con que se encomendaba en el recibimiento

al perro de aguas, me tranquilizaron por completo; si era, en efecto, un diablo familiar, debía de ser un diablo arrepentido, al estilo del Abdiel-Abbadona que soñó Klopstock⁹.

Doña Adela de M***, conocida en toda la ciudad por el apodo de la Rabina, debía de frisar por aquel entonces en los setenta años. Su padre, segundón de una casa ilustre, y por extraño caso, rico, había figurado en las Cortes de Cádiz, al lado de Argüelles, Quintana y Toreno, y emigrado más tarde a Francia, cuando la reacción de 1823¹⁰. Allí se había educado, por lo tanto, la entonces tierna Adelita, y vivido en París muchos años, en la época en que el *cerebro de Europa*, convertido en espantosa grillera, daba a luz en el orden literario a los románticos de pálido rostro y cabellera de rey merovingio, que aplaudían el *Hemani*, de Víctor Hugo¹¹, y en el social a la segunda dómeda de revolucionarios, que ajustaban las cuentas al usurpador Luis Felipe, lo mismo que se le pueden ajustar al lacayo que estorba en la antesala. Los parisienses habían adelantado mucho; para sacudirse a un rey, tuvieron el 93 que guillotinarlo; para quitárselo de en medio el 48, les bastó sencillamente darle un escobazo.

Brillaban entonces en aquel cielo literario dos estrellas de primera magnitud, que fueron las amigas íntimas de doña Adela: la llamada *Muse de la Patrie*, Delfina Gay, madame de Girardin¹² más tarde, y la baronesa de Duvenant, célebre ya, por desdicha, con el nombre de Jorge Sand¹³. Estrechaba esta amistad la afición común a las letras, y juntas frecuentaban los círculos literarios y los salones más en boga en el poco escrupuloso París de aquella época, mereciendo de sus admiradores el lisonjero nombre de las tres Gracias. Decíase, que en estas tres décimas Musas se había inspirado el bueno de Jerónimo Paturot, al describir las tres poetisas que en los salones de la apócrifa princesa de Flibustoskoi improvisaban, como Corina sobre el Capitolio¹⁴, una en traje griego, otra con arreos de la Edad Media, y la tercera con botines y pantalones. No sé lo que habría de verdad en esto: puedo asegurar, sin embargo, que la amistad de doña Adela con Jorge Sand había sido, en efecto, muy íntima y constante. Yo mismo tuve en mis manos, muchos años después, un ejemplar de *La mare au Diable*¹⁵, que la célebre novelista francesa regalaba a su amiga, con esta tan concisa como expresiva y pedantesca dedicatoria:

*Alteri Ego*¹⁶.

Georges.

Nadie pudo saber nunca por qué razones había abandonado la Rabina el bullicio de París, quince años antes de estos sucesos, para venir a enterrarse en la antigua casa de sus mayores, en compañía de una hermana mayor, ciega y viuda de un marino: excelente y sencilla mujer, que se pasaba la vida haciendo calceta a tientas, y narrando a sus domésticos los extraños viajes que había hecho con su marido por el Sur de las Américas. Esta era aquella señorita Concha, que, según el dicho de la doncella de doña Adela, había muerto seis meses antes.

La Rabina no recibía a nadie, ni salía nunca de casa, como no fuese en carruaje cerrado, a respirar a larga distancia de la ciudad el puro ambiente del campo. Jamás se había acercado en tan largo período de tiempo a recibir los Santos Sacramentos, nunca se la había visto entrar en la iglesia, y la primera y única vez que había ido a visitarla el cura párroco, habíase negado a recibirlo cortés, pero decididamente. El pueblo, con ese maravilloso instinto con que adivina los caracteres y profundiza los misterios, habíala bautizado con el nombre de *la Rabina*, teniendo en cuenta sus apariencias de impiedad y su fama de literata. Decíase entre la gente culta que empleaba los largos ocios de su vida en escribir un libro sobre la emancipación de la mujer, destinado a producir grande ruido en el mundo. Ignoro también si esto era cierto; pero sí puedo asegurar que cuando en 1867 se celebró en New York el primer *meeting* de señoras, pidiendo para la mujer los derechos electorales, una de las primeras adhesiones de damas extranjeras que recibió aquel comité femenino, con pretensiones de masculino, fue la de la Rabina. Yo mismo leí su nombre en las listas que publicó entonces *The North American Review*, periódico de Boston.

Mientras repasaba en la memoria estos varios recuerdos, vínoseme a las mientes un pensamiento, en que no me había fijado nunca. La Rabina había permanecido siempre soltera, y no obstante el foco de corrupción en que había vivido, lo excéntrico de sus costumbres y su falta absoluta de ideas religiosas, jamás osó la mordacidad pública hincar el diente en nada que a su honra se refiriese. Era esto una extraña anomalía, dado el modo de ser ordinario con que suelen encadenarse los vicios; nunca la fea cebolla dio rosas, ni el pardo rábano castas azucenas. Te confieso, lector amigo, que para explicarme esta contradicción, formé entonces un mal juicio: pensé que la Rabina habría sido en su juventud una de esas forzosas Lucrecias¹⁷ que llevan la salvaguardia de su honor en la fealdad de su rostro.

Dimos, por fin, vista a la casa visitada por el diablo, y debo aquí confesarte, lector discreto, otra flaqueza: a pesar de que ya en aquel tiempo contaba yo con esa seguridad y aplomo que dan al hombre las muchas vicisitudes de una vida azarosa, no pude menos de experimentar, a la vista de aquel caserón destartado, una especie de inquieta zozobra, semejante a la del escolar desaplicado que va a examinarse, o a la del alcalde de montera que se prepara a pronunciar el discurso de recepción a un gran personaje. Era la casa antigua, con gran escudo de armas sobre la puerta, zaguán empedrado, con sendas escalerillas laterales que conducían a los entresuelos y enorme portón de roble labrado en el fondo. Pareció este abrirse por sí solo, como si nos esperasen, y atravesamos entonces un magnífico patio, una espaciosa escalera de mármol y una galería larga y anchísima, todo destartado, sucio y desprovisto de muebles y adornos, como si nadie habitase en aquel verdadero palacio. Una cosa vi, que sería realmente casual, pero que no por eso dejó de parecerme muy extraña en aquel momento. Ningún ruido se oía, ningún ser viviente se divisaba por ninguna parte: tan sólo encontramos en el primer tramo de la escalera, sentados en correcta formación sobre el último peldaño, tres gatos negros que fijaban en mí sus redondos ojos, con importuna fijeza: al acercarme yo, precedido de mi guía, pusiéronse en pie al mismo tiempo, arquearon el lomo, empinaron a compás el rabo, como para darme la bienvenida, y echaron a correr maullando lastimosamente. Acordome de nuevo de las brujas de Macbeth¹⁸, y traduciendo al inglés sus maullidos, pareciome que venían a significar el mismo estribillo misterioso que pone Shakespeare en boca de aquellas:

*Double, double toil and trouble!
Fire, burn; and, cauldron, bubble!...*

Repito que lo tuve por casualidad, pero me hizo aquello poquísima gracia. Veíase en el fondo de la galería una mampara roja, y ante ella se detuvo mi guía, abriéndola de par en par, y diciéndome cortésmente, sin llorar ya, pero haciendo aún algunos pucheros:

—Entre, Padre, entre, que voy a avisar a la señora...

De la mampara a dentro, la decoración variaba por completo: hálleme entonces en un saloncito cuadrado, digno de cualquiera elegante parisiense de tiempos del Directorio¹⁹:

tan sólo faltaba, para que la ilusión fuese completa, alguna Merveilleuse²⁰, sentada en el sofá romano, de caoba y metal amarillo, que ocupaba la testera. Algo que a esto se aproximaba se veía por las paredes: fijeme, desde luego, en un retrato de hermoso colorido que representaba a una mujer de treinta años. La reconocí al punto: una mano que no era la del pintor había escrito en torno del busto la célebre frase atribuida a Manon Phlipon, Madame Roland, cuando al subir al cadalso divisó a lo lejos la estatua de la libertad:

— ¡Libertad!... ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre²¹!...

— ¡Bella frase! —pensé yo—. Lástima grande que no se le ocurriese a la famosa republicana hasta que le tocó a ella la suerte de morir en la guillotina.

Frente a este retrato había otro de época más reciente, y de muy inferior mérito: representaba a un joven pálido, de frente elevadísima, negra y larga cabellera, corbatín hasta las orejas y ajustada la levita. Era Víctor Hugo, en los tiempos en que escribía dramas románticos.

Un tercer retrato, obra acabadísima de arte, que bien pudiera ser de David²² en sus mejores tiempos, ocupaba el testero. Veíanse en él dos figuras: una señora vestida de blanco, sentada en un jardín, sobre un banco de musgo: tenía un libro en la mano, en el cual parecía leer, declamando al mismo tiempo. En la portada del libro se leía: *Ledia*²³.

— ¡Ledia! —dije para mí—. ¡La novela, que no se atrevía a leer a solas Châteaubriand²⁴, con ser tan poco propenso a escrúpulos, no obstante su poético misticismo!... ¡La obra más pérfida de Jorge Sand, aquel desdichado ingenio femenino, que tanto veneno supo derramar por las puntas de su bien cortada pluma!...

A los pies de la novelista francesa, pues ella era, en efecto, había tendido en tierra un gallardo mancebo, que, con la hermosa cabeza apoyada en las rodillas de la dama, parecía escuchar atentamente su lectura, con una pipa encendida en los labios... Imposible me fue adivinar quién fuera este, porque imponible era reconocer en las graciosas facciones

de aquel, al parecer muchacho, a la Rabina misma, a la vieja setentona que en aquel momento iba yo a contemplar por primera vez frente a frente.

Una puertecilla perfectamente disimulada bajo el papel verdoso que tapizaba las paredes, se abrió en efecto, y apareció de nuevo mi Ariadna²⁵, diciéndome con el continente azorado de siempre:

—Entre, Padre... La señora le está esperando...

III

Entré sin vacilar, y me detuve sorprendido en la puerta... Porque no era a Rabina aquella caricatura de literata que yo me había figurado fea y negra hasta sudar tinta, como decía Luis XIV de mademoiselle Scuderi²⁶, la escritora de su tiempo. Lejos de eso, conservaba aquella mujer los restos de una arrogante belleza, que aventajaba en mucho a la vaporosa de Delfina Gay, y no podía compararse con la vulgar presencia y los ajuanetados carrillos de Madame Sand, la otra tercera Gracia.

Estaba hundida en una gran poltrona de raso encarnado, junto a una chimenea en que ardía vivísimo fuego: y no obstante lo adelantado de la estación, y de hallarse envuelta en un antiguo chal de cachemira, agitaban todo su cuerpo frecuentes escalofríos. Al entrar yo en la pieza, púsose en pie con gran trabajo, y pude entonces admirar su majestuosa talla, que no había logrado encorvar el peso de setenta años. Tenía el pelo blanco como la nieve, peinado en *bandeaux*²⁷, como decían las elegantes del año cuarenta: especie de cortinillas que, tocando las extremidades de las cejas, bajaban hasta cubrir del todo las orejas. La blancura nívea de sus canas hacía resaltar su tez morena, cortada por dos cejas negras como el azabache, que prestaban al conjunto de su rostro una expresión de energía cercana ya a la fiera.

—Siento haberle molestado a usted, Padre... —me dijo—. Pero esa Mariana equivocó mi encargo, y le ha incomodado a usted en vez de avisar al párroco.

Yo la escuchaba absorto, porque jamás había oído una voz más sonoramente dulce, más cadenciosa, ni tan agradable al oído: aquel acento en aquella mujer hacía verosímil la antigua fábula de las Sirenas²⁸. Mi admiración no me impidió, sin embargo, comprender que con aquellas corteses frases, y aquellos dulces acentos, me decía bonitamente la señora Rabina que estaba de más en su casa: respondíla, pues, haciendo ademán de marcharme.

—En nada me ha molestado usted, señora; pero si ha sido una equivocación...

—¡Oh, no, no! —exclamó ella vivamente—. Quédese usted, ¡se lo suplico!... Para mí es igual; quizá mejor... Lo mismo podrá usted darme un consejo, resolverme una duda...

Sentámonos entonces, y reinó un silencio embarazoso, como sucede de ordinario antes de comenzar una conversación de suyo difícil. Yo lo rompí el primero, diciendo:

—Me dijo su doncella de usted que esta mañana habían tenido un gran susto.

—¿Susto? —dijo ella.

Y fijó en mí una mirada de fingida extrañeza, como si aparentase no comprender el sentido de la palabra. ¡Y, sin embargo, la pobre vieja estaba temblando!

—Susto, no —prosiguió al cabo lentamente—. Sorpresa..., desengaño, sin duda... Conocí mucho en París a Allan Kardec²⁹, y me hablaba siempre de estas cosas de espiritismo... Pero yo me reía de sus embelecocos... Y sin embargo...

—¡Pues vamos ganando! —pensé yo al oírlo—. La visita del diablo la ha convertido de incrédula en espiritista.

Y cruzando los brazos debajo del manto, me dispuse a escuchar pacientemente, hasta ver en lo que paraba aquello. Recogióse ella un momento, y prosiguió hablando de este modo:

—No sé si sabrá usted que tuve la desgracia de perder hace seis meses a mi única hermana..., mi pobre Concha...

Dije que sí con la cabeza.

—Era una mujer excelente, inofensiva; pero muy...

Me pareció que iba a decir *fanática*, y la miró fijamente a la cara.

—... devota —concluyó ella— y bastante corta de alcances... En su testamento dejaba por heredero a un sobrino de su marido, y me nombraba a mí su albacea, dejando también a mi arbitrio el número de misas que habían de celebrarse por su alma.

Aquí me pareció advertir que la Rabina se sonreía imperceptiblemente.

—Yo me cuido muy poco de esto —prosiguió diciendo—. Confieso que hice mal, porque aunque éramos de tan distintas opiniones, yo debí de respetar las suyas... Comprendiéndolo así al cabo, escribí al cura de la parroquia hace unos quince días, encargándole que dijese diariamente una misa por mi difunta hermana hasta nuevo aviso... Hoy me levanté temprano, como de costumbre, y me puse a escribir de nuevo al párroco, diciéndole que desde el día de hoy cesasen las misas.

Al llegar aquí, pareció conmoverse algo la Rabina, y como si tuviese calor, echó hacia atrás la rica cachemira en que se envolvía.

—Estaba escribiendo ahí, en esa pieza contigua, que es mi gabinete... Había terminado ya la carta..., muy corta..., cuatro líneas; y faltaba sólo la firma... Fui a ponerla, pero sentí entonces una impresión desagradable... Una cosa rarísima... Así como una especie de intuición de que no estaba sola..., que estaba allí mi hermana, detrás de mí, a mi derecha... He oído que algunas personas sienten en la oscuridad terrores semejantes: me dominé por eso y firmé la carta sin volver la cabeza... No pude contenerme, sin embargo, y la volví en cuanto solté la pluma... ¡Y esto es lo atroz, Padre..., lo que quiero comprender y no comprendo!

Y la Rabina echó el cuerpo hacia adelante en la butaca, temblando como una azogada, para proseguir muy bajo, como si hasta el sonido de su voz le inspirase miedo.

—Esto no se explica, Padre; pero es cierto, cierto: no me queda duda... A mi lado mismo, pegando a mi misma silla, vi una cosa que no puedo definir, porque parece un prodigio verlo, y sería otro prodigio explicarlo...; pero lo vi tan claro, tan claro, como lo veo a usted en este momento... Era una cosa indescriptible; así como una columna de humo amasado con tinieblas... Allí había forma sin materia, sin color; palabra sin voz... y en medio, algo que sentía yo ser mi hermana..., dos ojos, los suyos..., su mirada triste, trístísima, que parecía implorar algo, con dos lágrimas de fuego que le caían cara abajo... Me levanté con tal ímpetu, que el sillón fue a dar contra los cristales, haciéndolos trizas... Entonces se alargó la sombra hasta llegar a la mesa, y con la punta de aquella oscuridad tocó el papel y borró la firma...

La Rabina sofocó una especie de gemido, y se dejó caer extenuada en el respaldo de la butaca, envolviéndose en su cachemira, y tiritando de frío o de espanto. Yo no volvía de mi estupor al oír aquella singular historia, y sentía también algo de los desfallecimientos del miedo.

—¿Pero no sería eso alguna ilusión? —dije, sin embargo—. Quizá usted misma borró la firma, al levantarse, con los picos de ese mantón o con el roce de la manga...

—¡No, no, no! —gritó la Rabina—. El mantón no lo tenía puesto... Las mangas... ¡Vea usted!

Y extendió con fuerza ambos brazos, mostrándome las ajustadas mangas de una bata de tafetán³⁰ gris, con vueltas de blanquísimo encaje, en que no se descubría mancha de tinta ninguna.

—¡Eso es lo que me aterra —añadió, sin tratar ya de ocultar su miedo—. Eso es lo que quiero saber... ¿Cree usted posible que el alma de un muerto venga del otro mundo a impedir que le acorten los sufragios?...

—¡Sí, señora! —respondí yo con firmeza—. Lo creo posible; pero no lo juzgo probable... Lo creo posible, porque en el poder de Dios cabe todo, y si usted me concede que Dios existe, no me puede negar sus atributos, y si no me niega sus atributos, tampoco me puede negar que los ejerza... No lo creo probable, porque para lograr sus fines se vale Dios ordinariamente de medios naturales; porque lo sobrenatural es muy raro, extraordinariamente raro, y se confunde a menudo con cosas naturales, pero desconocidas; o, mejor dicho, ni siquiera desconocidas; tan sólo ocultas, y a veces hasta vulgarísimas... Y si no, dígame usted, señora... ¿padece usted de insomnio?... ¿Durmió usted bien la noche pasada?...

—Siete horas seguidas... Como si tuviese quince años.

—¿Estaba usted impresionada, nerviosa, con la muerte de su hermana?

—No, señor... Mi hermana era una mujer muy vulgar: en nada congeniábamos y me preocupó muy poco su muerte... Y si no me impresionó en el momento, ¿cómo me iba a impresionar hasta ese punto, al cabo de seis meses?...

—Pero cuando empezó usted a escribir esa carta, ¿tenía remordimiento de no cumplir la voluntad de la difunta?...

—¿Remordimientos? —gritó la Rabina saltando en la butaca—. ¡Ninguno!... Lo único que sentía era pena de haber gastado en misas aquel dinero, que me parecía mejor empleado en darlo a los pobres, o... en ¡tirarlo por la ventana!...

Imposible es describir el acento de espantosa convicción y la especie de diabólica rabia con que pronunció la Rabina aquel *¡tirarlo por la ventana!* Embargome al oírla un doble sentimiento de terror y de lástima; díjela, sin embargo:

—Pero, a lo menos, pensaría usted entonces en su hermana... Tendría siquiera pesar de que no cumplía sus deseos.

—No, señor: en nada de eso pensaba... Había escrito antes otra carta para París, de mucha importancia, y de tal modo me preocupaba lo que en ella decía, que me

equiviqué tres veces en las cuatro líneas que escribí al párroco... Ni siquiera tenía idea de que allí se trataba de mi hermana...

—Pues si la ilusión no consiste en eso, puede consistir en algún otro fenómeno físico... ¿Entran las luces directamente en ese gabinete?... ¿Puede efectuarse en él alguna ilusión óptica, quizá algún fenómeno de espejismo?

—No lo creo... Pero aunque así fuera, ¿cómo me explica usted que un fenómeno de espejismo borre la firma de una carta? ¡Venga usted!... Allí está todavía... Exáminela despacio; que ella nos sacará de dudas.

Y la Rabina se puso de pie, erguida y chispeante, como si quisiera desafiarme.

Los papeles se habían trocado: yo parecía el incrédulo y ella la creyente, luchando por convencerme del prodigio.

—¿Pero usted no ha examinado después la carta?

—No, señor... No he tenido valor para mirarla...

Estuve por decirle que a mí también me faltaba, pero arrastrado por la fuerza de las circunstancias, me adelanté hasta la puerta del gabinete: allí nos detuvimos los dos, silenciosos, azorados, como los tebanos ante la Esfinge³¹. Era la pieza un pequeño boudoir³² elegantísimo, pero del mismo gusto anticuado de su dueña, que conservaba en todo las modas de su época. Veíase en el fondo un pupitre atestado de papeles, y sobre él una cartera de escribir con incrustaciones de nácar: en el centro de esta se destacaba un pliego de papel de carta, en que pude distinguir desde lejos algunas líneas escritas, y una mancha horizontal, larga y estrecha por debajo.

La Rabina cogió el papel, haciendo un esfuerzo violento, como si tocase a una culebra, y me lo puso en la mano... La firma estaba, en efecto, borrada: examínala atentamente por el derecho, por el revés, al trasluz, al tacto...

¡Ah!, la Rabina tenía razón: no era aquella una mancha de tinta: no había borrado la firma el roce descuidado de un mantón, ni tampoco el frote de una manga. Era una

mancha oscura, del matiz del cuero, idéntica en el color y en lo quebradizo a la huella tostada que deja sobre un papel el contacto de algo candente...

Miré entonces a la Rabina: estaba apoyada en el quicio de la puerta, pálida como un difunto. Yo sentía frío en el paladar, y el papel temblaba en mis manos...

Salimos del gabinete y hablamos mucho, mucho... Realmente era el diablo aquella mujer, pero un diablo de muchísimo talento.

Tres años después, hallándome yo en tierra extranjera, recibí por el correo una esquela de defunción. Era de doña Adela de M***, muerta en X***, el 24 de abril de 18**, *después de recibidos todos los Santos Sacramentos*. La esquela no hacía mención de parientes ni amigos: sólo el *Director espiritual* convidaba al entierro.

Me apresuré a encomendar a Dios el alma de la difunta; mas no era sólo caridad lo que me inspiraba mis sufragios. Por tres veces desperté aquella noche, y ninguna me atreví a abrir los ojos: parecía siempre que iba a ver en la oscuridad del aposento aquellos dos ojos tristes, tristes, que miraban implorando algo: aquellas dos lágrimas de fuego que corrían en silencio por mejillas vagas, borrosas, como de humo amasado con tinieblas...

NOTAS

1 Alusión a la famosa batalla que tuvo lugar en Sedán y que daría fin a la guerra franco-prusiana (1870-1871).

2 Zaraza: tela de algodón estampada.

3 Alusión a la producción literaria del escritor danés Hans Christian Andersen (1805-1875), autor de célebres cuentos llenos de gracia y fantasía. Coloma alude a Andersen, por ejemplo, en *Historia de un cuento* como fuente de influencia en sus relatos, especialmente en el titulado *Nicolás el grande y el pequeño Nicolás*, o *Nicolasín y Nicolasillo*.

4 Holanda: lienzo muy fino de que se hacen camisa, sábanas y otras prendas.

5 Macbeth. Referencia al personaje de la tragedia del mismo nombre creada por Shakespeare y representada alrededor de 1606.

6 Palimpsesto: manuscrito antiguo que conserva huellas de una escritura anterior borrada artificialmente.

7 Hoffman (1776-1882). El más famoso de los cuentistas alemanes, autor de numerosos relatos de carácter popular, legendario o fantástico. Ya en el año 1839 circulaban traducciones de sus cuentos en España, como la llevada a cabo por Cayetano Cortés en 1939. Cabe señalar que el cuento español nace, precisamente, como una imitación de los cuentos de Hofmann, citado y tomado como modelo por los escritores del segundo y tercer tercio del siglo XIX.

8 Estantigua: procesión de fantasmas, o fantasma que se ofrece a la vista por la noche, causando pavor y espanto.

9 Friedich Gottlieb Klopstock (1724-1803), poeta y dramaturgo alemán que desempeñó un papel importante en el proceso de liberar a la literatura alemana de las influencias francesas y extranjeras en general. Su principal obra poética fue *El Mesías*, un poema épico religioso. Su poesía influyó en toda una generación de jóvenes poetas, incluido Goethe.

10 Referencia al talante liberal del padre de la protagonista al situarlo al lado de los principales impulsores de las Cortes de Cádiz, la asamblea constituida durante la guerra de la Independencia y que promulgará la Constitución de 1812, punto de partida de la historia constitucional española.

Tras una primera etapa de gobierno absolutista (1814-1820), en la que había sido derogada la Constitución de Cádiz, en 1820 los pronunciamientos liberales en el seno del Ejército, como el liberado por Rafael de Riego, obligaron al rey a jurar y acatar la Constitución, dando lugar al denominado Trienio Liberal (1820-1823). En 1823 los absolutistas españoles, ayudados por las potencias extranjeras que perseguían instaurar monarcas absolutos en los tronos europeos (La Triple Alianza), restauran el absolutismo en España, dando lugar a una segunda oleada de exiliados españoles por Francia e Inglaterra, especialmente.

11 Victor Hugo. Poeta, novelista, dramaturgo y crítico francés (1802-1885) cuyas obras contribuyeron decisivamente al triunfo del Romanticismo en su país.

Hernani se estrenó el 25 de febrero de 1830 y estuvo marcada por una enorme polémica protagonizada por los defensores de la tradición y los partidarios de la escuela romántica.

12 Delfina Gay de Girardin: Célebre escritora y poetisa francesa (1776-1855). Además alcanzar un notable éxito con sus poemas, novelas y comedias, Delfina Gay introdujo en la prensa del momento la sección de la crónica amena. En 1836 empezó a colaborar en *La Presse*, periódico fundado por su esposo, Emilio de Girardin, insertando graciosos artículos sobre asuntos serios o alegres, importantes o baladíes, sobre personajes conocidos o individuos anónimos, haciendo alarde constante de ingenio, humor y habilidad satírica.

13 George Sand: Seudónimo de Amandine Aurora Lucie Dupin, novelista francesa del movimiento romántico cuyo estilo de vida anticonvencional y sus numerosos romances (Musset, Chopin, especialmente) escandalizaron a la sociedad parisina. Escritora prolífica que expresa en sus obras una honda preocupación por los problemas humanos y por la situación de las mujeres de su época, destacando en este sentido sus novelas *Valentine* (1832), *Indiana* (1832) y *Leila* (1833), obras donde se exalta el amor libre frente al matrimonio convencional.

14 Corina sobre el Capitolio: alusión al famoso y bello retrato de Mme. Staël titulado Corina coronada en el Capitolio del pintor Gerard. Corina, como es bien sabido, es el seudónimo de la escritora.

15 Referencia a la novela de George Sand publicada en el año 1846.

16 Alteri ego, alter ego: para otro yo, otro yo, un segundo yo. Persona de confianza que representa a otra. Cicerón lo emplea como una traslación del griego.

17 Lucrecia: En sentido figurado se dice de la mujer de relevante castidad, aludiendo a la célebre dama romana Lucrecia, esposa de Tarquino Colatino.

18 Brujas de Macbeth: Referencia a la célebre tragedia en cinco actos, en verso y prosa de William Shakespeare, estrenada en 1606. Las brujas en la obra tienen el poder de profetizar el destino.

19 Directorio: Nombre con que se conocen tanto al órgano ejecutivo del gobierno republicano francés creado en 1795 de acuerdo con la Constitución promulgada en agosto de ese año por la Convención Nacional, como al último periodo de la Revolución Francesa.

20 Merveilleuse: maravillosa. Tal vez en el sentido de «alguna [mujer] bellísima, maravillosa».

21 El 8 de noviembre de 1793 los miembros del Tribunal Revolucionario ordenaron la ejecución de Marie-Jean Thlipon Roland, esposa del ministro del interior girardista, Jean-Marie Roland. Fue acusada, junto a su esposo, de conspiración. Antes de ser ejecutada pronunció esta frase que tanta celebridad alcanzará en tiempos posteriores.

22 Por las referencias ambientales de la época realizadas por Coloma, creemos que se podría tratar del célebre pintor francés Jacobo Luis David o de alguno de sus discípulos. En el Museo del Louvre se custodian pinturas de este afamado pintor en consonancia con lo expresado por Coloma.

23 Novela de George Sand publicada en 1833.

24 François René de Châteaubriand (1768-1848), escritor y político francés, pionero del romanticismo y muy conocido por *El genio del cristianismo* (1802), sus novelas *Atala* (1801) y *René* (1802) y su autobiografía *Memorias de ultratumba*—publicada póstumamente (1848-1850).

25 En la mitología griega, Ariadna, enamorada de Teseo, héroe griego, que acude a Creta a dar muerte al Minotauro, le entrega un ovillo para que pueda orientarse y salir del intrincado laberinto en el que el monstruo se esconde.

26 Referencia a la célebre escritora francesa Magdalena Scudéry (1607-1701).

27 Bandeaux: Coloma comete una incorrección en el vocablo francés, pues el plural de *bandeau* es *bandós* (cheveux).

28 Sirenas. Se refiere a los famosos cantos de sirenas que atraían a las personas para lograr su perdición. Recuérdese el pasaje de la Odisea en el que Ulises hace taponar los oídos a todos los miembros de su tripulación y ordena ser atado él mismo al mástil del navío para no poder correr a su encuentro, cautivado por sus cantos, que tenían fama de irresistibles. Gracias a ello se salvó al navegar cerca de las sirenas.

29 Seudónimo del escritor espiritista Hipólito León Denizard.

30 Tafetán: tela delgada de seda, muy tupida.

31 Referencia a la Esfinge de Gizah, construida por orden del faraón Kefrén en el III milenio a. C.

32 Boudoir: gabinete.

EL PRIMER BAILE

FANTASMAS VERDADEROS



La señora Marquesa estaba de un humor insoportable: habíase levantado media hora antes, y envuelta en un rico peinador guarnecido de encajes de *Valenciennes*, tomaba chocolate con bizcochos, que iba cogiendo de una salvilla de plata. En este breve tiempo había reñido a la doncella francesa porque hacía frío, y al *valet de chambre*¹ porque la chimenea daba calor: había despedido con cajas destempladas a sus cuatro hijos menores, que con el aya inglesa al frente entraban en corporación a darle los buenos días; y había también —y esto era grave— negado una sopita de chocolate a *Fly*, la galguita inglesa: ofendida esta de tan desacostumbrado desaire, volvió el rabo a la ilustre dama, y se tendió en su cojín de terciopelo, aplicando al favor de los poderosos, que personificaba en su dueña, aquella sentencia de su paisano Shakespeare: «¡Inconstancia!, tu nombre es mujer».

Indudablemente aquellos primeros truenos anunciaban una tormenta deshecha; y allí a dos pasos, sin ningún paraguas que la resguardase del aguacero, sin ningún pararrayos que la pusiese a cubierto de las chispas eléctricas, se hallaba la pobre Lulú, la hija mayor de la Marquesa, colegiala quince días antes en el Colegio del Sagrado Corazón. La pobre

niña, no pudiendo esconderse en ninguna parte, escondía al menos las manos en los bolsillos de su bata, y clavaba los ojos en la alfombra como si estudiase sus dibujos, por no atreverse a fijarlos en el encapotado rostro de su madre.

—Quiero que me digas —decía esta con ese tono breve y convulso propio de la cólera contenida— por qué no quieres venir al baile de la Embajada.

Y para dar tiempo a la respuesta, la señora Marquesa se tomó una sopa de chocolate. Lulú no contestó: hizo dos o tres pucheritos, y escondió aún más hondamente las manos en los bolsillos de la bata. De buena gana hubiera escondido también la cabeza; pero eran los bolsillos demasiado pequeños.

—¡Contesta y no me desesperes! —exclamó la Marquesa, llegando ya a los límites de la exasperación—. ¿Por qué no quieres venir al baile?

Lulú se echó a llorar.

—¡Dios nos asista! —exclamó la dama—. Baile más llorado y más rabiado jamás se ha visto en la vida... Contesta, niña, contesta; que es tu madre quien te pregunta.

Lulú levantó al fin aquellos hermosos ojos azules, que respiraban candor y pureza, y dijo con voz ahogada:

—Porque no quiero ponerme escotada...

—¿Acaso temes constiparte? —dijo la Marquesa, que no alcanzaba otra causa de aquella repugnancia.

—No, señora; no es por eso... Es que decía la M. Catalina...

—¡Ah! —exclamó la Marquesa, irguiéndose en su butaca, cual Juno² en su carro tirado por pavos reales—. ¡Decía la M. Catalina! ¿Y qué decía la M. Catalina?...

—Que ese traje no era..., vamos, que no era decente... y que las señoras que ponen la moda, eran las que debían desterrarlo.

La Marquesa se puso pálida de rabia, y si la M. Catalina llega a caer en aquel instante en sus manos, cierto es que vuelve al convento sin ojos y sin toca.

—¿Conque eso decía la M. Catalina? —exclamó con cierta calma rabiosa.

—Sí, señora; y el P. Jacinto me dijo...

—¿También el P. Jacinto?

—Sí, señora; el P. Jacinto me dijo que procurase no vestir nunca de ese modo.

—¿Porque sin duda era pecado?...

—No me dijo que fuese pecado... Sólo me aconsejó que no lo usara.

—¿Y qué más te dijo el P. Jacinto?...

—Que no valsase.

—¿Porque también era pecado?...

—Tampoco me dijo que fuese pecado; pero me aconsejó también que no lo hiciera.

—¿Y qué razón tenía para eso el P. Jacinto?

—Eso no me lo dijo.

—¿Y la M. Catalina?

—Tampoco me dijo nada.

La Marquesa estalló al fin: apuró de un sorbo el resto del chocolate, como para tomar fuerzas, y volvió a colocar con tal violencia la jícara en el platillo, que lo rompió en dos pedazos. El agua sufrió los flujos y los reflujos del mar en su copa de cristal de Bohemia; los bizcochos se dispersaron por el suelo, anunciando el final del desayuno; Lulú se encomendó a todos los santos del cielo; la impasibilidad británica de *Fly* se contentó con levantar la cabeza.

—Pues, mira —dijo la Marquesa, dando con el puño cerrado en el brazo de la butaca—. ¡El P. Jacinto manda en su sotana, y la M. Catalina en sus enaguas, y yo mando en mi casa y en mi hija!, ¿te enteras?...

Lulú no se enteraba: asustada la pobre niña, había cruzado sus manitas, y rezaba mentalmente, sin darse cuenta de ello, aquella oración del Trisagio³. *Aplaca, Señor, tu ira, tu justicia y tu rigor: ¡misericordia, Señor!* La Marquesa continuó elevando progresivamente la voz, hasta las últimas notas de un furioso *crescendo*.

—Vendrás esta noche al baile de la Embajada, por encima del sombrero de teja del Padre, y por encima de la toca de la Madre... ¡Irás con el traje escotado que va a traer la modista!... ¡Valsarás con el Duquesito, porque así se lo he prometido yo, y porque es menester que aprendas lo que el P. Jacinto y la M. Catalina debieron haberte enseñado!... ¡Es menester que aprendas a obedecer a tu madre!

—Pero, mamá —exclamó Lulú llorando a lágrima viva—; si me dijo el P. Jacinto...

—¿Qué más dijo el P. Jacinto?

—Que si usted me lo mandaba, y yo no podía convencerla, que en las dos cosas obedeciese.

—¡Pues como no me has convencido, vendrás al baile de pie o de cabeza!

—Sí, señora; iré de pie, y como usted mande.

La Marquesa bajó dos puntos el diapasón de su cólera, y añadió en tono dogmático:

—El tercer mandamiento de la ley de Dios manda honrar padre y madre.

—No es el tercero, mamá; es el cuarto. El tercero es santificar las fiestas.

—¡El tercero o el cuarto, o el veinte mil quinientos! —exclamó la Marquesa, que estaba más fuerte en el reparto de la última ópera, que en el orden riguroso de los preceptos del Decálogo—. ¡Lo que importa es que lo tengas presente!

—Sí, señora; haré lo que usted mande.

—¡Pues no faltaba más, sino que pretendiese el P. Jacinto turbar la paz de mi casa!...

—No, señora, no —le interrumpió Lulú—. El P. Jacinto es un santo.

—¡Pues que le pongan en el altar, y le enciendan dos velas —replicó violentamente la Marquesa—. Pero de ninguna manera tolero que por causa de sus chocheos, me seas desobediente.

—Pero, mamá, si...

—¡Calla!... Y mira que no le vayas a hablar al Duquesito del P. Jacinto, ni de la M. Catalina, ni de novenas, ni monjíos, ni de las bobadas del colegio... Ya ese tiempo pasó, hija mía: ahora es menester que pienses en que eres ya una señorita que va a entrar en el mundo... Por eso quiero presentarte esta noche en la Embajada... El Duquesito es un pollo de lo más agradable que darse puede...; te quiere muchísimo... No queda día que no pregunte por la bella Lulú...

—¿Por mí? —dijo Lulú, abriendo los ojos asombrada—. ¡Pues si sólo una vez le he visto en la vida!

—¿Y qué te pareció?

—Me pareció muy tonto.

—¿Tonto?... ¿Tonto el chico más a la moda de Madrid?... ¿Tonto el mejor partido de la Corte?

—¡Pues si no me dijo más que tonterías!..., que si el Real⁴ estaba lleno y el Español⁵ vacío..., que su caballo Pitt había ganado una copa en el Hipódromo..., que iba a introducir la moda del frac encarnado... Yo le dije que parecería un cangrejo...

—¿Eso le dijiste? —exclamó otra vez sulfurada la Marquesa.

—Se me escapó sin pensar, y creo que no le gustó, porque se puso muy serio.

—¡Pues claro está!... ¿Como había de gustarle?... Vamos, si esta hija mía parece que viene de las Batuecas⁶... ¡Decirle que parecería un cangrejo!... ¿A quién sino a ti se le ocurre semejante sandez?... ¿Sabes lo serio que ha sido el asunto de los frac colorados?... Periódicos muy formales han discutido si debía o no admitirse, y justamente el Duquesito era el defensor más acérrimo... ¡Y decirle que parecería un cangrejo!...

Vamos, si eso no se le ocurre más que... al P. Jacinto o a la M. Catalina...

—¿Pero yo qué entiendo de eso, mamá? —dijo Lulú apurada.

—Pues aprende, o a lo menos calla, que ni siquiera a callar has aprendido en el colegio... Éste es el fruto de la decantada educación de monjas, que tu abuela me obligó a darte —prosiguió la dama en tono patético—. ¡Para esto me impuso el inmenso sacrificio de tenerte en el colegio, separada de mí, hasta los diecisiete años!...

La señora Marquesa mentía al decir esto con un descaro digno de su lavandera: la pobre Lulú había permanecido en el colegio hasta los diecisiete años, porque estorbaba a su madre por la vida, no licenciada, pero sí frívola y disipada que llevaba: porque la edad de la niña ponía de manifiesto que la de la señora Marquesa había pasado mucho tiempo antes los límites de la juventud: porque le era preciso a su vanidad ocultar todo el tiempo posible aquellos años que todos los ardides de la infeliz no lograban borrar de su inexorable fe de bautismo; aquellos años que sonriendo irónicamente iba contando la muerte: aquellos años en que los pasatiempos y frívolos devaneos de la mujer, habían ahogado los sencillos, los puros, los santos goces de la madre... ¡Aquellos años que habían de ser juzgados día por día, hora por hora, momento por momento, en el terrible tribunal en que sentencia Jesucristo las almas de los muertos!...

II

Las lamentaciones de la dama fueron interrumpidas por Nanette, la doncella francesa, que anunció la llegada del traje de la señorita.

La Marquesa lanzó una exclamación de alegría, y se levantó para recibirlo: Lulú no se movió de su sitio. Un criado entró cargado con una inmensa excusabaraja⁷ de finísimos mimbres, y la depositó sobre la alfombra. Nanette levantó la tapa, y apareció el confuso remolino de gasas, crespones, flores y cintas, que constituían el traje de baile. La misma Marquesa, ayudada por Nanette, colocó artísticamente el vestido sobre un diván de raso azul celeste: era de gasas blancas, y no tenía más adornos que algunas guirnaldas de jazmines.

—¡Lindísimo! —exclamó la Marquesa, buscando para contemplarlo el verdadero punto de vista—. ¡Qué sencillez, y al mismo tiempo qué novedad y qué elegancia!... ¡Ah!, si madame Tête-vide⁸ es la encarnación del gusto parisiense... Mira, Lulú, mira... ¡Vas a tener un *succès*⁹ asombroso!...

La señora Marquesa participaba en alto grado de la elegante manía criticada ya por el P. Isla en aquella célebre aleluya:

*Yo conocí en Madrid una marquesa
que aprendió a estornudar a la francesa*¹⁰.

Lulú no se movió de su sitio, y miraba con tristes ojos el lindísimo traje: su primera mirada había sido para el escote, que en honor de la verdad era todo lo alto y decente que esta moda permite a las señoritas jóvenes: a las señoras casadas, sin que nosotros alcancemos el motivo, se les permite en este caprichoso código ofender con toda libertad el pudor y la modestia.

—Pero, hija, ven acá —gritó la Marquesa—; que no parece sino que te llamo para enseñarte la mortaja.

—Así quiero que me hagan la mía —dijo Lulú levantándose—. Blanca como este traje; pero ha de ser cerrada hasta arriba, y en vez de jazmines tendrá azucenas, que significan pureza.

—¡Vamos! —exclamó la Marquesa, dispuesta a encolerizarse por tercera vez. No falta más sino que nos prediques ahora un sermoncito sobre la muerte y las vanidades humanas... ¡Mira, Luisa, no me seas necia! Entra en mi alcoba y ponte el traje al momento...; quiero ver cómo te sienta y quiero enseñarte a llevar la cola. De seguro que no sabes dar un paso con ella.

Lulú apareció al fin vestida de baile; y al ver retratada su imagen en el inmenso espejo que reflejaba al día las tres o cuatro *toilettes* de su madre, no pudo menos de sonreírse. Se había encontrado tan bonita, que se olvidó por un momento de la mortaja cerrada hasta arriba, y de las azucenas que significaban pureza. La Marquesa se sonrió también: la mujer había comprendido a la mujer y por eso concibió esperanzas de derrotar al P. Jacinto.

—¡Delicioso! —exclamaba, arreglando los largos pliegues de la cola del traje—. Anda un poquito para allá, Lulú... Baja un poco la segunda falda, Nanette... ¡Mira,

mira este *puff* sostenido con dos lazos! ¡Es lo más elegante y atrevido que he visto!
¡Ah! ¡Este *puff mariposa* es un *tour de force*¹¹ admirable!... Madame Tête-vidé es un genio!...

Un golpecito sonó en aquel momento en la puerta del tocador, y una voz varonil gritó desde fuera:

—¿Le es permitido a un simple mortal entrar en el santuario de la diosa?

—¡Adelante, adelante! —exclamó alegremente la Marquesa.

Lulú quiso huir, pero la detuvo su madre diciendo:

—¿Pero adonde vas, hija!... Si es el tío Conde.

El tío Conde era un anciano de franca y noble fisonomía, marcial aspecto, cabellos blancos como la nieve, y en cuyo pecho se destacaba la ilustre cruz roja de la Orden de Calatrava.

—¡Magnífico! —exclamó deteniéndose a la puerta—. ¡Qué grupo tan delicioso!... No os mováis, por Dios, que parecéis así unidas la mañana y la tarde de un hermoso día.

—¡Qué galante ha amanecido hoy el señor Conde! —dijo riendo la Marquesa—: apuesto a que para todo esto en pedirme de almorzar...

—¡Hermosa como la luz, discreta como la sombra! —dijo el Conde, sentándose en el diván celeste—. Acertaste, sobrina: vengo a que me des de almorzar, y a que me prestes un coche para ir luego a Palacio. El mío me lo tiene embargado hoy un entierro.

—Admito lo de la mañana y la tarde, en pago del almuerzo, y exijo en pago del coche que me diga usted lo que le parece mi Lulú con su traje de baile.

—Trato hecho —contestó el Conde; y arrellenándose en el diván, se caló sus quevedos de oro.

—¡Admirable, admirable, admirable! —decía examinando a la niña de pies a cabeza—. De seguro que cuando llegue a hablar de Lulú el cronista del baile, moja la pluma en bandolina¹² en vez de mojarla en tinta... Hebe, sirviendo la copa a los dioses, será menos hermosa... Ofelia, apareciéndose a Hamlet, menos ideal... Psiquis, elevándose al Olimpo, menos vaporosa... Pero ¿quieres que te diga mi opinión, Lulú, hija mía?... Pues oye el consejo de un viejo. Luce ahora el traje delante de tu madre; lúcelo también delante de este viejo que se ofrece a bailar contigo entre estas cuatro paredes, desde un rigodón hasta una polka... Es más: que se ofrece atraerte aquí dos o tres parejas de su confianza, aunque tenga que buscarlas a la luz de una linterna, como Diógenes¹³ buscaba un hombre sensato por el foro de Atenas; porque, aunque no abunden, es cierto que se encuentran. Pero créeme, hija mía: cuando llegue la hora de ir a la Embajada, cena un huevecito pasado por agua, ponte tu gorrito de dormir, y vete a la cama después de rezar el rosario...

—Eso decía yo ahora mismo —exclamó vivamente.

—Y hablabas como un libro —añadió su tío.

—¡Vamos! —dijo impaciente la Marquesa—. ¿Si tendremos aquí otro P. Jacinto sin manteo ni sotana?

—¿Quién es ese P. Jacinto?

—Un exclaustro del año treinta y cuatro, que se cree que estamos todavía en los tiempos de las golos de lechuguilla y de los *minuets* cantados¹⁴.

—¿Dónde vive? —preguntó gravemente el Conde:

—¿Ya usted a confesarse? —replicó con ironía la Marquesa.

—No; porque me confesé ayer: voy a consultarle una duda teológica.

—¿Y cuál es ella?

—Que me parece que la mujer no fue formada de la costilla del hombre.

—Pues téngalo usted por cierto —respondió la Marquesa, sin sospechar adonde iba a parar la broma—. No la formaron de la costilla, sino del corazón: por eso la mujer se lo llevó todo, y el hombre se quedó sin ninguno.

—Cuando las veo a la cabecera de sus hijos, enseñándoles a rezar el *Bendito* como a mí me lo enseñó mi madre, que era tu abuela, creo lo que dices, sobrina —respondió el Conde con aquel tono serio-burlón de que se servía para hacer a la Marquesa los más tremendos cargos—. Pero te confieso que me vuelve a asaltar mi duda cuando, satisfechas con esas baratijas de tocador, las veo dar más importancia a los bullones de un puff que... al gobierno de su casa.

El Conde iba a decir que a la educación de sus hijas, pero la presencia de Lulú le contrajo.

—Pero ¿cuál es esa duda? —preguntó la Marquesa, sin darse por entendida.

—Pues ya lo he dicho: que la mujer no fue formada de la costilla del hombre.

—¿Pues de qué lo fue entonces?

—Del rabo de una mona —dijo gravemente el Conde.

Lulú se echó a reír a carcajadas. La Marquesa se mordió los labios: acostumbrada, sin embargo, a las indirectas del Conde, que había sido para ella su segundo padre, y cuya rica herencia esperaba, contestó chanceándose:

—¡Vaya con el señor Conde! En cuanto vio seguro el almuerzo ha dado ya al traste con todas sus galanterías.

—Y no creas que esto me lo ha dicho la falsa ciencia de algún darvinista —prosiguió el anciano—. Me lo dijo el buen sentido de un pobre patán que conocí en mis posesiones de Andalucía.

—¡Bien decía yo que la tal sentencia me olía a ajos!

—La verdad nunca huele a ámbar en las narices que escuece, sobrina... Explícame, si no, de otro modo, estos dos hechos en que mi filósofo de los campos fundaba su sistema. Primero, que las monas no tengan rabo; segundo, que tengáis alguna de vosotras esas tendencias *darwinísticas*...

—Ya no me extraña que si tal concepto le merecían las mujeres, jamás haya usted querido volverse a casar después de viudo.

—No, hija mía; porque habrás notado que no he dicho *todas*, sino *algunas*... Si todas fueran así, no me hubiera casado nunca.

—¿Sabe usted lo que estoy pensando, tío? —dijo la Marquesa, picada hasta el sumo—: que podría usted irse con mi hija a dar por ahí una misión contra los bailes y las modas. Lulú personificaría la inocencia; usted, tío —añadió recalcando la frase—, podría personificar el arrepentimiento.

—Con lo cual nadie podría argüirme de que hablaba de lo que no entendía.

—Pero sí de que el diablo, harto de comer carne, se había metido a fraile.

—¿Y crees tú que si ese señor Mefistófeles pusiera al servicio de Dios su experiencia de diablo y su ciencia de ángel, no haría mucho fruto?... Si Lulú quiere, esta misma noche empezaremos la misión a la puerta de la Embajada.

—Sí, tiíto —respondió Lulú alegremente—: más fácil me será aprender el sermón que bailar con esta cola.

—Pues queda convenido —asintió el Conde—. Predicaré por una ventanilla del coche y diré a las madres de familia: «Ciegas fuisteis para vosotras: ciegas sois para vuestras hijas... Vuestra ceguedad os disculpa... en parte. Cuidad de que no sea también vuestra ceguedad la que os condene...». Y asomándome por la otra ventanilla, porque dividiré el auditorio por sexos, como hacen en las sinagogas, diré a los padres de familia: «¡Perdisteis la memoria, señores míos!... ¡Acordaos de que ya no sois vosotros los galanes!... ¡Acordaos de que las damas son ahora vuestras hijas!...».

—Pues si todos entienden el sermón como yo —dijo Lulú moviendo la cabeza—, no serán muchos los convertidos.

—No importa que tú no lo entiendas... Mira cómo tu madre me entiende.

—Entiendo, tío mío, que me está usted haciendo una mala obra —dijo sentida la Marquesa.

—La del padre que corrige —replicó el Conde, inclinándose a su oído—, la del amigo que salva...

—¿Pero acaso soy yo una samaritana?

—¡No por cierto!... Eres una mariposa, y tu hija necesita un ángel de la guarda.

La Marquesa se echó a llorar. Lulú, que nada había advertido, dijo muy seria:

—Pues si usted predica desde la ventanilla, yo predicaré desde el pescante, y diré a todo el auditorio: «Señores: las doce han dado ya: tengo mucho sueño, y no puedo dar un paso sin tropezar con esta cola... ¡Conque, muy buenas noches, que me voy a cenar con mi tío un huevo pasado por agua, y a acostarme después de rezar el rosario!...».

Y haciendo una graciosa cortesía, echó a correr hacia la alcoba de su madre para despojarse de su traje de baile. Detúvose, sin embargo, en la puerta, y preguntó sonriendo:

—Mamá...: ¿le encargó al tío que prepare el huevo pasado por agua?

La Marquesa estuvo a punto de decir que sí: el Conde la interrogaba con la vista.

—¡Imposible! —dijo al fin, contestando a este—: he dado mi palabra al Duque.

—¿Y qué importa? —instó el anciano en voz baja.

—Se disgustaría, y no quiero que por mí pierda Lulú la mejor boda de la Corte.

III

A las tres de la madrugada arrancaba de la Embajada el magnífico landó de la Marquesa, conduciendo a esta y a su hija de vuelta del baile.

Envuelta Lulú en su albornoz forrado de pieles, se había recostado en un rincón del coche sin decir palabra: hallábase cansada, nerviosa, y sentía un fuerte dolor de cabeza.

—¿Tienes sueño, Lulú? —le preguntó su madre.

—Mucho —contestó la pobre niña—. ¡Si viera usted cómo me duele la cabeza!

—Eso es la falta de costumbre: mañana podrás desquitar el sueño.

Lulú no contestó, y la Marquesa calló también, preocupada, no con la insignificante dolencia de su hija, sino con aquellas últimas palabras del Conde, que acudían en aquel momento a su memoria, con esa pertinacia, con esa fuerza convincente, con esa claridad avasalladora con que el remordimiento presenta al hombre después de cometida la falta, aquellas mismas razones que antes de cometerla encontraba la pasión tan débiles

e ilusorias. Las conveniencias sociales, el porvenir de su hija, la boda del Duquesito, pretextos todos con que había querido engañar a ese necio que se llama *uno mismo*, tan fácil de persuadir cuando se halaga su deseo, desaparecieron en aquel momento cual desaparecen en la oscuridad los falsos colores de un prisma, para hacerle ver en toda su desnudez aquella amarga verdad que, entre bromas y veras, le había dicho el anciano: «Tu frivolidad, tu loco afán de gozar y divertirse, es lo que disfrazas con las exigencias de tu rango y del porvenir de tu hija».

—¡Es cierto! ¡Es cierto! —se dijo amargamente la Marquesa—. ¡Lulú necesita un ángel que guarde y no que exponga su inocencia!... Yo no soy una samaritana, ¡es verdad!..., ¡pero soy una mariposa, frívola madre de... orugas!

Una tos seca y nerviosa se escapó en aquel momento del pecho de Lulú, y un ¡ay! doloroso acudió a sus labios.

—¿Qué es eso, hija mía? —exclamó asustada la Marquesa.

—No sé, mamá —respondió Lulú—: me duele aquí en el costado derecho... Será el corsé, que me aprieta un poco.

Lulú despidió a su doncella después de vestirse una bata de noche: dejose caer entonces en una pequeña butaca forrada de raso color de rosa, y permaneció largo tiempo inmóvil, mirando sin ver, con los ojos fijos en el suelo. Quería darse cuenta de sus impresiones; pero las ideas se agolpaban con tal rapidez a su mente, que la aturdían, sin que pudiese analizarlas y ni aun siquiera definir las. Sentíase por otra parte sumamente fatigada: agudas punzadas taladraban sus sienes, y aquel dolor del costado derecho le hacía toser de cuando en cuando seca y dolorosamente. La pobre niña se levantó para acostarse: un pensamiento la detuvo, sin embargo. Grave como un aviso del cielo, distinto como una luz de Dios, había acudido a su memoria el último consejo del P. Jacinto, la súplica diaria de la M. Catalina: *No te acuestes un solo día sin hacer antes examen de conciencia.*

Lulú se dirigió a un precioso reclinatorio gótico, colocado a la cabecera de su cama. Había en él una pequeña estatua del Sagrado Corazón, que había traído del colegio,

igual en todo a la grande que tenían en el altar mayor de la capilla. Lulú se arrodilló ante aquel antiguo amigo, que desde su infancia le mostraba el corazón abierto, y apoyando la frente de ambas manos, comenzó a abrirle de par en par el suyo. Así pasó un cuarto de hora: levantó al fin la cabeza, y sus ojos fueron a encontrarse con los ojos de la imagen: los de Cristo reflejaban amor inmenso; los de Lulú, inocencia perfecta.

Rezó entonces el acto de contrición, y dio al Señor humildes gracias por haberla preservado de toda culpa. El mal espíritu tocó entonces con su inmundo dedo aquella pura frente para despertar en ella este pensamiento:

—¿Ves cómo tu madre tenía razón!... El P. Jacinto exageraba... ¡En nada has ofendido al Sagrado Corazón de Cristo!

A poco dormía Lulú fatigosamente, y parecía hallarse en los salones de la Embajada valsando con el Duquesito. La orquesta tocaba un vals de Strauss, y Lulú se divertía mucho atravesando a la carrera, como en otros tiempos el patio del colegio, aquel salón inmenso que crecía, crecía siempre, como si la pared del fondo huyese ante Lulú para dejarle más ancho campo. Los caballeros le decían al pasar que era bonita; pero Lulú no hacía caso, porque una calavera se asomó por el marco de un espejo y le dijo con la misma voz del P. Jacinto: *¡Lo que tú eres fui; lo que yo soy serás!*

El Duquesito valsaba muy bien: llevaba el frac colorado, y Lulú se reía porque le parecía un cangrejo que valsaba tan de prisa, tan de prisa, que la niña sintió al fin un vahído y quiso detener a su pareja; pero el Duque soltó una carcajada, y siguió valsando al compás de la orquesta, tan rápido ya, que era vertiginoso. Lulú se echó a llorar, porque el Duque la agarraba con dos manos fuertes como tenazas de hierro, que le hacían un mal horrible en el costado derecho. Llamó a gritos a su madre, pero su madre la miraba riéndose, y se echaba fresco con el abanico. Llamó entonces al tío Conde: pero el tío Conde no estaba allí; por eso no contestaba, y a pobre Lulú seguía valsando, valsando al compás de aquella música más rápida que la bajada del infierno.

De repente le faltó la luz y le faltó el suelo, y los zapatitos de raso de Lulú se hundían en una tierra húmeda y pegajosa que le daba escalofríos; pero seguía valsando al compás de

la orquesta, que ya no era de violines y flautas, sino chirimías¹⁵ y gritos de búhos, porque el Duquesito le clavaba cual una garra la mano derecha en el costado, causándole aquel dolor atroz que la hacía toser cruelmente. Vio entonces en la oscuridad que la linda persona del Duque despedía un fulgor asqueroso que a ella no le tocaba, pero que sin saber cómo, ella misma encendía: vio que clavaba los ojos cual dos saetas envenenadas en su rostro y en su cuello desnudo, arrojando unas llamas impuras que aterraron a la pobre Lulú, porque amenazaban manchar la blancura de su alma, como mancha la baba de un caracol los pétalos de una rosa... ¡Y a pesar de todo Lulú seguía valsando, valsando, porque su madre se lo mandaba!...; ¡porque ningún auxilio humano la socorría!...

De repente vio a lo lejos, sin saber cómo, un grupo de árboles, y un hombre postrado en tierra, como pintan a Jesús en el huerto de los olivos. Lulú gritó ¡Jesús mío!, y Jesús se puso en pie a aquel grito, hermoso, fuerte, imponente, con el Corazón llagado en las manos, como le había visto tantas veces en el altar del colegio; como le acababa de ver en la imagen del reclinatorio; pero el Duque seguía valsando sin soltar su presa, y lanzaba a veces feroces rugidos. Jesús levantó la mano con imperio y le mandó detenerse; pero el Duque levantó la suya sin soltar a Lulú, y descargó un bofetón en la mejilla de Cristo.

—¡Perdón, Jesús mío, que yo soy la causa! —gritó Lulú retorciéndose las manos.

Jesús retrocedió dos pasos y arrojó al suelo para detener al Duque un puñado de su propia sangre; pero el Duque no soltó a Lulú, y siguió valsando sobre la sangre de Cristo.

—¡Perdón, Jesús mío, que yo tengo la culpa! —gimió Lulú mesándose el cabello.

Y Jesús, por salvar a la niña, arrojó al suelo, a los pies del Duque, su Corazón henchido de angustia.

Pero el Duque siguió valsando sin soltar a Lulú, y levantó el pie para pisar el Corazón Sagrado de Cristo.

Lulú dio un grito espantoso, y se encontró al despertar sentada en su lecho. Allí estaba sobre un sillón el blanco traje de baile; allí estaba en el reclinatorio la imagen de Cristo: en el costado derecho sintió la pobre niña el horrible dolor que le causaba en sueños la

férrea mano del Duque. La luz del sol traspasaba ya las cortinas de color de rosa, prestando a toda la alcoba un tinte risueño...

Al grito de Lulú acudió desalada¹⁶ su doncella; detrás llegó la Marquesa anhelante. Lulú, pálida, desencajada, con los ojos fuera de las órbitas, tosiendo de un modo que helaba la sangre, tendió los brazos a su madre: esta se arrojó en ellos llorando.

—¡Mamá!, ¡mamá! —decía Lulú en voz tan profunda y queda, que aterraba el oír-la—. ¡Allí!, ¡allí!..., en el baile..., en el huerto..., el Duque pisaba la sangre... ¡Yo, no!..., ¡yo no pequé!..., ¡no, no, Dios mío!..., pero por mi culpa..., ¡por mi culpa pisaba aquel hombre la sangre de Cristo!

Y una convulsión terrible retorció el cuerpo de la infeliz niña, como los anillos de una culebra.

—¡Lulú!..., ¡hija mía! ¡Luisa!..., ¡hija de mi alma! —exclamaba la Marquesa—. ¡Serénate, por Dios!... ¡Eso es una pesadilla...

—¡No!, ¡no!, ¡no! —gritó Lulú con una energía horrible—. ¡En el baile fue donde soñé!... ¡En el sueño fue donde estuve despierta!...

Aterrada la Marquesa envió a buscar al médico y este declaró sumamente grave el estado de la niña. Tenía, a su juicio, una pulmonía fulminante, cogida sin duda al salir de la Embajada, y aumentaba el peligro una horrible excitación nerviosa, cuya causa no comprendía.

IV

Tres días después el gran salón de la Marquesa se hallaba de arriba abajo colgado de raso blanco: en medio se levantaba un catafalco de terciopelo también blanco. Sobre él yacía el cadáver de Lulú: su mortaja era blanca como su traje de baile; pero estaba cerrada hasta arriba, y en vez de jazmines tenía azucenas, símbolo de la pureza...

Las manos de la niña sostenían la pequeña imagen del Sagrado Corazón que había traído del colegio.

Ella misma lo había así dispuesto.

NOTAS

1 *Valet de chambre*: ayuda de cámara.

2 Juno: En la mitología romana, reina de los dioses y hermana de Júpiter. Era la protectora de las mujeres y se la veneraba bajo diferentes nombres: como Juno Pronuba presidía los casamientos, como Juno Lucina ayudaba a las mujeres en el parto, como Juno Regina era la consejera y protectora especial del Estado romano.

3 Trisagio: Himno en honor de la Santísima Trinidad, en el cual se repite tres veces la palabra santo.

4 Teatro Real de Madrid. Construido en 1798 por Francisco Bartola, empresario de la Compañía italiana que actuaba en el teatro del Retiro. Se edificó en el lugar que ocupaban los lavaderos conocidos con el nombre de los Caños del Peral.

5 El Teatro Español se remonta al siglo XVI. En el año 1802 fue destruido por un incendio y se reedificó bajo la dirección del arquitecto Villanueva. Las obras más señeras de la literatura española se representaron en el Español, desde Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón hasta Moratín, Hartzenbusch, Zorrilla, Tamaño y Baus o López de Ayala.

6 Batuecas. Topónimo literario utilizado por Larra como sinónimo de país inculto y rústico. En sus cartas ficticias, Larra escribe a un interlocutor desde este lugar para contrastar opiniones y crear un choque de perspectivas. En el texto la Marquesa lo utiliza para reprochar a su hija desdén por los usos sociales.

7 Excusabara: cesta de mimbre, con tapa.

8 Tête-vide: cabeza vacía. En este relato el P. Coloma utiliza una serie de galicismo a fin de ridiculizar la llamada *sociedad de buen tono*. La frivolidad, vanidad y superficialidad de la Marquesa quedan patentes gracias a esta acumulación de frases o giros franceses.

9 Succès: éxito.

10 Francesa. Versos satíricos que aparecen en la célebre obra del P. Isla *Fray Gerundio*. Versos que también cita Luis Coloma en su Discurso de Recepción a la Real Academia Española (6 de diciembre de 1908) titulado *El autor de Fray Gerundio* (P. José Francisco Isla).

11 Tour de force: proeza, hazaña, cosa difícil.

12 Bandolina: instrumento musical pequeño de cuatro cuerdas y de cuerpo curvado como el del laúd. En la frase tiene el sentido de exaltación positiva de la figura de femenina, de ahí que la compare en líneas posteriores con Hebe, la diosa de la juventud en la mitología griega, Ofelia, la amada de Hamlet, protagonista de la obra más universal de William Shakespeare y con Psique, la hermosa princesa amada por Cupido en la mitología romana.

13 Diógenes: Referencia a la leyenda popular que sostenía que el filósofo griego Diógenes de Sínope (c. 412 a. C. 323 a. C.) caminaba por Atenas a la luz del día llevando una lámpara encendida en búsqueda de un hombre honesto. Referencia que subraya la dificultad de encontrar personas de conducta virtuosa.

14 Referencia a adornos de vestidos y bailes propios del siglo XVIII para indicar la mentalidad anclada en el pasado del sacerdote.

15 Chirimía: instrumento musical de viento, hecho de madera, a modo de clarinete, de unos siete decímetros de largo, con diez agujeros y boquilla con lengüeta de caña.

16 Desalada: ansiosa, acelerada.

¡PAZ A LOS MUERTOS!

(TRADICIÓN)



I Sombrío como un mal pensamiento, fuerte como un atleta, elevábase a orillas del mar el castillo de Valdecoz¹. Encaramado sobre un peñasco, descansaban sus cimientos sobre la roca viva; su gran rampa levadiza que reforzaba la puerta, miraba hacia el mar, y su torre del homenaje se elevaba orgullosamente hacia el cielo, rematando en una enorme águila rampante sobre el firmamento, que oprimía entre sus garras un blasón roto. Hubiérase dicho que aquel gigante de granito se alzaba en su soberbia, diciendo al mar: *Te desprecio. A las rocas. Te domino*. Y al cielo, decía impotente: *¡No te alcanzo!...*

Nadie le habitaba: cerrado como una tumba, reinaba en él un silencio aun más lúgubre que el de la soledad: aquel silencio parecía el de la muerte. Roto el soberbio blasón que en la torre del homenaje sostenía el águila entre sus garras, parecía que, desplegando esta sus alas de piedra, iba a huir de allí graznando aterrada: ¡Lo que he visto!...

La hiedra, fiel amiga de las ruinas, había coronado una lápida corroída por el tiempo y los temporales, en que por debajo de una estrecha saetera², se leía:

Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat³.

Al leer aquella inscripción, que como único nombre y única historia se descubriría junto a un escudo destrozado, hubiérase dicho que la cólera divina había venido a sustituir a la vanidad humana, en el dominio del castillo de Valdecoz. Su último señor, llamado *el Malo*, desapareció cazando en un bosque, que formaba el límite de su señorío: tres meses antes, su hijo único Ferrant, llamado *el Bueno*, había desaparecido también, ignorándose su paradero.

El tiempo, gran descubridor de misterios, ha conservado, sin embargo, una tradición del castillo de Valdecoz, que, viniendo de padres a hijos, llega hasta nosotros, ennoblecida con el polvo de los siglos, y bautizada con más de una lágrima de ternura: tradición que reconoce por origen la sencilla fe de nuestros antepasados, o quizá alguno de esos prodigios de que se sirve Dios para despertar el arrepentimiento en el corazón del malvado y mantener la confianza en el del justo.

Bien se nos alcanza que estas tradiciones, siempre sencillas y poéticas, al par que profundamente religiosas, no encuentran hoy el santo eco que merecen. La despreocupación es la primera preocupación de este siglo, que se empina sobre el escepticismo, creyendo subir al pedestal de la más alta superioridad intelectual, y consigue tan sólo encerrarse en el mezquino círculo de ideas triviales que alcanza y comprende. Mas no por eso dejaremos nosotros de recoger estas tradiciones, cual santas reliquias de la fe de nuestros mayores que venerar, ni dejaremos tampoco de narrarlas, cual hermosos ejemplos que imitar.

Niéguelas en buen hora el que no las crea: pero no se juzgue por eso superior a los que tenemos la dicha de creerlas y venerarlas. A cualquier necio le es dado negar más de lo que puede probar un filósofo; y es por otra parte la sonrisa del escéptico demasiado fácil y vulgar, para ser de buen gusto ni de buen tono.

III

Una mañana de octubre, volvía el Castellano de Valdecoz al frente de sus hombres de armas, de saquear un territorio vecino con cuyo Señor mantenía añejas rencillas. Cautivo este de su enemigo, esperaba, con esa altivez de espíritu que en la adversidad es madre del heroísmo, ser colgado del águila que, cual la imagen de la soberbia, coronaba el castillo de Valdecoz.

En vano el caritativo Ferrant, pidió a su padre el perdón del prisionero, recordándole que el verdadero valor se corona, como el mérito con la modestia, con la clemencia hacia el vencido. Para vencedores como el Castellano de Valdecoz, no hay más ley que la de Breno —*Væ victis!*⁴— y desoídos por eso los ruegos de la compasión, fue cumplida la bárbara sentencia. Pendiente el cadáver del águila, que parecía cebar su corvo pico en aquel horrible trofeo de la muerte, había de permanecer allí hasta que fuese pasto de los buitres.

Ferrant se retiró horrorizado, y al mismo tiempo que las blasfemias del padre, subían al cielo las oraciones del hijo. A la media noche, el piadoso doncel salía cautelosamente

de su estancia: con el mayor sigilo subió a la torre del homenaje, y cargando sobre sus hombros el cadáver del desgraciado caballero, le dio sepultura en la playa, al pie de una roca a que no llegaban las mareas.

Imposible es describir la cólera del Castellano, al notar la desaparición del cadáver de su víctima. Todos los del castillo temblaron por Ferrant *el Bueno*: mas tranquilo él como la buena conciencia, sereno como el que cumple un deber, se presentó a su padre, confesándose autor de aquella obra que era para el Castellano un delito. En este la sorpresa, adormeció a la cólera por un momento.

—¡Desgraciado! —exclamó—: ¿qué razón tuviste para desobedecer mis órdenes?

—Dar paz a los muertos, ya que vos dais muerte a los vivos —respondió Ferrant, con la dulzura del respeto que contiene y la firmeza de la convicción que no se doblega.

—¡Paz a los muertos! —barbotó el Castellano, lleno de rabia y desprecio—. ¡Más que mallas y capacete, una cogulla mereces!⁵... ¡Pero no lograrás tu intento... te lo juro por la barba!... ¡Tú mismo vas a volver el cadáver de ese traidor al sitio que ocupaba!...

Ferrant se negó resueltamente a cumplir la orden impía de su padre, porque sabía que la autoridad paterna tiene un límite, que termina donde lo que es bueno y justo acaba. Como el cable que flexible pero fuerte resiste al embate de las olas, resistió sumiso pero firme a las amenazas del Castellano.

Entonces aquel padre desalmado, en cuyo corazón ahogaba el crimen la voz de la naturaleza, arrojó a Ferrant del castillo; y el caritativo doncel abandonó los dominios de sus mayores, solo, desvalido, llevando en su escarcela⁶, como único tesoro, una flor que había cortado en la tumba de su madre.

Pero en vano trató el Castellano desde la partida de Ferrant, de distraer en la guerra y en la caza la negra melancolía que también desde entonces le roía el alma: el primer dolor con que el remordimiento hiere la conciencia del criminal, es con la impotencia de deshacer su crimen. Una mañana el Castellano, más triste y taciturno que de cos-

tumbre, salió a cazar en un espeso bosque que formaba el límite del señorío, y en vano sus hombres de armas le esperaron un día y otro día, porque el Castellano de Valdecoz no volvió nunca.

A poco decíase por los alrededores que en el silencio de la noche salía de aquel bosque una voz tristísima, tristísima, que clamaba:

—¡Paz a los muertos!... ¡Paz a los muertos!...

Los años, cuya rapidez aterra cuando se cuentan pasados, pero que parecen una inmensa cadena de días cuyo último eslabón se pierde en la eternidad, cuando se miran en el porvenir, cambiaron el aspecto del señorío de Valdecoz: los niños se hicieron hombres, los hombres se hicieron viejos, los viejos se hicieron... polvo.

Ya no resonaban en el castillo los cantos de los hombres de armas, ni la bocina del vigía de la torre del homenaje anunciaba el día, el medio día y el crepúsculo: solitario, cubierto de esas yerbas que el tiempo y el abandono hacen nacer en los edificios, como las penas y los años hacen nacer canas en la cabeza del hombre, parecía oprimido más por el peso de una maldición que por el de los siglos. En su soledad, desmoronábase viejo, caduco y sombrío, y renegando de su fortaleza, pedía, cual el Judío errante⁷, por única gracia la muerte. Sólo aquella voz triste, tristísima, continuaba a la media noche resonando en el bosque, con el afán del que pide, con la tristeza del que se queja, con la angustia de un lamento:

—¡Paz a los muertos!... ¡Paz a los muertos!...

Ferrant *el Bueno* volvió al señorío de su padre, después de haber combatido a los árabes como simple soldado, durante los veinte años que duró su ausencia. Al pasar por el bosque era la media noche, y más triste que nunca llegó a sus oídos el misterioso lamento: Ferrant se sintió sobrecogido por ese terror misterioso que infunde siempre lo sobrenatural hasta en los ánimos más esforzados: encomendose, sin embargo, a la Virgen María, y entró denodadamente en la espesura.

Abríase en medio del bosque un gran círculo árido y triste, que contrastaba con la verdura de los árboles que, como horrorizados, no osaban traspasar aquella extraña circun-

ferencia: en su centro vio Ferrant destacarse a la luz de la luna, un cadáver informe, sucio y medio podrido. ¡Cosa rara! aquel cadáver tenía abiertos los ojos, como si la muerte mirase y pidiese algo a la vida. Ferrant se aproxima poseído de un religioso terror, y da un grito terrible al reconocer a su padre en aquella masa inerte.

Pasados los primeros trasportes de sorpresa y de dolor, Ferrant intentó abrir con su hacha de armas una fosa en que sepultar el cadáver de su padre: pero la tierra, dura, como lo había sido el corazón del Castellano; seca, como lo fueron sus ojos; repelente, como lo fue su mano para la desgracia, rechazó el acero, cual si fuese duro mármol, negándose a dar una tumba al Castellano de Valdecoz. Ferrant vio la mano de Dios, que castigaba al impío.

Pero aquel impío era su padre, y el buen hijo oró, rogó humilló su frente sobre aquel suelo, instrumento de la justicia divina; y las lágrimas, que todo lo borran, que todo lo alcanzan, corrieron abundantes de sus ojos, viniendo a humedecer la tierra y a ablandar sus entrañas. Ferrant vio entonces que ésta se abría lentamente por sí sola, dejando aparecer una fosa, en que el piadoso hijo depositó el cadáver de su padre.

Los villanos de Valdecoz no volvieron a oír nunca aquel grito que pedía:

—¡Paz a los muertos!

NOTAS

1 Valdecoz. No existe dicho topónimo geográfico en la bibliografía consultada, ni siquiera aparece en el *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico* de Pascual Madoz, Madrid, Imprenta del Diccionario..., 1849.

2 Saetera: ventanilla estrecha de las que se suelen obrar en las escaleras y otras partes.

3 Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera. Himno a Cristo escrito por el sacerdote José Gras Granollers (1814-1918), fundador del Instituto de las Hijas de Cristo Rey.

4 ¡Vae victus!: «¡Ay de los vencidos!», palabras de Breno a los romanos, a la vez que arrojaba la espada y su tahalí en la balanza en que se pesaba el oro destinado a comprar la retirada de los godos (Titus Livius, 5, 48, 9).

5 ¡Más que mallas y capacete, una cogulla mereces!: Frase utilizada por Ferrant para afear la conducta caritativa de su hijo, al contraponer *malla*, tejido de pequeños anillos o eslabones de hierro u otro metal, enlazados entre sí, de que se hacían las cotas y otras armaduras defensivas, y *capacete*, pieza de armadura, que cubría y defendía la cabeza, a *cogulla*, hábito o ropa que visten algunos religiosos monacales.

6 Escarcela: especie de bolsa que pendía de la cintura.

7 Judío errante: Referencia a la leyenda protagonizada por un judío que se negó a que Jesucristo, cargado con la cruz, descansara en su casa camino del Calvario. Por esta razón, Jesús le condenó a vagar por la faz de la tierra hasta su segunda venida. Entre las muchas obras literarias que tratan esta leyenda, destaca la del novelista francés Eugène Sue, *El judío errante* (184-1845).

MAL ALMA



I Reinaba en el pueblecillo cierta zozobra angustiosa: los hombres volvían apresurados del trabajo antes de tiempo, dejaban las herramientas en sus casas y acudían en tropel a la taberna del tío Mal-alma. Las mujeres salían también azoradas, reuníanse en corrillos, tornaban a separarse, y con las cabezas en alto, como perro que rastrea, iban y venían en busca de noticias, de la puerta de la taberna a la del dismantelado caserón de don Juan Sin-cara. Hallábase atado a una argolla de hierro, fija en la pared de este, un magnífico potro cerrero¹, negro, con bocado² y serreta³ en las dobles bridas, silla vaquera, alforjas de camino detrás, pistolas en el arzón delantero y escopeta de dos cañones al costado derecho. Un grupo de chiquillos rodeaba al hermoso animal, que sacudía briosamente las crines y piafaba impaciente, como protestando de aquella violencia que le arrebatava su libertad. A su lado otro caballo fuerte, aunque poco airoso, huesudo, de esos que en Andalucía suelen usar los vaqueros y aperadores de cortijo, llevaba con paciencia aquellos mismos arreos, mitad rústicos, mitad guerreros, y daba con su inmovilidad lecciones de sumisión a su indómito vecino.

Preguntas ansiosas, respuestas entrecortadas y exclamaciones de sorpresa, de temor, de odio y de esperanza, circulaban por todas las bocas, unidas siempre a un nombre extraño: el nombre de Lopijillo.

—¡Lopijillo ha venido! —decían los hombres, con cierta mezcla de misterio, de temor y de esperanza.

Y al repetir este nombre las mujeres, llenas de miedo, añadían con rabiosa saña:

—¡El demonio se lo lleve!... ¡Maldito sea!... ¿Y no habrá un rayo que lo parta?...

En la última casa del pueblo, separada de las restantes por un cohombro⁴ de melones, un hombre rechoncho y carilleno apoyaba la robusta espalda en una añosa higuera plantada a la puerta, por cuyo tronco subía y se enredaba una verde parra, con aquella juguetona confianza con que rodea un niño los brazos al cuello del abuelo. Golpeábase maquinalmente con una varilla sus zahones⁵ de paño burdo, como sacudiéndose el polvo, pero disimulando en realidad el mal humor que se retrataba en su fisonomía bondadosa y hasta simple. De pie en el dintel de la puerta se hallaba una mujer de rostro enjuto y ojos vivísimos: tenía debajo del brazo un sombrero de hombre, y hacía calceta con cierta actividad febril, que revelaba bien a las claras la irritación de su ánimo.

—¡Te digo que no irás, Juan Antonio! —decía con voz alterada—. Ese don Juan, que así le pega el *don* como a ti una mitra, y tu compadre Mal-alma, te van a perder... ¿Que te va a ti ni te viene con que mande Rey o mande Roque?... ¡Pues, alma de Dios, lo que no has de comer, déjalo cocer!

—¿Que no me va ni me viene? —replicó Juan Antonio—. Pos mira, que cuando vengán los míos, ya te regodearás entonces... Como que me ha prometido don Juan tóo el cortijo que linda con mi pegujar... ¡Y qué hermosos que están los trigos!... Cada espiga parece un roble, y cada grano como mi puño... Verás cómo salimos de apuros, y de este lo comió por lo trabajao, que nos tiene siempre con el agua al cuello⁶.

—¡Nuestro Padre Jesús me valga! —exclamó la mujer—. Pues si ese don Juan o don Mengue te lo ha prometido, anda y haz una raya en el agua del pozo pa que te acuerdes de recogerle la palabra... Lo que él hará en cuanto se encarama al árbol, será darle un puntapié a la escalera..., y cuidado no te saque del cuero las correas con que te azote... ¡Si irás tú a dejar por embustero a Su Divina Majestad, que nos condenó a ganar el pan de cada día con el sudor de la frente!... ¡Vaya un sinfundio!

—Pues ¿y tanto rico que, como dice don Juan, les luce el pelo sin hacer en tóo el santo día más que su real gana?

—Anda, Juan, que si los pobres sudamos pa fuera, los ricos sudan pa dentro... ¿Pues no ves cómo a los más les sabe la miel a rejalgar⁷ y andan siempre la barba sobre el hombro temiendo por sus dineros?... ¿Y pa qué hay pobres y ricos, sino pa que se ayuden a entrar en el cielo!... Los ricos pagan la entrada con la limosna que dan, y los pobres con la paciencia que tienen; y si algún señorón tiene entrañas de piedra, su alma, su palma; que Dios hay, y muerte, juicio, infierno y gloria... Conque, Juan, por los clavos de Cristo, que te dejes de ir a casa de ese don Juan de mis pecados, donde te llenan la cabeza de muñecos y el corazón de hiel... ¡Tú, que eras una paloma cuando no oías más sermones que los del señor cura!...

—Ya te dije que he prometido ir, Catalina; y al buey por el asta, y al hombre por la palabra.

—¡Pero si esa palabra es para que tú mismo te pongas la soga al cuello!... Si esa palabra...

La suya se heló en los labios de Catalina al ver aparecer por la esquina de la casa un rostro ancho y aplanado como el de un perro de presa, sombreado por mechones de pelo entrecano que cubrían su estrecha frente. Fijó el recién venido sus ojos bizcos en el grupo que marido y mujer formaban, y dijo con voz chillona y cascada, como la trompetería de un órgano destemplado:

—Compadre... Andandito, que ya es la hora...

Catalina se plantó de un salto delante de su marido, y dijo resueltamente:

—Este no sale hoy, tío Mal-alma; conquese ya se puede usted volver por donde ha venido.

Mal-alma dio dos pasos adelante, se cruzó las manos a la espalda, y dijo con mucha paz:

—¡Caramba, y qué súpita es usted, comadre!

Y acercándose a Juan Antonio, que daba vueltas irresoluto a la vara que tenía en la mano, añadió, con la seguridad del que sabe la cuerda que pulsa:

—¿Se va usted a dejar tomar el pelo por una hembra, compadre?... ¡Vaya que es usted blando de boca!

—¿Yo? —exclamó fieramente Juan Antonio, que, como todos los caracteres débiles, no podía sufrir que se trasluciese su debilidad; y arrancando de manos de Catalina su sombrero calañés⁸, que en vano procuraba retener esta, se dirigió hacia el pueblo sin añadir palabra.

El astuto Mal-alma le siguió de cerca, diciendo con sorna a la buena mujer:

—Si teme usted que se pierda su hombre, le daré recibo, comadre...

—¡Lo que yo quiero es que no asome usted más por aquí esa cara de judío de Viernes Santo, so desvergonzado! —contestó Catalina furiosa.

Mal-alma sonrió socarronamente, y se alejó canturreando:

Cuatrocientas mujeres,
seiscientos loros,
arman una algazara
de mil demonios.

La relación de la suma total con los sumandos de la seguidilla acabó de exasperar a Catalina, y se metió para dentro, dando tan tremendo portazo, que asustado el gato se encaramó en el tejado, las gallinas prorrumpieron en enérgicas interjecciones, el gallo las arengó en latín con su prolongado *propterea quooooo!*, y dando dos pasos al frente, se detuvo con una pata en alto, el pescuezo estirado, torcida la cabeza, brillante la mirada...

—*Caveant Consules!*⁹—dijo.

III

Llegó la noche, y una porción de sombras fantásticas comenzaron a cruzarse por el pacífico pueblo: uno a uno salían de la taberna del tío Mal-alma sus parroquianos, como los murciélagos de su asqueroso nido, y después de varias curvas estudiadas, desaparecían rápidamente, como si temiesen algún espionaje, por el negro boquerón de la casa de don Juan Sin-cara. Hasta unos cincuenta hombres fuéronse reuniendo en un estrecho aposento bajo, que hacía más capaz un tabique derribado que lo separaba antes de la cuadra, y allí, entre las pestes que consigo traían y las pestes que allí encontraban de reserva; entre los vahos vinosos de alientos y chicotes¹⁰ y los mefíticos¹¹ del estiércol corrompido que aún quedaba por los rincones; entre los temores de grandes peligros y las esperanzas de grandes venturas, se aprestaron a recibir a Lopijillo, el ilustre demagogo de la ciudad, que iba a presentarles don Juan Sin-cara, el demagogo sucursal de la aldea.

Susurrábanse grandes noticias: decíase que había llegado la hora de dar el golpe definitivo, que Lopijillo traía en las alforjas la orden de liquidación social, y que aquella noche

sería la última en que los ricos durmieran tranquilos en sus palacios. El tío Mal-alma, Ganimedes¹² de aquellos padres conscriptos¹³, hacía circular mientras tanto un jarro de vino, que mantenía el entusiasmo, alejaba los temores, fortalecía la esperanza y despertaba la elocuencia.

*Fecundi calices quem non fecere disertum?*¹⁴

Entró al fin por el hueco de un pesebre, que con la casa comunicaba, un hombre que no parecía hombre. Un sombrero hongo, de anchísimas alas, caído hasta las cejas, le ocultaba la frente: seguían debajo unas enormes gafas de cristales verdes, y arrancaba de estas una barba negra y espesísima, bardal¹⁵ inculto, en cuyo centro se levantaba una nariz roma, diciendo, a modo de epitafio: «Aquí yace una cara». Aquél era el famoso demagogo conocido en la ciudad con el apodo de *El hombre ignoto*, y más a la pata la llana, en la aldea, con el de *don Juan Sin-cara*, por no tener ninguna a la vista. Vestía siempre y en todo tiempo, un cumplido gabán, en cuyos profundos bolsillos sepultaba maquinalmente las manos, cuando en el calor de la improvisación le faltaba la frase, como si tuviese allí el depósito de sus conceptos; solíalas entonces sacar y meter con actividad febril, sin encontrar la fugitiva idea, hasta que, topándose, en cambio, con algún asqueroso terno, le soltaba mondo y lirondo para redondear el período y dar energía a la frase. Entró detrás Lopijillo, el demagogo ciudadano, ilustre personaje que en otro lugar daremos a conocer al público en todo el esplendor de su gloria revolucionaria: en pos de ambos caminaba un tercer personaje, de polainas y marsellés, secretario rural de Lopijillo, que enarbolaba una bandera de flamante percalina roja.

Escalaron los tres una desvencijada tarima que en el testero del club-cuadra se levantaba, y en medio del más profundo silencio tomó la palabra Lopijillo, *improvisando* un trozo de elocuencia que había aprendido de memoria en *La Guillotina —Diario para los ricos—*. Era llegado el momento: la hora de la justicia había sonado para proletarios y poderosos, y los papeles iban a trocarse. Con la flamígera¹⁶ antorcha de la civilización en la mano había recorrido él (Lopijillo) ciudades y aldeas, sacrificándose por el bien del proletario: hambres, fríos, desnudeces, malos tratos y cuantos tormentos pueden inventar la tiranía y la Inquisición para aherrojar al noble campeón del pueblo, las había

él sufrido... Pero aún quería sufrir más: aún no estaba saciada su sed de sacrificio. Había llegado el momento de que España entera proclamase a un solo grito la República Federal, y él estaba dispuesto a sacrificarse de nuevo aceptando la candidatura de diputado, si ellos querían elegirle... Allí estaba la bandera roja, que él había venido a entregarles con riesgo de muerte: una vez enarbolada en España, se procedería al reparto general de bienes entre los pobres. Los ricos usurpadores habían ya disfrutado bastante... En cuanto a él, nada quería: le bastaba un cielo puro, un manso arroyuelo, una mata verde y el espectáculo de la humanidad abrazándose a la sombra de un gorro frigio¹⁷...

Una tempestad de gritos, aplausos, berridos y patadas estalló en el club-cuadra, evocando las sombras de aquellos sesudos machos, sus primitivos inquilinos, que tantas veces habían estremecido aquellas paredes con los ecos de sus rebuznos y sus coces. Aquellos acentos guerreros, que tenían ya algo de las Termópilas¹⁸, embargaron la voz a Lopijillo. Quiso continuar y no pudo: el vértigo sublime del entusiasmo le envolvió en su torbellino, y los mudos arranques de la oratoria griega y romana pasaron ante sus ojos. Marco Antonio, rasgando la toga de su amigo, para hacer ver al Senado las heridas recibidas en defensa de la Patria; Pericles abrazando a Aspasia en el Areópago de Atenas, también callaron. Abrazose, pues, en silencio al rojo pendón de percalina, y, como los héroes de Klopstock, quedó inmóvil, mudo, abismado en el pensamiento de su inmortalidad, envuelto entre aquellos pliegues rojos, como un pollo desplumado en abundante salsa de tomate.

Entonces se adelantó don Juan Sin-cara: quiso hablar, y dio sobre la menguada mesa un fuerte puñetazo. La sacra inspiración brillaba en sus ojos, hasta el punto de semejar sus gafas verdes dos farolillos a la veneciana, y con voz que lo mismo parecía salir de las gafas, que de las narices, que del matorral de cerdas que cubría su boca, cómo cubren las telarañas la entrada de una cueva, dijo:

—¡Ciudadanos!... ¡Llegó la hora!... ¡La hora ha llegado ya!... ¡Ya ha llegado la hora!... ¡Yo nada digo!... ¡Nada digo yo!... ¡Yo no digo nada!... Porque habló este flamígero civilizador..., este civilizador flamígero ha hablado..., y a su lado yo soy..., yo soy a su lado... un... un...

Y aquí don Juan hundió ambas manos en los bolsillos en busca del concepto que se le escapaba, las volvió a sacar, las volvió a meter, y encontrando al cabo una de las enérgicas interjecciones con que redondeaba las apódosis de sus períodos, con candidez federal, la soltó redonda.

El público quedó convencido: su entusiasmo traspasó entonces todas las barreras, y Lopijillo, vuelto en sí de su deliquio, viose precisado a imponer silencio, agitando una sonora esquila, que de la collera de Primoroso, gallardo macho cuyos lomos oprimía en sus expediciones don Juan Sin-cara, había venido a servir en el club-cuadra de campanilla al presidente. Restablecida la calma, trazó Lopijillo el plan: la mañana siguiente era la designada para el levantamiento general de todos los buenos patriotas, y tocábase por el pronto a los presentes apoderarse de la Casa Ayuntamiento, destituir alcaldes y concejales y nombrar por sufragio otros nuevos. Fijose la hora en que habían de acudir todos a la plaza del pueblo con cuantas escopetas podrían proporcionarse, y Lopijillo levantó la sesión para volver a la capital, según dijo, antes de que amaneciese aquel día de gloriosa y federal ventura. ¡Harto comprendía el demagogo que una vez desatado el viento en el mar, la tempestad se produce por sí sola!

Al despedirse Lopijillo, el entusiasmo venció a la prudencia, y todos en tropel acompañaron al ilustre jefe hasta la salida del pueblo. Frente por frente de la casa de don Juan Antonio montó al fin Lopijillo con mil precauciones, en su magnífico potro cerrero, robado tres días antes en cierto famoso cortijo. Forcejeaba el indómito animal, y a duras penas contenía con las dobles bridas su fogosidad de improvisado jinete, cuando por última seña de despedida dio un entusiasta viva a la libertad...

Una voz de mujer, aguda como una saeta, contestó a este grito desde la casa de Juan Antonio, haciendo vibrar en el silencio de la noche, todas las cadencias de la ironía y de la rabia:

—¡Trapalón!¹⁹... ¿Viva la libertad?... ¡Pues aflójale las riendas al potrito!...

III

Amaneció por fin el suspirado día, y desde muy temprano se agrupaban en torno de la Casa Ayuntamiento los tertulianos de don Juan Sin-cara, dejando traslucir en sus rostros preocupados, en sus miradas intranquilas, en sus diálogos sigilosos, esa inquietud que desasosiega el corazón del hombre cuando se arriesga a una empresa en que juega el todo por el todo. El tío Mal-alma, Mefistófeles²⁰ de aquellos desdichados, discurría atizando el fuego de corrillo en corrillo, dejando caer aquí una brillante promesa, allá una hinchada bravata, más lejos una sacrílega chocarrería.

Sonaron por fin las doce en el reloj de la iglesia y, con pasmo de todos los que no estaban en el secreto, oyose, en vez del pausado toque del *Angelus*²¹, un repentino y alborotado repique, que llevó a todos los rincones del pueblo la confusión y la alarma. Viose al mismo tiempo aparecer repentinamente en lo alto de la torre, como en la caja de sorpresa el muñeco a impulso de un resorte, la estrafalaria figura de don Juan Sin-cara, que, empuñando una bandera roja, la enarbolaba junto a la veleta, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva la República Federal!

Este grito repitieron en la plaza todos cuantos en ella se hallaban... Mas no ya con aquellos grotescos acentos que habían resonado la noche antes en el club-cuadra de don Juan Sin-cara: a lo cómico había sucedido lo trágico, y las mil horrendas pasiones que agitan al hombre antes de jugar la vida se reflejaban ya en aquellos rudos semblantes, alejando todo lo ridículo para dar lugar a todo lo terrible. La ira, el furor, el espanto, la ansiedad, la ansiedad sobre todo, la pálida, la temblorosa, la terrible ansiedad que precede a todos los combates y a todos los crímenes, parecían hallarse suspendidas en aquellas fisonomías, esperando el primer grito, la primera humareda de pólvora para desbordar en todo su horror esa saña que precipita al hombre en un charco de sangre y le hace experimentar, al teñirse las manos en ella, todos los sombríos deleites de la crueldad y la venganza... Porque la *negra mano de la reacción*, como decía Lopijillo, había tomado también sus medidas, y no bien resonó en lo alto de la torre el grito subversivo de don Juan Sin-cara, cerráronse como por encanto las puertas de la Casa Ayuntamiento, y aparecieron en sus ventanas los formidables tricornios de varios guardias civiles que allí mismo tenían su puesto, y las amenazadoras bocas de sus carabinas de dos cañones.

—¡Afuera todo el mundo!... —gritó el cabo.

Y una descarga cerrada ahogó este grito de intimidación entre el estruendo de la fusilería y los alaridos de rabia. La Guardia Civil rompió entonces el fuego, y comenzó esa eterna tragedia que se representa en el mundo desde que Caín tiñó sus manos en la sangre de Abel²²... ¡Allí estaban hermanos luchando contra hermanos, ansiosos de derramar una sangre estéril en frutos y fecunda en remordimientos, disputándose, como los beduinos del desierto, el hilito de agua turbia que brota entre las arenas, sin acordarse del manantial de aguas vivas que brota en el vergel de los cielos, único que puede apagar la sed del corazón humano! Un solo espectador tenía aquel drama sangriento: el mismo que había puesto las armas en manos de aquellos infelices, y desaparecía en el momento del peligro, para aparecer de nuevo en la hora del triunfo, como el vil merodeador que no se presenta en el campo de batalla hasta que sólo quedan en él cadáveres que despojar... Allí estaba don Juan Sin-cara, refugiado en lo alto de la torre, esperando el éxito de la lucha, y sintiendo, aun al abrigo de los gruesos muros todos los terrores de la cobardía: pálido, acurrucado en los rincones de la escalerilla de caracol, tentábase maquinalmente todo el cuerpo a cada

explosión que resonaba en la plaza, para cerciorarse de que estaba ileso, y a retazos acudían a sus labios algunas plegarias, que allá en el fondo de su corazón quedaban, como queda en el bote de esencias que ha rodado por mil basureros algún rastro de su primer perfume.

Entretanto continuaba en la plaza el tiroteo, y ya la vista de la sangre derramada avivaba la rabia de las fieras humanas: ya el impío furor lanzaba ferocidades y blasfemias, con que parecían pelear las lenguas, al mismo tiempo que con las armas peleaban las manos... Mas de repente oyéronse en una de las calles laterales cánticos religiosos mezclados con alaridos confusos; y entre el estruendo de la lucha y el humo de la pólvora y el asombro de los combatientes, desembocó en la plaza un numeroso grupo de mujeres, desgredadas y llorosas, que con velas encendidas en las manos rodeaban la imagen de Jesús Nazareno, Patrón del pueblo, llevada en hombros por seis de aquellas desventuradas... Allí estaba el Salvador, coronada de espinas la majestuosa frente; descolorido el hermoso semblante, fijando los severos ojos en la lucha de fraticidas, como si de sus cárdenos labios fuese a brotar aquella terrible pregunta:

—¡Caín, Caín!... ¿Qué has hecho de tu hermano?

Como de hielo quedáronse a tan inesperada vista cuantos en la plaza peleaban, y mientras con la una mano apretaban todavía las escopetas, descubriánse con la otra maquinalmente las cabezas, al mismo tiempo que asomaban lágrimas de ternura a sus ojos, poco ha chispeantes de rabia, al reconocer en el lloroso grupo que rodeaba al Señor, como en otro tiempo las mujeres de Jerusalén, cuál a su madre, cuál a su esposa, cuál a las hijas de su corazón... Una chispa faltaba tan sólo para que el fuego del entusiasmo y del arrepentimiento prendiese en los corazones de aquellos hombres irresolutos, que se sentían temblar como reos ante la imagen de Jesús, que como juez se les presentaba. La maldad sacrílega del tío Mal-alma encendió esta chispa: viose a este energúmeno echarse a la cara la escopeta, con sonrisa de demonio, apuntar a la imagen, descerrajar un tiro y desaparecer como un rayo por una callejuela cercana... ¡En el corazón del Señor fue a clavarse aquella bala sacrílega!... En aquel mismo corazón que había dictado, entre las agonías de una muerte afrentosa, aquellas dulcísimas palabras:

—¡Perdónalos, Padre, que no saben lo que se hacen!

Entonces sucedió allí una cosa sin nombre: mil alaridos de horror, de entusiasmo, de amor, de espanto, gritos del alma que parecían desgarrar los aires por todas partes, resonaban en todas direcciones, al mismo tiempo que los hombres arrojaban las escopetas y las mujeres las velas, y se precipitaban todos en tropel a la bendita imagen, la rodeaban atrepellándose, tendían hacia ella las manos y querían abrazarla todos juntos, uno a uno, como si realmente tuviese vida aquel divino retrato, como si realmente temiesen ver expirar de nuevo allí, a su vista, a impulsos de aquella bala, al Salvador de los hombres... Abriéronse entonces las puertas de la Casa Ayuntamiento, y sus defensores, desarmados también, mezcláronse con sus poco antes enemigos encarnizados, y entre gritos de entusiasmo y lágrimas de ternura acompañaron todos hasta su ermita, situada a la salida del pueblo, la imagen de Jesús Nazareno, que, rodeado de aquella conmovida muchedumbre, parecía más que nunca el Buen Pastor volviendo al redil las descarriadas ovejas.

Llegaron entonces dos pastorcillos, despavoridos, jadeantes, gritando con todas sus fuerzas que allá abajo, en la carretera, habían visto el cadáver de un hombre. Y toda aquella multitud, que, como impulsada por un mismo presentimiento se trasladó allí al punto, pudo contemplar, en efecto, tendido en el ribazo de una colina, el cadáver del tío Mal-alma. Tenía un balazo en el pecho, que le atravesaba el corazón, en igual sitio y de idéntico modo que había taladrado la bala de su escopeta la imagen de Jesús Nazareno.

Nadie preguntó ¿quién?, ¿cómo?, ¿cuándo?... En el pavoroso silencio que ata la lengua cuando la criatura humana ve patente el dedo de Dios, y por una especie de intuición interior se da cuenta de su terrible presencia, sólo una exclamación brotó de todos los corazones:

—¡Justicia de Dios!... ¡Justicia de Dios!...

Una sombra pálida se deslizaba mientras tanto de la torre de la iglesia: no era el genio de las batallas que viniese a aspirar el humo de la quemada pólvora, ni tampoco un vampiro que buscase moribundos para chupar su sangre tibia... Era don Juan Sin-cara, que

huía desalado hacia la zahúrda²³, donde, en vez de volver a la capital, esperaban ocultos el éxito de la intentona Lopijillo y su secretario. Allí llegó jadeante, sin aliento: como el griego de Maratón²⁴, parece próximo a ahogarse, pero no es anunciando una victoria.

—¿Todo se ha perdido? —le preguntaron.

—¡Menos la pelleja²⁵! —contestó don Juan.

Y se hundió las manos en los bolsillos.

NOTAS

- 1** Cerrero: altanero.
- 2** Bocado: parte del freno que entra en la boca de las caballerías.
- 3** Serreta: mediacaña de hierro, de forma semicircular y con dientes o puntas, que se pone sujeta al cabezón sobre la nariz de las caballerías.
- 4** Cohombral: sitio sembrado, en este caso, de melones.
- 5** Zahón: especie de mandil, principalmente de cuero, atado a la cintura, con perneras abiertas por detrás que se atan a la pierna, usado por cazadores, vaqueros o gente de campo para resguardar el traje.
- 6** Coloma utiliza una serie de variantes y distorsiones sintácticas a fin de fijar en este cuento, mediante el vulgarismo, la condición social de los personajes.
- 7** Rejalgar: mineral de color rojo que es una combinación venenosa de arsénico y azufre.
- 8** Sombrero calañés: sombrero de ala vuelta hacia arriba y copa comúnmente baja en forma de cono truncado, usado por los labriegos y gente de pueblo en varias provincias.
- 9** Caveant Consules!: «Que los cónsules tengan cuidado». Son las primeras palabras del llamado, en Roma, *senatusconsultum ultimum*, que se completaba con estas otras: *ne quid detrimento respublica capiat*, «para que la república no sufra daño. Con esta fórmula, el Senado romano invitaba a los cónsules a nombrar a un dictador.

- 10** Chicote: punta de cigarro puro ya fumado.
- 11** Metíficos: emanaciones.
- 12** Ganímedes: El mayor de los satélites del planeta Júpiter. Es la séptima de las lunas conocidas en cuanto a la distancia del planeta.
- 13** Conscripto: soldado mientras recibe la instrucción militar obligatoria.
- 14** Fecundi calices quem non fecere disertum?: «¿A quién no hicieron elocuente las copas abundantes? (Horacio, *Epístolas* I, 5, 19).
- 15** Bardal: maleza o matojos silvestres.
- 16** Flamígera: que arroja o despidе llamas.
- 17** Gorro frigio: gorro que se tomó como emblema de la libertad por los revolucionarios franceses de 1793 y luego por los republicanos españoles.
- 18** Termópilas: Referencia a las Guerras Médicas (490 y 478 a C) que enfrentaron a griegos y persas. Concretamente se refiere al segundo enfrentamiento, el desarrollado en el desfiladero de Termópilas, en el que las fuerzas coaligadas de las ciudades griegas fueron derrotadas por las tropas persas.
- 19** Trápala: persona falsa y embustera.
- 20** Mefistófeles: Referencia al personaje del diablo al que Fausto vende su alma a cambio de conocimiento y poder, leyenda recreada con singular fuerza por Goethe en su poema dramático *Fausto* (1832).
- 21** Angelus: En la Iglesia católica, oración en honor del misterio de la Encarnación. Se compone de varios versos cortos, tres recitaciones del Avemaría y una breve oración final. Va acompañado tradicionalmente de campanadas y se reza tres veces al día, a las 6 de la mañana, a las 12 del mediodía y a las 6 de la tarde.
- 22** Caín, en el Antiguo Testamento (*Gen* 4, 1-16), hijo mayor de Adán y Eva, mata por celos a su hermano Abel, convirtiéndose de esta forma en el primer homicida de la humanidad.
- 23** Zahúrda: pocilga.
- 24** Maratón: Referencia al soldado griego que recorrió la distancia de 40 kms., aproximadamente, que separaba la ciudad de Maratón de la de Atenas en el año 490 a. C. para llevar la noticia de la victoria de los griegos sobre los persas.
- 25** Pelleja: empleado en el sentido familiar de *salvar la vida*.

LA CUESTA DEL COCHINO

(RELACIÓN DE UN SUCEDIDO)



I En 1864 heredó Joaquín Sampayo de su padre los títulos todos de su noble casa, y la mitad del pingüe mayorazgo: habíalo tomado entero el viejo Sampayo a los veintiséis años, tres antes de la ley de desvinculación¹ decretada. Cumplido el año de luto, vino Joaquín a tomar posesión de sus propiedades en Andalucía, que eran muchas y muy ricas: correspondíale, entre otras cosas, un magnífico palacio antiguo en X***, y era también patrono del grandioso hospital fundado allí en el siglo XVI por uno de sus ilustres abuelos.

Conocí yo a Joaquín Sampayo en las Escuelas Pías de Getafe, donde ambos nos educamos, y conservamos siempre una amistad constante y cariñosa, que duró hasta su muerte, acaecida en edad harto temprana.

Era Joaquín modesto, como verdadero gran señor de raza, y quiso visitar privadamente a la Superiora del hospital antes de tomar posesión de su patronato con las aparatosas ceremonias que la misma fundación indicaba y exigía. Acompañóle yo en esta excursión, como en tantas otras le había acompañado, y recibíonos la Superiora, Sor Ventura, en su modesto despacho de la planta baja.

Azoraban mucho a Joaquín las monjas las y sucedíame entonces a mí otro tanto, porque llenos de respeto y admiración hacia tan venerables señoras, temíamos siempre ofenderlas con nuestros modales mundanos, y nunca atinábamos tampoco con el justo título de madre, hermanas, etc., etc., con que suelen clasificar ellas sus parentescos espirituales con el resto de los fieles cristianos. La razón no era grande, que digamos; pero ni Joaquín ni yo frecuentábamos entonces el trato de comunidades, y él tenía veintiséis años y yo contaba veinticuatro.

Saconos presto del apuro el tacto y discreción de la Superiora, que a leguas se conocía ser, al mismo tiempo que un ángel de virtud, una mujer de mundo y experiencia. Y tan en gracia le cayó a Joaquín y tan bien supo ella presentar los intereses de sus pobres, que a la media hora de conocer al nuevo patrono habíale ya propuesto, sin pesadez y sin violencia, tres mejoras en el hospital, importantes y costosas, que el honrado Joaquín se apresuró a prometer y aprobar, con elocuentes, sinceros y enérgicos monosílabos. Y todo lo cumplió en efecto, con esplendidez y con premura, porque siempre fue aquel modelo de señores, de los que cuidan más de cumplir los deberes que imponen el nacimiento y la riqueza, que de exigir y cacarear los derechos heredados. Decaía ya la conversación, cuando llamaron a la puerta tímidamente, y entró un viejecito muy pulcro, tembloroso de todo el cuerpo, vistiendo, con extraordinario aseo, pantalón y chaqueta burda de paño pardo. Acercose a la Superiora y entregole una llave muy grande, murmurando algunas palabras en que, fuese defecto de pronunciación o tartamudez acaso, sobresalían y se entremezclaban las dos sílabas *za* y *ma*, formando una jerga ininteligible para quien no fuese la misma Superiora. Tomó esta la llave, y volviéndose hacia nosotros, dijo, como si nos presentase al recién venido: —Es un asilado... Zamama... El pobre está imbécil.

Volvímonos nosotros para examinar al viejo, y retirose él paso a pasito, hasta sentarse en cucullas sobre el umbral de piedra del despacho, como perrillo prudente que espera, para acercarse, el beneplácito de su dueño. Parecía de edad avanzadísima, no obstante su agilidad extrema, y más bien que pequeño o encorvado, hallábase encogido por la acción de los años. Su rostro, de facciones muy regulares, presentaba, en efecto, las líneas relajadas de la imbecilidad, y hubiera parecido grotesco si su cabellera espesísima, blanca como la nieve y naturalmente rizada, no rodeara su cabeza con los resplandores de un nimbo² de

plata. Inspiraba compasión profunda el temblor horrible y constante que agitaba todo su cuerpo, semejante, al andar, al de una varilla que, fija en el suelo por un extremo, oscila por el otro y recorre con movimiento constante y acompasado un arco más o menos extenso: síntoma terrible éste que se observa de ordinario en las personas alcoholizadas.

Encontró Joaquín en la entrada del viejecito, nuevo tópico de conversación que le sacase de su elocuencia monosilábica, y, como a menudo sucede, dijo una tontería, por querer decir algo. Preguntó a la Superiora si aquel temblor provenía en el viejo del abuso de bebidas alcohólicas:

—¡Ay, no!... ¡Pobrecito! —replicó vivamente Sor Ventura—. Jamás le vi beber sino agua clara.

Desconcertose un poco Joaquín, temiendo haber ofendido al viejo, y tornó a preguntar si hacía mucho tiempo que estaba en el hospital asilado.

Mucho debe hacer—replicó Sor Ventura—; pero no lo sé a punto fijo... Cuando yo vine aquí de Superiora, hace veintitrés años, era ya antiguo en la casa.

—¿Y no lo sabe él mismo?

—¡Oh, no!... Es un caso muy raro... Tiene perdida por completo la memoria del pasado, y recuerda, en cambio, por cierto tiempo todo lo que oye, con fidelidad pasmosa y sin entender palabra... Va usted a verlo... Nosotras le empleamos para transmitir recados, y nos ahorra en este caserón inmenso mucho tiempo y muchos pasos.

Y volviéndose al viejecito le llamó con la voz y con la mano:

—¡Zamama!

Acudió él muy presuroso, cimbreándose de atrás para adelante, y Sor Ventura le dijo, articulando mucho las palabras:

—Vas a preguntar a Sor Teresa, que estará en la botica, si recuerda ella, que es más antigua, cuándo entré yo en esta santa casa... ¿Qué le vas a decir?...

El viejecito hizo primero una señal afirmativa, abriendo mucho los ojos, y repitió luego muy despacio, mezclando siempre entre las palabras las sílabas *za* y *ma*, como una especie de tartamudez o balbuceo:

—¡Zamama!... Vas a preguntar a Sor Teresa, que estará en la botica, si recuerda ella, que es más antigua, cuándo entré yo en esta santa casa... ¿Qué le vas a decir?...

—¿Lo ve usted! —dijo sonriendo la Superiora—. Así hay que darle los encargos, porque no los entiende: repite sólo como una máquina.

La Superiora pudo decir muy bien como un fonógrafo, pero no se conocía aún tan curioso invento. Púsole entonces un caramelo en la desdentada boca, y le señaló la puerta.

El viejecito dio media vuelta, cimbreose dos o tres veces como para tomar impulso, y vímosle desaparecer por el largo y anchuroso claustro, con rapidez inconcebible en sus años, cimbreándose siempre, tembloroso todo, semejante por completo a esos muñecos de máquina que, una vez disparada la cuerda, corren fatalmente de manera automática hasta estrellarse contra la pared o consumir del todo la fuerza que les impulsa.

Mirámonos los tres con conmiseración profunda, y la Superiora nos dijo entonces:

—Es la criatura más humilde y servicial que puede darse... Todo lo limpia, todo lo barre, sin que nadie le diga nada; y cuando no encuentra quehacer, se sienta ahí, donde ustedes lo han visto, acechando mi salida para seguirme como un falderillo.

Joaquín, que no veía ya en el viejecito un socorrido tópico de conversación que le sacase de apuros, sino un desgraciado por quien su compasivo corazón comenzaba a interesarse, preguntó:

—¿Y es imbécil de nacimiento?...

—No lo creo: siempre he oído decir que quedó así de un accidente... Pero como en los hospitales pasan las gentes como los viajeros en las fondas y las olas en la playa, nadie guarda recuerdo de ello.

—¿Pero se sabe quién fue; cómo se llama?... Porque supongo que ese nombre de Zamama será un mote, y no un verdadero nombre.

—Seguramente; pero nadie sabe quién fue, o nadie lo recuerda... Es indudable que la frecuencia con que pronuncia en su tartamudez nerviosa las dos sílabas *za* y *ma*... *zazá*... *mamá*, dieron lugar al nombre de *Zamama*, con que se le conoce en esta casa hace tantos años.

—¿Pero no tiene él idea de su pasado?...

—Ni de su presente... y me temo que de su porvenir tampoco... En los veintitrés años que lleva conmigo, sólo le he observado una *idea del corazón*, grande y santa sin duda; pero que se encuentra también en los perros, quizá con más frecuencia que en los hombres... el agradecimiento... Dicen que algunas palabras determinadas despiertan en él terribles paroxismos, como si hiriesen en su corazón fibras muy sensibles; pero yo no le he visto en tanto tiempo nada de esto... Sólo una vez le he observado una verdadera idea, con raíces del pasado, y tan tierna y tan sencilla al mismo tiempo, que me llegó a lo profundo del alma... Es muy devoto a su modo y reza todos los días el rosario, unas veces en cruz y otras postrado, ante el altar de la Virgen de Consolación que está en la capilla alta... Estorbaba un día para la limpieza, y quise llevarle a otra capilla de la Virgen de los Dolores que hay en la planta baja... Pero él, ceñudo y rebelde como no le he visto nunca, repetía: —¡No!, ¡no!... ¡En la de Consolación! —Pero, hombre, ¿qué más te da rezar por hoy en una que en otra? —¡En la de Consolación... en la de Consolación! —repetía él—, ¡porque Consolación se llamaba mi madre!...

Subió un vapor de lágrimas a los ojos de Joaquín, y la mirada que se cruzó entre él y la Superiora hízome comprender que aquellas dos caritativas almas se entenderían, para mucho bien y provecho de los pobres de Cristo.

—¿Y no se puede hacer nada por el pobre viejecito? —preguntó Joaquín con la voz no del todo segura—. ¿En nada se puede aliviar su triste suerte?

Encogiose de hombros la Superiora.

—¿Qué alivio quiere usted darle? —replicó muy lentamente—. Su vida es la de un niño sin uso de razón, y su muerte será la de uno de esos angelitos que se encuentran en el cielo sin saberlo, llenos de alegre sorpresa... ¡En cambio, hay tantos... ¡tantos!... tantos otros que sufren en el cuerpo y se pierden en el alma!...

Vimos entonces a Zamama venir a lo lejos por el extremo del claustro, corriendo y tambaleándose, con el rostro radiante de estúpida alegría... Parose ante la Superiora, conteniendo con particular esfuerzo su temblor continuo, y repitió su lección, esta vez sin extremos balbuceos:

—¿Qué traes, Zamama?... Dile a la Madre que cuando Sor Teresa vino a esta casa, el año 47, ya estaba yo aquí hacía mucho tiempo... Dile que recuerdo haberle oído a Sor María Francisca, que murió del cólera grande el año 34, siendo Superiora desde el 25, que en aquella fecha ya era yo antiguo en la casa, y que todo eso debe constar en el archivo de los Registros...

Dicho esto, agitó Zamama ambas manos con el expresivo ademán de quien pondera una dicha muy grande, y sacó la lengua a la Superiora, mostrándole en la punta una pastilla de goma a medio desleír, que sin duda le había regalado la Hermana boticaria.

Hízonos reír aquel epílogo de su discurso, y sacamos en consecuencia que en aquella fecha, junio de 1864, llevaba ya el viejecito Zamama en el hospital de X*** mucho más de treinta y nueve años.

III

Invítanos entonces Sor Ventura a ver el hospital, que Joaquín desconocía, y quiso éste comenzar la visita por el departamento de las locas, donde muy bien cuidada y asistida a costa suya, hallábase a la sazón una antigua doncella de su madre. Formaba el departamento de las locas un gran pabellón aislado, todo de planta baja, unido al inmenso edificio por una ancha galería de arcos, sostenidos por columnas de mármol. En el centro de la galería, próximamente, veíanse cuatro de aquellos arcos, que daban a un jardinillo, cerrados de arriba abajo con fuertes verjas de hierro.

Marchábamos Joaquín y yo a derecha e izquierda de la Superiora, y delante iba Zamama recogiendo cuanto papelillo o basura encontraba por el suelo, según su manía, y volviendo a cada paso el rostro para mirar a Sor Ventura, como hacen los perrillos cariñosos cuando caminan delante de sus dueños. Un poco antes de llegar a la reja detúvose la Superiora, y con cierta turbación díjonos, señalando la parte del edificio que aquella encerraba:

—Ahí están las mujeres de mala vida... Hay que tenerlas bajo llave, como a las locas, y aun a veces ponerles también la camisa de fuerza... Es fácil que haya en el jardín

alguna de las convalecientes, porque ésta es por la tarde su hora de tomar el fresco... No dejarán de decirnos, al pasar, alguna insolencia... Dispensen ustedes, pero no hay más remedio que pasar por aquí para ir al departamento de las locas.

Decía todo esto la Superiora muy de prisa y como turbada, con una ráfaga de santo rubor que le teñía la frente. Sus temores no eran infundados, y presto tuvimos ocasión de verlo. Al pasar nosotros por delante de la reja agolpáronse a ella varias ruines mujercillas, desgreñadas, medio desnudas, sucias y repugnantes...

No era aquello el vicio acicalado y sonriente que se presenta por las calles ocultando sus deformidades para seducir a los incautos, sino el vicio al natural, hediondo, acerbo, con las llagas del cuerpo al aire y la podredumbre del alma en los ojos y en los labios. Por detrás de ellas columbramos las blancas tocas de tres Hermanas, que procuraban apartarlas.

Joaquín y yo nos miramos... Era aquello el contraste más grandioso que pueden ofrecer en el mundo las virtudes y los vicios humanos... ¡Lo más sublime y acabado de la perfección cristiana, humillándose y sirviendo por amor de Dios a lo más abyecto y degradado del vicio!

Nuestra despreciativa indiferencia hirió sin duda el amor propio de aquellas furias, mal dispuestas siempre contra el hombre, su verdugo, que las atormenta y las explota; y la levita inglesa de Joaquín, larga y entallada, fue la primera víctima... Una voz aguda y vinosa gritó con todos los dejos y cadencias de las burlas de barraganía:

—¡Cursi!... ¡Levántate la *leva* (levita), que vas ensuciando los suelos!...

Otra añadió:

—¡Que le lleve la cola Zamama!... Y una *tercera* envolvió en tal obscenidad a la Superiora y a nosotros mismos, que la angelical mujer no pudo menos de levantar los ojos al cielo, y nosotros, avergonzados pecadores, de clavarlos en la tierra.

Habíamos pasado ya; pero quedaba todavía la vuelta, y esta idea nos atormentó verdaderamente durante nuestra visita a las locas. Al entrar de nuevo por el extremo del claus-

tro, pudimos apreciar ya la carrera de baquetas³ que nos esperaba en aquellas asquerosas Termópilas⁴. Asomaban por la reja racimos de sucias manos, y con canallesca tonada, oímos cantar desde lejos:

Los paqueritos
Van por la calle
Con la tirilla tiesa
Y muertos de hambre...

Una voz dominó al coro. —¡A la *bimba!*... ¡Pum!... y medio albaricoque podrido fue a estrellarse contra la reluciente chistera del elegante Joaquín. Airado y amenazador volvióse éste instintivamente hacia aquel retablo de harpías, y la tempestad se desencadenó entonces con mayor furia... Cruzó los aires una alcarraza⁵, que se estrelló contra la reja rociándonos de agua y sembrando el suelo de cascos, que se apresuraba a recoger el inocente Zamama. Voces, silbidos, denuestos, obscenidades, y hasta blasfemias, todo junto resonó al mismo tiempo y salía de aquella reja como de cloaca inmundada que se desagua... Hubo, no sé por qué, un momento de pausa, y una mujer altísima, encaramada sobre otra y con los flacos y desnudos brazos fuera de la reja, gritó amenazando a Joaquín:

—¡Cochino!... ¡Cochino!... ¡Cochino!...

Este grito, solo e inesperado, causó en Zamama efecto sorprendente... Arrojó los cascos de alcarraza que recogía, cual si le quemasen las manos, y enderezose sin temblar, creciendo más de una cuarta... Un rayo de inteligencia, por decirlo así, angustioso y aterrado, borró en su rostro los rasgos de imbecilidad, y extendió las manos y agitó los labios como para decir algo... Luego, dio media vuelta de repente, girando sobre sí mismo, y cayó al suelo cuán largo era, con un ataque de espantosa epilepsia.

Restableció el silencio como por ensalmo la caída del viejo, y a los gritos y denuestos sucedieron sin transición ayes compasivos y acentos de lástima. Una voz airada gritó a la Superiora:

—¡Pero, pazguata, cógelo! ¿No ves que se desnuda el pobre viejo?

Atribuyose al pronto el accidente de Zamama a terror que le infundiese aquella escandalosa escena, que no obstante de ser harto frecuente entre aquella canalla, pudo él muy bien no haber presenciado nunca... Mas nuestro pasmo fue inmenso y nuestra curiosidad suma cuando, acostado ya y tranquilo en el primer lecho que se encontró a mano, y abiertos los ojos y desencajados los dientes, comenzó a decir, cual si delirase, con muestras del mayor espanto:

¡Cochino!... ¡Cochino!... ¡allí!... ¡en la cuesta... vino la muerte!... allí!... allí!... ¡Misericordia!... ¡misericordia!...

Y un nuevo ataque le retorció en el lecho como a un gusanillo, haciéndole echar espumarajos sanguinolentos. La Superiora se llevó una mano a la frente, como si repentina idea la asaltase... ¡Aquella palabra debía ser sin duda una de las que producían en el pobre viejecito terribles paroxismos, como si hiriesen en su corazón fibras muy delicadas!

La hipótesis nos pareció probable... ¡Pero la palabra era tan vulgar, tan grosera, tan poco apta para despertar sentimientos delicados en nadie!...; «¡Cochino!».

III

Y tan grande fue el interés, mezcla de compasión y curiosidad, que despertó en Joaquín aquel pobrecito viejo Zamama, que no bien tuvo ocasión de ello, hizo registrar y registró él mismo los archivos del hospital, hasta dar con la filiación y los antecedentes del inofensivo anciano. El hallazgo fue tan completo, tan sorprendente y aun maravilloso, que Joaquín Sampayo mismo sacó por su propia mano las exactas y comprobadas notas que nos han servido para escribir, hasta en sus menores detalles, esta tan extraña como ejemplar historia.

Y reza en ella lo primero, que el 25 de agosto de 1797 se promulgó, en nombre del Rey nuestro Señor, desde los balcones del Ayuntamiento y a son de clarines, como era costumbre entonces, el cartel de la gran corrida de toros que había de efectuarse el 25 de agosto, días de S. M. la Reina doña María Luisa, si el tiempo no lo impedía, en la Muy Noble y Muy Leal ciudad de X***.

Eran los toros de la ganadería de los Padres de Santo Domingo, de Jerez de la Frontera, con divisa blanca y negra, y era el diestro que había de lidiarlos el famoso Joaquín

Rodríguez Costillares, figura colosal del toreo en aquella época, con lucida cuadrilla de picadores, banderilleros y peones. Enumerábalos el cartel uno a uno, con todos sus nombres, apodos y circunstancias, y concluía con la cristiana fórmula de entonces: *El todo Poderoso les liberte de todo mal. Amén.*

Figuraba en primera línea entre los banderilleros, el simpático Manolito Espejo, gaditano de la Caleta, a quien el propio Costillares había de dar la alternativa el próximo día de la Virgen de Septiembre, en la plaza de Ronda, a petición de aquellos caballeros maestrantes.

No era todavía costumbre de los matadores reclutar ellos mismos cuadrillas estables que les acompañasen y siguiesen por todas las plazas. Lejos de eso, contratábanse picadores, banderilleros y peones directamente, unas veces con los empresarios, otras con las corporaciones o cofradías que daban la corrida, y muy pocas con los espadas mismos. Manolito Espejo, sin embargo, hallábase contratado con su padrino Costillares, y con él llegó a X*** seis días antes de la corrida señalada para el 25 de Agosto.

Entretúvose Manolito estos días de descanso en lucir por calles y plazas su linda persona, que lo era mucho en efecto. Contaba a la sazón veintiséis años y presentaba el genuino tipo andaluz fino, rebosando gracia y fuerza, elegancia natural y simpática gallardía. Tenía el color moreno mate, el pelo negro como la endrina⁶ y los ojos azules, grandes, rasgados, llenos de pasión y lúbricos pensamientos.

Su popularidad llegó a ser tan grande en aquellos días, que resultaba estrecha para sus visitantes la gran Posada del Mico, donde el banderillero se hospedaba, y no podía poner el pie en la calle sin verse rodeado de numeroso cortejo de chiquillos y aficionados, cuyos homenajes recibía él con la serena afabilidad de un príncipe del trascuerno.

Veíasele por todas partes y a todas horas del día, agasajador y rumboso en la botillería de Naranjo, por la mañana; serio y devoto en el rosario de los PP. Gilitos, por la tarde; decidor y galante en la Cruz de la Tinaja, al caer las oraciones, y loco desenfrenado, aunque siempre generoso y valiente, en la buñolería de la Tarasca, la taberna del Zarpa o la zahúrda⁷ de Celestina la Patata, allá en la lóbrega Cuesta del Cochino, a las altas horas de la noche.

El 24 de Agosto, víspera de la corrida, salió Manolito Espejo de la iglesia de los Gilitos al caer de la tarde, y embozado en su capa de grana y ladeado el airoso castoreño⁸ sobre la flamante redecilla, fuese a dar una vuelta por la Cruz de la Tinaja, especie de mentidero entonces, donde acudían los desocupados de todas clases y las beldades más o menos fáciles de la época. Estaba la tarde pesada, sombrío el cielo, y algunos relámpagos lejanos anunciaban la proximidad de una tormenta.

Llegaba entonces el paseo de la Tinaja desde la Cruz de este nombre hasta el convento de las Mínimas, y formaba todo ello un verdadero arenal, sin más aceras ni empedrado, que algunas anchas losas arrojadas acá y allá sin orden ni concierto, para facilitar el tránsito cuando las lluvias trocaban de repente el arenisco polvo en profundos barrizales.

La tormenta que amenazaba había ahuyentado los habituales concurrentes de la Cruz de la Tinaja, y Manolito, sin más cortejo que el de cuatro o cinco chiquillos que le admiraban extasiados con la boca abierta y los dedos en las narices, paseaba de arriba abajo aburrido y malhumorado.

De repente vio venir a lo lejos por el lado de la Cruz una mujer que por su aire y meaneos pareció desde luego chula de rompe y rasga. Saltaba, con la graciosa agilidad de una pajarita de las nieves, de una losa a otra a fin de no empolvar sus zapatitos bajos de cordobán⁹ fino, trenzados con galgas de terciopelo sobre la media de seda calada.

Manolito Espejo enderezó el busto, estirose el chupetín y arregló con artística coquetería los pliegues de su capa de grana.

Era, en efecto, la mujer que se acercaba, una mala hembra de hermosura extraordinaria. Vestía saya de medio paso, color de naranja, con fleco de madroños y alamares¹⁰ negros, y mantilla de blondas, negras también, prendida muy alta con peineta de teja y ramo de claveles. Llevaba en una mano enorme abanico, de país corto y ancho varillaje, y sosteníase con la otra sobre el pecho la mantilla, con esa gracia natural y espontánea que las secas y extranjerizadas señoritas de hoy imitan en vano, cuando les place parodiar en los palcos de los toros, el garbo y la bizarría de las clásicas majas de antaño.

Al emparejar la hermosa mujer con el banderillero, a quien no parecía haber visto, detúvose un momento como titubeando: había allí harta distancia entre las dos losas para salvarla de un salto, y relucía en medio un charquito fangoso.

Manolito Espejo vio el cielo abierto. Arrojó con mucho garbo su capa de grana a los pies de la hembra, a guisa de alfombra, y apartose un poco, con el castoreño en la mano y la Izquierda en la cadera, más gallardo y más gentil que lo estuvo Walter Raleigh¹¹ cuando hizo la misma galantería a la reina Isabel de Inglaterra.

Mirole ella sorprendida, sonriole en acción de gracias, y con tres menudos pasitos atravesó la improvisada alfombra... Tiró el banderillero de la capa, terciándosela al brazo sin cuidarse del fango, y siguió a la buena moza inclinado el cuerpo hacia delante, mirando al parecer, con mucha atención aquellos zapatitos negros que trotaban otra vez por encima de las losas. De pronto dijo muy bajo:

—Parece que va descosía esa suela...

Y ella, con el rostro medio envuelto y oculto en parte con el abanico, contestole con picaresca sorna:

—En ca del zapatero voy derechita pa que me la remiende.

—¿Y no la podría remendá yo?... En el bolsillo traigo la lezna¹²:

—No lo permita Su Divina Majestá; que se iba usted a lleva un susto mu gordo...

—¿Por qué?...

—Porque mi marío tiene mu mal genio.

—¿Y se come los niños crúos?...

—No: pero le sacude las moscas a los *sangregorda*...

—¿Con un plumero?...

—No: con la mano del almiré...

Sostenían este discreto la maja y el banderillero en voz muy baja, sin dejar de andar, anhelante él y ciego ya por sus malas pasiones; provocativa ella y mostrando bien a las claras que pensaba en su mente todo lo contrario de lo que sus palabras decían.

IV

● Caminaron así largo rato sin que lograrse el torero alcanzar a la mala hembra, pues deslizábase ella por los derrumbaderos que las calles de entonces formaban, cual si tuviese alas en los pies o la levantasen en vilo los demonios... Al doblar de cada esquina provocábale de nuevo con miradas y sonrisas: apretaba él su paso cada vez más anhelante, y al divisarla de nuevo, veíala siempre a igual distancia, sin que su andar revelase mayor premura, ni su cuerpo escultural fatiga ni cansancio.

Dejaron atrás la Catedral, pasaron el Puente Nuevo, internáronse en las estrechas y tortuosas calles de la Judería, y al anoecer ya, cuando el cielo encapotado aparecía del todo negro, negro, y comenzaban a gruñir los truenos lejos, lejos, como tremendas amenazas de una cólera cercana, parose la hermosa mujer al pie de la lóbrega y siniestra Cuesta del Cochino.

Encaramábase esta, estrecha y tortuosa como una serpiente negra que lamiese y estrechase el antiguo murallón romano de la ciudad, y veíase de vez en cuando, a la luz de los

relámpagos, la grotesca imagen del cerdo, esculpida en un sillar de tiempo de Claudio¹³, que daba origen a su extraño nombre.

Abríase a la mitad de la empinada cuesta una estrecha barreduela¹⁴, y en el fondo de esta destacábase una casa blanquísima y risueña, con su balcón rebosando macetas de albahaca y de claveles, su cortina de lienzo crudo ribeteada de encarnado y sus alcarrazas¹⁵ a derecha e izquierda, prestas a tomar el fresco del sereno. Aquella era la zahúrda de Celestina la Patata.

Detúvose la mala mujer al pie de la cuesta, y haciendo significativas señas al banderillero, comenzó a subir poco a poco, muy despacio y sin volver ya el provocativo rostro. Siguiola Manolito Espejo ebrio ya de pasión y de esperanza, y frente por frente de la casa de la Patata, cuando tocaba ya casi las ropas de la mala hembra y sentía en su olfato el aroma de sus claveles, volvióse ella de repente y asióle brutalmente por el brazo...

Manolito Espejo dio un alarido atroz que los ecos de la negra cuesta prolongaron... En vez de la hermosa mujer que siguieron sus pasos, tenía delante un horrendo esqueleto¹⁶, con la pelada calavera envuelta en la mantilla de blondas, y los secos miembros crujiendo y revolviéndose entre los flecos de madroños y los alamares de seda... Imagen espantosa del deleite del pecado, que se desvanece en un segundo y se escapa de entre los dedos, dejando, quizá para siempre herido, el cuerpo, perdida el alma y abrumada la conciencia con el peso del remordimiento!...

Al alarido de Manolito abalanzáronse al balcón varias mujerzuelas y una vieja con hábito de San Antonio y dos parches negros en las sienes... Ni por arriba ni por abajo aparecía ya en toda la cuesta rastro de gallardas mujeres ni hediondos esqueletos... Véíase tan sólo en el centro un hombre tendido en el suelo, al parecer muerto, sobre una capa de grana, que en la media oscuridad de la noche que ya se aproximaba, antojósele a aquellas infelices enorme mancha de sangre.

—¡Favor!... ¡Socorro!... ¡A la justicia!... ¡Un hombre muerto! —gritaron todas a un tiempo. Y se oprimían y agitaban en el balcón, aterradas, manoteando; y las alcarrazas venían a tierra con estrépito, y las macetas estrujadas dejaban caer al suelo sus claveles rojos, como si fuesen lágrimas de sangre.

Sosegáronse al cabo, y apareció a poco en la calle la vieja con un velón¹⁷ de cuatro piqueras, seguida de seis o siete de las mujercillas... Salían todas medrosicas y curiosas, sin osar acercarse unas, adelantándose hasta tocar al hombre otras más atrevidas. La vieja, serena ya del todo, proyectó la luz del velón sobre el rostro del caído. Dos voces espantadas clamaron al mismo tiempo: —¡Si es Manolito Espejo!... Levantose entonces un concierto de alaridos, y una de ellas, que por saber leer llamaban la Mona Sabia¹⁸, arrojose al suelo mesándose el cabello y gritando con monótona cadencia:

—¡Ay mi Manolito Espejo!... ¡Ay mi Manolito Espejo!...

Colocó la vieja sobre sus rodillas la cabeza del banderillero, y comenzó a desabrocharle la camisa y la ropilla y a friccionarle las sienes con vinagre que trajeron en un cuerno. Todas le rodeaban ansiosas, contemplando a la luz del velón aquel rostro lívido que parecía de un muerto. La Mona Sabia, tendida en el suelo, continuaba gimiendo: —¡Ay mi Manolito Espejo!... Rebullose este al cabo un poco, abrió los descoloridos labios, y de entre sus dientes apretados salió claro y angustioso el santo grito de la fe que despierta: el humilde clamor de la esperanza que implora misericordia: —¡Confesión!... ¡Confesión!... Miráronse todas las mujercuelas en silencio, perplejas, llenas de pavor, de angustia, de respeto. La vieja, alzando la escuálida cabeza, gritó con vehemente ímpetu:

—¡Tú, Petrilla... Francisca... cualquiera!... ¡Llégate en un salto a la Misericordia y tráete corriendo un fraile!...

Lanzose la Mona Sabia la primera, y con la cabeza destocada, y remangada la estrecha falda para correr más fácilmente, vióselas desaparecer en un segundo por la cuesta abajo, gimiendo siempre entre dientes:

—¡Ay mi Manolito Espejo!... ¡Ay mi Manolito Espejo!...

Cerraban ya el convento, y la Mona Sabia vio cruzar por el atrio un fraile viejo que iba de retirada... Abalanzose a él con angustioso ahínco y asiole por el hábito.

—¡Que han matado a Manolito Espejo... y pide confesión... y está agonizando!...

—¿Pero quién... ¿Cómo?... ¿Dónde está?...

—Allá en la Cuesta del Cochino... en casa...

Detúvose la infeliz como avergonzada, y quizá por primera vez en la vida tuvo conciencia de su condición infame.

—En casa de Celestina la Patata, concluyó tímidamente.

Hizo el fraile un movimiento, y espantada la Mona Sabia, comenzó a decir a borbotones, con ademanes de súplica y cadencias en la voz de humildad desolada:

—¿No quiere su mercé venir?... Si su mercé entrará solo... y todas, toítas nos saldremos... Mire su mercé que el pobrecito está dando las boqueás y pide confesión, que es un doló el oírlo... ¿Qué culpa tiene el infeliz de caé donde ha caído?... ¡Ay padre, si su mercé lo viera¹⁹!...

Y se puso a gemir como una desesperada y a tirarse de los pelos.

—Pero calla, tonta, replicó dulcemente el fraile... Si ahora mismo voy a verle... Anda tú por delante... Déjame decir a este dos palabras.

Y dirigiéndose al portero que con el manajo de llaves aguardaba, le dijo en voz baja:

Que lleven dos legos una camilla adonde esa mujer ha dicho... Y que avisen al médico y den parte a la justicia.

V

Mientras tanto, suspendía la Patata los preparativos para trasladar a Manolito al interior de la casa, y hacía traer, en cambio, a la mitad de la calle, un colchón, mantas y almohadas para improvisar al desdichado allí mismo un lecho.

Murmuraban algunas de las mujerzuelas, no comprendiendo las razones de la vieja; mas ella, sin hacerles el menor caso, habíase sentado en una silla baja a la cabecera del moribundo, que seguía hecho un tronco, palpábale los pulsos, enjugábale el sudor del rostro y decíale a veces al oído, con el mimo de una madre y la unción de un agonizante: —No te apures, chiquillo, que ya viene el Padre... En un salto está aquí... Encomiéndate mientras tanto a la Virgen Santísima del Carmen.

Apareció al fin por la cuesta la Mona Sabia, jadeante, haciendo señas con la cabeza y con las manos de que tras ella venía el fraile... Desfilaron todas las mujeres una a una y entráronse en la casa silenciosas, avergonzadas, llenas de pavor y angustia, como si temiesen profanar con su presencia el acto santo que iba a seguirse; como poseídas del respeto profundísimo a las cosas santas, que existía en aquella época hasta entre semejante canalla.

La Patata, muy turbada, salió al encuentro del fraile, y sin darle tiempo de abrir la boca, díjole muy presurosa:

—Sentaíto en esa silla le pué confesá su mercé sin necesidá de entrá en la casa... Por aquí no pasa un gato... Después se hará lo que su mercé mande... Si hay que llevarlo al hospital, se lleva... Si hay que meterlo en casa, se mete; que voluntá y gallina diaria no han de faltarle...

Comprendió el religioso el respeto al Sacramento y a su persona misma, que envolvían los hechos y razones de la vieja, y díjola afablemente:

—Bien, mujer, bien, descuida... Si es necesario entrar ya entraremos... Pero ayúdame antes a ver la cara que tiene este prójimo. Examinó entonces el religioso a Manolito a la luz del velón que la Patata sostenía y cerciorose pronto de que no había en él herida, golpe ni lesión alguna, y que por muy grave que fuese su estado, no aparecían aún signos de próxima muerte.

Sacó entonces de la manga de su hábito un frasquito con un poderoso reactivo que a prevención traía, y aplicolo a las narices del banderillero. Reaccionose éste al punto, y comenzó a rebullir, y abrió los ojos y la boca para repetir de nuevo el grito que expresaba sin duda su ardiente deseo y su constante pensamiento: —¡Confesión!... ¡Confesión!... —Sí, hijo mío, ahora mismo... Pero mira, Celestina, vamos a meterlo dentro... La humedad del suelo pasa el colchón y podrá hacerle daño...

Sintió la Patata en lo más hondo de su ser un salto de alegría loca... Parecíale que Dios se aproximaba a ella y llamaba a las puertas de su casa, y que si ella se decidía a caer a sus pies, encontraría también misericordia... Pronto estuvo instalado el banderillero, sin moverlo del colchón, en un zaquizamí²⁰ al lado de la puerta. Había allí sobre una cómoda un San Antonio de barro en una urna con papeles dorados. La Patata encendió dos velas descabaladas y se las puso delante. El religioso cerró la puerta tras ella.

Habíanse refugiado las mujeres en el piso alto, y echadas acá y allá por los rincones, no osaban moverse ni hablar, como si cargase sobre ellas más fuerte que nunca el peso de

su infamia... La Patata, sentada al cuidado ante la puerta del moribundo, sacó de su profunda faltriquera una camándula²¹, de esas simientes que llaman lágrimas de San Pedro, y comenzó a repasarla entre sus descarnados dedos... Llegaron dos legos de la Misericordia con una camilla; y la vieja, andando de puntillas y hablando muy bajito, hízoles sentar en el zaguán y esperar en silencio.

Media hora después, abrióse la puerta del zaquizamí y apareció el fraile... Manolito Espejo se había confesado con grandes muestras de contrición fervorosa y perdido de nuevo el conocimiento... Sin espera ninguna, íbasele a trasladar en la camilla al convento de la Misericordia para administrarle allí los demás sacramentos y esperar lo que Su Divina Majestad dispusiese.

Hízose la traslación en el mayor silencio, sin que ninguna mujer apareciese. El horror a la muerte y el respeto a la religión enfrenaron las curiosidades y ahogaron los lamentos... Al salir el fraile detrás de la camilla, detúvole la Patata por una manga, y roja la arrugada frente, como jamás lo estuvo cuando era tersa y pulida, alargole unas monedas de plata, diciendo con muestras de humildad profunda:

—Pa que diga su mercé una misa a San Antonio bendito, por ese desdichao...

—La desdichada eres tú, Celestina —dijo gravemente el fraile, rechazando con suavidad las monedas... —No es necesario tu dinero para que se digan las misas... Una se dirá por él... ¡y otra por ti, pobrecita!...

VII

Fuese lo sucedido a Manolito Espejo un prodigio sobrenatural o una alucinación de los sentidos, es lo cierto que el choque horrendo que produjo en su organismo aquella escena, perturbó por completo y para siempre todas sus facultades. Tres meses permaneció en el convento de la Misericordia, luchando entre la muerte y la vida, la razón y la locura, hasta que declarada la imbecilidad absoluta y atacados todos sus miembros de un continuo temblor semejante al que llaman baile de San Vito, ingresó en el hospital de X*** en clase de asilado. Olvidáronse allí pronto todas aquellas memorias, y el grotesco apodo de Zamama cayó a poco y para siempre, como la losa de un sepulcro, sobre las glorias, el nombre y los recuerdos del simpático Manolito Espejo, banderillero de Costillares.

Ingresó en el hospital de X*** el 5 de diciembre de 1797, a la edad de veintiséis años. Tenía por lo tanto noventa y tres cuando yo le conocí en 1864. Murió dos años después, a los noventa y cinco años de edad y sesenta y nueve de hospital, el 8 de septiembre, fiesta de la Virgen de Consolación, de quien siempre fue tan devoto.

NOTAS

- 1** Ley de desvinculación: Liquidación de las limitaciones jurídicas a la libre disposición sobre los bienes, en especial de la nobleza.
- 2** Nimbo: aureola.
- 3** Carrera de baquetas: antiguo castigo de la milicia. Baqueta: vara de delgada de hierro o de madera, con un casquillo de cuerno o de metal, que servía para atacar las armas de fuego.
- 4** Termópilas: referencia al paso estrecho y obligado que debían recorrer como los ejércitos persas y griegos en la célebre batalla de Termópilas.
- 5** Alcarraza: vasija de arcilla porosa y poco cocida.
- 6** Endrina: fruto pequeño, negro azulado y áspero al gusto de un ciruelo silvestre denominado endrino.
- 7** Zahúrda: vid. nota 100.
- 8** Castoreño: sombrero fabricado con el pelo de castor u otro material parecido, como el fieltro.
- 9** Cordobán: piel curtida de macho cabrío o cabra.
- 10** Alamar: presilla y botón, u ojal sobrepuesto que se cose, por lo común, a la orilla del vestido o capa y sirve para abotonarse, o meramente para adorno.

11 Walter Raleigh. Aventurero y escritor inglés (1554-1618). Durante el reinado de Isabel W. Raleigh establece en la isla norteamericana de Roanoke, en la actual Carolina del Norte, la que sería la primera colonia inglesa en suelo americano (1585). Isabel I premió su actuación en Irlanda, donde reprimió una rebelión en 1850, nombrándole caballero. Se convirtió en uno de los personajes más poderosos de Inglaterra.

12 Lezna: instrumento que se compone de un hierro con punta fina y mango de madera que usan los zapateros y otros artesanos para agujerear, coser y respuntar.

13 Claudio. Referencia a Claudio I (10 a.C54 d.C.), proclamado emperador en el año 41, después del asesinato de su sobrino Calígula.

14 Barreduela: plazuela, por lo común sin salida.

15 Alcarraza. Vid. nota 107.

16 Coloma utiliza tradicionales fuentes literarias referidas al seguimiento de una bella mujer tapada con un velo que cuando se descubre resulta ser un esqueleto, como en *El esclavo del demonio*, de Mira de Amescua, *Caer para levantar*, de Moreto... Sin embargo, tal vez, la fuente inmediata fuese la obra de Espronceda, *El estudiante de Salamanca*, cuando don Félix de Montemar descubre que la bella mujer a la que sigue por las angostas calles de Salamanca es el esqueleto de la mujer burlada, Elvira.

17 Velón de cuatro piqueras: velón: lámpara de metal, para aceite común, compuesta de un vaso con un o varios picos o mecheros y de un eje en que puede girar, subir y bajar, terminando por arriba en un asa y por abajo en un pie, por lo general en forma de platillo. Evidentemente en el texto se refiere a una lámpara de cuatro piqueras, canutillos de la mecha.

18 La Mona Sabia. Coloma denomina así a esta mujer por ser la compañera o amante de un monosabio, es decir, un mozo de la cuadrilla que ayuda al picador en la plaza.

19 Como en otros muchos cuentos, Coloma reproduce el lenguaje, repleto de vulgarismos y distorsiones de todo tipo, propio de las clases más bajas de la sociedad.

20 Zaquizamí: desván, sobrado o cuarto pequeño.

21 Camándula: rosario de uno o tres dieces.



unas palabras

Retrato de Luis Coloma con 23 años. Fot. J. Pujade, ca. 1874. Colección José Manuel García-Pelayo Coloma.

sobre... Luis Coloma y la literatura fantástica

M^º DE LOS ÁNGELES AYALA

Dispensame V. de lo dicho de mis cartas
mas y de garantizar de mis cartas; pero
de repetir el tiempo la noche muy del día y solo
con grande esfuerzo escrito.

Queda de V. muy affto en lo dicho
amigo y f. d.

J. e. m. d.

Luis Calouza

Luis Coloma nació el 9 de enero de 1851 en Jerez de la Frontera (Cádiz) en el seno de la familia formada por Ramón Coloma Garcés, médico, y Concepción Roldán. Según los datos proporcionados por Emilia Pardo Bazán en *El P. Luis Coloma. Biografía y estudio crítico* (s.a.), el P. Rafael María de Hornedo y el P. Constancio Eguía, prologuistas, respectivamente, de diferentes ediciones de sus *Obras Completas* (1960, 1947), a los doce años ingresó en la Escuela Preparatoria Naval de San Fernando, centro que abandona para iniciar sus estudios de Derecho. En Sevilla, en cuya Universidad cursará la carrera de leyes, da tempranas muestras de su vocación literaria —*Solaces de un estudiante*—. Tras trabajar como pasante en el bufete del acreditado abogado don Hilario Pina, termina decantándose por la literatura. Durante este tiempo colabora en medios periodísti-

cos –*El Tiempo. Periódico político de la tarde* (Madrid) y *El Porvenir* (Jerez)– y participa activamente en círculos literarios y tertulias políticas, declarándose firmemente partidario de la restauración alfonsina. A los veintitrés años, a raíz de un grave accidente –se le disparó accidentalmente la pistola que estaba limpiando (hecho que se ha interpretado desde múltiples perspectivas)–, decide profesar en la Compañía de Jesús. El 5 de octubre de 1874 entra en el noviciado que la Orden poseía en Châteaux de Poyanne, en Las Landas (Francia), donde permanecerá hasta 1877. A partir de este año desempeña distintos cargos docentes dentro de la Institución y colabora en *La Ilustración Católica*. El 2 de febrero de 1886 pronuncia sus últimos votos y se incorpora a la Universidad de Deusto, formando parte del consejo de redacción de la revista *El Mensajero del Corazón de Jesús*. En 1908, a raíz del éxito alcanzado con sus trabajos literarios –*Lecturas Recreativas, Pequeñeces, Jeromín*, entre otros–, ingresa en la Real Academia Española con un discurso que versó sobre el P. Isla. Pocos años después fallece en Madrid, el 10 de junio de 1915.

En la obra narrativa del P. Coloma podemos distinguir dos modalidades, la novela, bien adscrita al realismo o al género histórico, y el relato corto, configurado por cuentos, escenas costumbristas y retratos. Aunque Coloma comienza escribiendo relatos cortos, algunos de indudable calidad, como *La Gorriona, El primer baile, Era un santo, Por un piojo*, entre otros, es evidente que el éxito editorial lo alcanza con la



Casa natal de Luis Coloma en Jerez, Plaza del Clavo. Fot. Sándalo, ca. 1900. Colección José Manuel García-Pelayo Coloma.

publicación en 1891 de *Pequeñeces*, novela de tesis que lo acerca a la modalidad narrativa representada por *Fernán Caballero*, su gran maestra. En *Pequeñeces* se censura con inusitada violencia a la aristocracia de la época de la Restauración alfonsina, destacándose, asimismo, la presencia del *integrismo*, concepto que tendía a asociar la monarquía con las clases populares, prescindiéndose de la aristocracia. La novela desató una fuerte polémica dado el mencionado contenido político y por considerarse en este momento como una novela clave que enmascaraba el comportamiento de unos personajes reales. Valera, Clarín, Menéndez Pelayo, Pardo Bazán, Luis Alfonso, Pablo Morales, Martínez Barrionuevo, Federico Balart, entre otros, contribuyeron con sus trabajos críticos a acentuar el extraordinario éxito de venta que alcanzó la novela. El marcado contenido doctrinal de la misma probablemente sea el causante del olvido que sufre en la actualidad. Relato que destaca por el dramatismo de su acción y por la fuerza de sus personajes, ofreciéndonos Coloma una amplia galería de tipos que abarca desde los más disolutos, como la protagonista, Currita, y su amante Jacobo hasta los más piadosos, como la marquesa de Villasis y Sabadell. Coloma concibe literatura como un medio eficaz de propaganda ideológico-religiosa que le permite acercarse a unos determinados contextos sociales que la vida moderna aleja de la Iglesia, tal como él mismo manifiesta en el *Prólogo* de su novela —«[...] aunque *novelista* parezco, solo soy *misionero* [...]»—, de ahí que ofrezca con enorme vigor unas escenas y unos persona-



Luis Coloma con Alfonso XIII niño en los alrededores de la pista de tenis, ca. 1899. Colección José Manuel García-Pelayo Coloma.

jes en claro contraste, con la intención de que el lector asuma la tesis propuesta. La fuerte polémica no debió agradar demasiado a los responsables de la Orden, ya que Coloma no vuelve a redactar una nueva novela de carácter realista, decantándose por los relatos de acento histórico, como los integrados en *Relatos de antaño* (1895), la inconclusa novela titulada *Boy* (1895-1896), *La Reina Mártir* (1898), *Jeromín* (1902) –la que más éxito alcanzó después de *Pequeñeces*–, *El marqués de Mora* (1903) y *Fray Francisco* (1911).

Para Coloma el arte, en general, y la literatura, en particular, deben estar al servicio de la moral católica. El relato corto despertará un gran interés desde el inicio mismo de su actividad literaria por ser el género que mejor se adecua a esa intencionalidad didáctica que persigue, y por su fácil difusión en pe-



Cartel de la película *Pequeñeces* (1950), basada en la novela de Coloma. Biblioteca Municipal de Jerez.

riódicos o revistas de la Orden –*El Mensajero del Corazón de Jesús*–. Coloma parte de unas lecturas previas, como serían los relatos de su admirada *Fernán Caballero*, de Trueba, leyendas populares, vidas de santos y los relatos fantásticos de

Hoffmann, autor mencionado en numerosas ocasiones por el escritor. Redacta relatos de contenido temático diverso, desde los político-sociales –*Medio Juan y Juan y Medio y Caín*–, a satíricos y costumbristas, como *Por un piojo, Era un santo y La Gorriona*, alabado especialmente, este último, gracias a su valor estético por Emilia Pardo Bazán. Sin embargo la modalidad que parece interesar en mayor medida a Coloma es la fantástica, pues le permite introducir el elemento sobrenatural y evidenciar, de esta manera, la acción divina sobre la salvación eterna de los hombres. En numerosos relatos se puede observar este rasgo de carácter fantástico, tal como sucede, entre otros, en *Miguel, Las dos madres, La almohadita del Niño Jesús, Paz a los muertos, ¡Chist!, El primer baile, Mal Alma, Las tres perlas, Un milagro, ¿Qué sería?*, sin que ello implique que cumplan estrictamente los requisitos subrayados por los críticos –Todorov (1970), Vax (1981), Risco (1982; 1987)–, pues la intencionalidad moralizante no sólo anula o disminuye la intención de sorprender, aterrorizar, sino que elimina o restringe esa vacilación anímica, ese *casi creer* del que nos habla el profesor Sebold (1989: 21 y ss.), de un lector que, identificado con el narrador o con los personajes, se sorprende o desconcierta ante la inclusión de un suceso aparentemente sobrenatural dentro de un mundo regido por las leyes lógicas y que define al relato fantástico por excelencia.

No obstante, en el corpus cuentístico de Coloma encontramos varios relatos que presentan ese marcado carácter fantástico que se manifiesta al poner el escritor dos realidades



Retrato de Luis Coloma con doce años. Fot. José Díaz, ca. 1863. Colección José Manuel García-Pelayo Coloma.

inconciliables: el mundo de la razón y el mundo de los fenómenos sobrenaturales o imposibles de explicación racional. Coloma crea en ellos un universo realista que en un momento dado se altera con la presencia de un factor extraordinario que rompe ese mundo normal y cotidiano. A esta modalidad responden, principalmente, *El salón azul*, *¿Qué sería?*, *La cuesta del cochino*, *El primer baile* y *Mal Alma*, relatos que no dudamos en calificar de fantásticos, ya que Coloma utiliza todos los recursos a su alcance para que el lector experimente y acepte la posibilidad de lo inexplicable. En *El salón azul. Historia maravillosa* el narrador va a hacer partícipe al lector de una experiencia vivida por él mismo, con lo que refuerza, al aportar su propio testimonio, la veracidad de la historia. Así, rememora lo que le sucedió una noche, cuando cruza el salón de la casa donde se hospeda para dirigirse a su dormitorio:

[...] resonó en mitad de éste [salón azul], sobre el encerado pavimento, un golpe seco y fuerte, terrorífico en el silencio, seguido del marcado rumor de algo que rodaba hacia el ángulo izquierdo de las habitaciones de la reina... Al mismo tiempo, una fuerza invisible, que ni me lastimó ni me hirió, y que pudiera llamarse también impalpable, hízome caer en el suelo con gran violencia... Levantéme instantáneamente como movido por un resorte, y entonces vi en el centro del salón una de esas cosas sin nombre... Era como una columna de luz azulada que

llegaba desde el suelo hasta el techo, y se movía y menguaba al compás del ruido y le seguía hasta apagarse con él, en el mismo rincón, bajo el retrato de la monja. Los ojos de ésta se abrían y cerraban de modo espantable, y de su mano descarada, fuera del cuadro, movíase de arriba abajo, no sé si llamándome a mí o santiguándose ella... En el otro rincón los ojos del apuesto caballero brillaban como dos brasas rojas... [...].

Coloma sitúa con gran habilidad la narración de este suceso notable en medio de dos descripciones que atestiguan la normalidad del salón. El narrador sobreponiéndose al miedo experimentado volverá al salón, convencido de que esos hechos extraordinarios deben esconder algún suceso trágico acaecido tiempo atrás en ese lugar. El desenlace humorístico no desvirtúa el carácter fantástico del cuento, pues Coloma con gran habilidad describe el estado anímico del protagonista, seducido y aterrado al mismo tiempo con la posibilidad de que vuelva a aparecer la figura fantasmal y recreando, con idéntica maestría, una atmósfera propicia para que surja el prodigio.

En *¿Qué sería? Relación de un sucedido* de nuevo nos hallamos ante el relato narrado por el propio protagonista, un sacerdote, que dada su condición de hombre consagrado a Dios predispone al lector a dar crédito a todo lo relatado. La acción se inicia con la visita de una feísima vieja que dando

materia religiosa, le contará al impresionado sacerdote que, tras escribir una carta ordenando interrumpir la celebración de los actos religiosos por la salvación del alma de su hermana, presenció una aparición fantasmal:

Vi una cosa que no puedo definir, porque parece un prodigio verlo, y sería otro prodigio explicarlo... pero lo vi tan claro como le veo a usted en este momento... Era una cosa indescriptible; así como una columna de humo amasado con tinieblas... Allí había forma sin materia, sin color; palabra sin voz... y en medio, algo que sentía yo ser mi hermana..., dos ojos, los suyos..., su mirada triste, tristísima, que parecía implorar algo [...] Entonces se alargó la sombra hasta llegar a la mesa, y con la punta de aquella obscuridad tocó el papel y borró la firma...

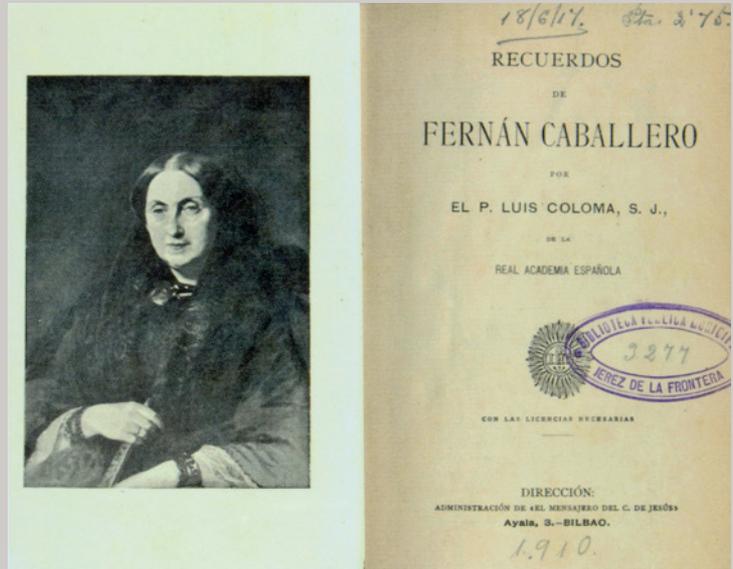
Tras buscar una respuesta lógica, el jesuita no tendrá más remedio que aceptar el hecho sobrenatural, pues la firma realmente parece borrada de la carta por una fuerza sobrehumana. Relato que se adscribe a las clásicas narraciones de aparecidos que por una causa u otra no pueden encontrar la paz después de la muerte.

La cuesta del cochino. Relación de un suceso Coloma de nuevo utiliza un narrador-protagonista que al visitar un hospital se interesa por la historia del viejo Zamama, un loco que en su juventud fue un conocido banderillero de Cádiz. Por



Fotografía de la Reina María Cristina y sus hijos, con dedicatoria autógrafa al Padre Luis Coloma. Fot. Edg. Debas, 1887. Colección José Manuel García-Pelayo Coloma.

Recuerdos de Fernán Caballero, por el P. Luis Coloma. Bilbao, [1910?]. Biblioteca Municipal de Jerez.



medio de un narrador omnisciente se ofrece al lector la historia del mismo, donde se produce el hecho sobrenatural. El banderillero, paseando por Ronda, donde debería tomar la alternativa el día de la Virgen, descubre una misteriosa mujer, a la que persigue movido por la pasión y que al alcanzarla se transforma en un «horrendo esqueleto, con la pelada calavera envuelta en una mantilla de blonda, y los secos miembros crujiendo y revolviéndose entre los flecos de madroños...». El cuento concluye subrayando el narrador la veracidad de los hechos, aunque juega con el lector, dejándole abierta una doble interpretación del hecho: alucinación de los sentidos o prodigio sobrenatural. Estamos, evidentemente, ante una versión de una de las modalidades clásicas del relato fantástico: las apariciones de la Muerte. También relacionado con las

personificaciones de la muerte o el diablo podría citarse el titulado *El primer baile. Relación fingida de mil hechos verdaderos*, pues la protagonista, Lulú, sufrirá la terrible experiencia de ver cómo un apuesto caballero se va transformando en un horrible y hediondo esqueleto. Ya Emilia Pardo Bazán estableció la relación existente entre este cuento de Coloma y los relatos de Poe, precisamente por la narración de ese sueño alucinado que vive Lulú.

También de carácter sobrenatural es el suceso que se narra en *Mal Alma*, nombre que recibe el personaje que dispara, en el transcurso de una violenta revuelta, contra la imagen de Jesús. El tío Mal Alma desaparecerá del pueblo en medio de la muestras de desaprobación tanto de los defensores como detractores de la República. El prodigio sobrenatural se produce cuando se encuentra su cadáver en el ribazo de una colina, mostrando «un balazo en el pecho, que le atravesaba el corazón, en igual sitio e idéntico modo que había taladrado la bala de su escopeta la imagen de Jesús Nazareno». No menos carácter sobrenatural contienen los hechos narrados en dos cuentos de origen legendario: *¡Paz a los muertos! Tradición*) y *Las tres perlas (Leyenda imitada del alemán)*. En el primero de ellos, *¡Paz a los muertos!*, el escritor recrea la leyenda del castillo de Valdecoz, cuyo último señor, llamado *el Malo*, desaparece tres meses después de que su hijo, Ferrant, *el Bueno*, lo hubiese hecho también. Coloma recurre a la descripción del lúgubre castillo para situar al lector ante el hecho desencadenante de tan misteriosas desapariciones: Ferrant *el Malo*, tras



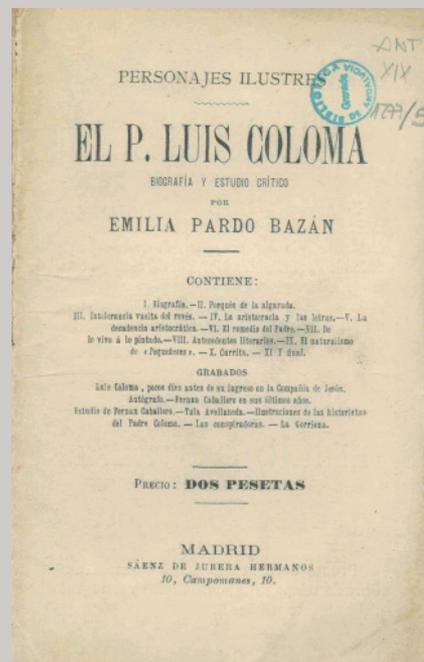
Retrato de Luis Coloma con 23 años. Fot. E. Balossier, [1874?]. Colección José Manuel García-Pelayo Coloma.

luchar contra un enemigo se niega a dar sepultura a su cadáver. Ferrant *el Bueno*, apiadado, da sepultura al cuerpo, siendo arrojado del castillo por su colérico padre, sin que nadie conozca su paradero. Los sucesos extraordinarios comienzan a partir de este momento, pues en los alrededores del castillo se oye una misteriosa voz que clama *¡Paz a los muertos!... ¡Paz a los muertos!...* La historia maravillosa concluye cuando el hijo regrese tras veinte años de ausencia y se vea sorprendido, al aproximarse al castillo, por la misteriosa voz. Con horror descubre el cadáver de su padre, pues la tierra se niega dar sepultura a su duro corazón. Sólo, después de haber rogado a Dios y ablandado la tierra con sus lágrimas, conseguirá Ferrant, *el Bueno* que la tierra acoja el cuerpo de su padre. Coloma utiliza los elementos fantásticos para corroborar las creencias religiosas que él mismo resume en el lema que encabeza la narración: «Orad por los difuntos, que no es la misericordia de Dios más dura que las entrañas de la tierra». En el segundo, *Las tres perlas*, Coloma relata los prodigiosos sucesos vividos por Zela, huérfana de gran bondad, que experimenta una serie de apariciones de un personaje misterioso y sobrenatural, poseedor de un collar de oro en el que se sujetan tres hermosas perlas de diferente color. Objeto que se traslada al cuello de la protagonista, sin que ella pueda percibirlo con sus sentidos. No obstante, el extraordinario objeto es totalmente reconocible para aquellos que, apurados por su situación personal, le ruegan les socorra con una de esas perlas. Coloma, que incluye *Las tres perlas* dentro de *Cuentos para niños*, insinúa

el origen divino de aquellos prodigios, pero el lector infantil difícilmente podrá reconocer el carácter simbólico de las tres perlas, virtudes teologales, o identificar a ese ser misterioso que representa al alma humana en estado de gracia.

En la numerosa producción cuentística que Coloma dedica a los lectores más jóvenes es frecuente encontrar relatos que se aproximan a lo que Todorov (1970) ha denominado «ámbito de lo maravilloso puro», donde se parte de un pacto implícito entre el lector y el escritor, para aceptar lo más disparatado, absurdo e irracional como verosímil. A esa modalidad se puede adscribir relatos como *¡Porrita componte!*, *Periquillo sin miedo*, *¡Ajajúl*, *Ratón Pérez* y *Pelusa*, todos ellos recreaciones de personajes de temas tradicionales. Dado su carácter de cuentos para niños nadie se sorprende del poder de la voz *¡Porrita componte!*, capaz de satisfacer las exigencias de los ambiciosos personajes del cuento; del poder mágico de un misterioso líquido capaz de unir los cuerpos decapitados de unos moros y del propio protagonista de *Periquillo sin miedo*; de las extrañas y sorprendentes cualidades de las muñecas que aparecen en *Pelusa* y *¡Ajajúl!*, relato, este último, que conocerá dos nuevas versiones de mano de Juan Valera —*La muñequita* y *La buena fama*—.

En sus relatos cortos de carácter fantástico, como sucede con el resto de su producción literaria, Coloma pone de manifiesto su habilidad como narrador, pues aunque parte de la idea de que la literatura no es un fin en sí misma, sino un medio



Portada de la biografía y estudio crítico de Emilia Pardo Bazán sobre el P. Luis Coloma.



Cubierta de la edición de 1911 de *Ratón Pérez*, cuento que Coloma escribió a petición de la Reina María Cristina para su hijo Alfonso, al caérsele un diente. Colección José Manuel García-Pelayo Coloma.

útil y eficaz de adoctrinar, el escritor es consciente de la importancia del componente literario, esforzándose en utilizar los recursos idóneos para que el lector, sorprendido y desconcertado, acepte que el mundo regido por las leyes lógicas puede romperse ante la presencia de lo sobrenatural. Coloma consigue mezclar sabiamente la lección moral con una acción interesante y sugerente, sin que la primera interfiera de manera tan evidente como se puede apreciar en los relatos cortos de *Fernán Caballero* o *Trueba*. Habilidad narrativa que debería tenerse en cuenta y llevarnos a promover una nueva lectura de los olvidados relatos de Luis Coloma.

Bibliografía

A) Principales ediciones del autor:

— *Obras Completas*, Madrid, Editorial Razón y Fe, Imprenta Sucesores de Rivadeneyra, 1940-1942, 19 tomos. [En la tercera edición, 1944, calificada por los editores como definitiva, se incluye un nuevo volumen titulado *Relieves y críticas*].

— *Obras Completas*, Madrid, Editorial Razón y Fe, Bilbao, Editorial «El Mensajero del Corazón de Jesús», 1947. El estudio introductorio a cargo de Constancio Eguía, S. J.

— *Obras Completas. Estudio biográfico y crítico de Rafael María de Hornedo*, Madrid, Razón y Fe y El Mensajero del Corazón de Jesús, 1960.

— *Caín*, Madrid, Antonio Pérez Dubrull, 1873.

— *La primea misa. El hombre de antaño. Un vestido*, San Juan, Tipografía de *El Boletín Mercantil*, 1885.

— *Pilatillo. La maledicencia y Periquillo sin miedo*. Ilustraciones de P. Rosa, Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1886.

— *Lecturas recreativas*, Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1884-1887.

— *La Gorriona*. Ilustraciones de Apeles Mestres, Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1887.

— *Del Natural (Copias varias)*, Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1888.

— *Juan Miseria. Cuadros de costumbres populares*, Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1888.

— *Por un piojo... Cuadro de Costumbres*, Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1889.

— *Cuentos para niños*, Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1890.

— *Pequeñeces*, Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1891. [En enero de 1890 se inicia su publicación por entregas en la revista *El mensajero del Corazón de Jesús*, edición que concluiría en marzo de 1891].

— *Retratos de antaño*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de la Viuda e Hijos de Tello, 1895.

— *La Reina Mártir (María Estuardo). Apuntes históricos del siglo XVI*, Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1901.

— *Nuevas Lecturas*, Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1902.

— *El Marqués de Mora*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1903.

— *Historia de las Sagradas Reliquias de San Francisco de Borja*, Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1903.

— *Jeromín. Estudios históricos sobre el siglo XVI*, Barcelona, Imprenta Barcelonesa, 1905.

— *El Padre Isla. Discurso de recepción del R. P. Luis Coloma, S. J., en la Real Academia Española el día 6 de diciembre de 1908*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, 1908.

— *Boy*, Madrid, Razón y Fe, 1910.

— *Recuerdos de Fernán Caballero*, Bilbao, Corazón de Jesús (s.a.) [1910].

— *Ratón Pérez. Cuento infantil*, Madrid, Razón y Fe, 1911.

— *Pelusa. Cuento infantil*, Madrid, Calleja (s. a.).

— *Fray Francisco. Narración histórica. Libro primero*, Madrid, Razón y Fe, 1914.

— *Pinceladas del Natural*, Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús (s.a.).

— *Nuevas pinceladas*, Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1922 (7ª ed.).

— *Solaces de un estudiante. Cuadros de costumbres españolas. Prólogo de Fernán Caballero*, Madrid, Editorial Bruno del Amo, 1922.

— *Historias varias*, Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1923.

— *Vida de San Fernando*, Madrid, Editorial Voluntad, 1928.

— *Obras de juventud (1868-1874)*, Madrid, Razón y Fe, 1941.

b) Estudios seleccionados:

— AMORES, Montserrat, «Escritores del siglo XIX frente al cuento folclórico», *Cuadernos de Investigación Filológica*, 19-20 (1993-1994), pp. 171-181.

— *Tratamiento culto y recreación literaria del cuento folclórico en los escritores del siglo XIX*, Barcelona, Universitat Autònoma, 1994.

— «Los cuentos populares españoles», *Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil*, Año 7, 58 (1994), 7-14.

— «Lo maravilloso en los cuentos folclóricos reelaborados en el siglo XIX», *Lucanor*, 14 (1997), pp. 113-128.

— *Catálogo de cuentos folclóricos reelaborados por autores del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1997.

— «Moraleja, moralina y reflexión ética en las adaptaciones de los cuentos folclóricos del siglo XIX», *Revista Hispánica Moderna*, vol. 53, 2 (2000), pp. 293-304.

— «El cuento folclórico *El pescador y su mujer* (tipo 555) y sus adaptaciones literarias en el siglo XIX», *Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica*, 25 (2000), pp. 47-62.

— AYALA, M^a de los Ángeles, «Luis Coloma y el relato fantástico», en *La narrativa fantástica en el siglo XIX (España e Hispanoamérica)*, Lleida, Editorial Milenio, 1997, pp. 335-344.

— BAQUERO ESCUDERO, Ana Luisa, «El cuento popular en el siglo XIX (Fernán Caballero, Luis Coloma, Narciso Campillo, Juan Valera)», *Anales de la Universidad de Murcia*, XLIII (1984-1985), pp. 361-380.

— BAQUERO GOYANES, Mariano, *El cuento español en el siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1949.

— *El cuento español. Del Romanticismo al Realismo* (ed. Ana Luisa Baquero Escudero), Madrid, CSIC, 1992.

— CHEVALIER, Maxime, «Luis Coloma y el cuento folklórico», *Anuario de Letras* [México], XXIII (1985), pp. 229-246.

— CLIMENT CARRAU, Francisco, *Buscando a Ratón Pérez: estudio del cuento infantil del P. Luis Coloma*, Madrid, Asociación Española del Libro Infantil y Juvenil, 2002.

— ELIZALDE, Ignacio, *Concepción literaria y sociopolítica de la obra de Coloma*, Kassel, Reichenberger, 1992.

— GUTIÉRREZ DÍAZ-BERNARDO, Esteban, *El cuento español del siglo XIX*, Madrid, Ediciones del Laberinto, 2003.

— HORNEDO, Rafael María de, «Ideas del Padre Coloma sobre la novela», *Razón y Fe*, CLXI (1960), pp. 245-256.

— PARDO BAZÁN, Emilia, *El P. Luis Coloma. Biografía y estudio crítico*, Madrid, Sáenz de Jubera Hermanos (s. a.).

— PEDROSA, José Manuel, *La historia secreta del ratón Pérez (Metáforas I)*, Madrid, Páginas de Espuma, 2005.

— PONT, Jaime (ed.), *Narrativa fantástica en el siglo XIX (España e Hispanoamérica)*, Lleida, Editorial Milenio, 1997.

— (ed.), *Brujas, demonios y fantasmas en la literatura fantástica hispánica*, Lleida, Universitat, 1999.

— (ed.), *El cuento español en el siglo XIX. (Autores raros y olvidados)*, Lleida, Universitat, 2001.

— RISCO, Antonio, *Literatura y fantasía*, Madrid, Taurus, 1982.

— *Literatura fantástica de lengua española*, Madrid, Taurus, 1987.

— RUBIO CREMADES, Enrique, «Luis Coloma», en *Panorama crítico de la novela realista-naturalista*, Madrid, Castalia, 2001, pp. 569-585.

— SEBOLB, Russell P., *Bécquer en sus narraciones fantásticas*, Madrid, Taurus, 1989.

— TODOROV, Tzvetan, *Introduction à la littérature fantastique*, Editions du Seuil, Paris, 1970.

— VAX, Louis, *Las obras maestras de la literatura fantástica*, Taurus, Madrid, 1981.

Galería de lecturas pendientes



2011



“ Una hora llevaba ya en aquella ansiosa espera sin que disminuyese un punto la horrible tensión de mis nervios, cuando resonó otro segundo ruido extraño y temeroso que no pude distinguir al pronto si provenía del salón azul o de algún ángulo de mi aposento. Diome un vuelco el corazón y miré a Back instintivamente. No se había movido de su sitio, pero levantaba la cabeza olfateando...

Volvió a resonar el mismo ruido con muy corto intervalo: era como un rechinamiento de dientes que en el silencio de la noche resultaba pavoroso... Creí llegado el momento, y confieso mi flaqueza: tuve entonces, no una ráfaga sino un vendaval de verdadero miedo. ”